Silvia Nardi
Mabel Sampaolo
Andrea Trotta
Graciela Pérez Esandi
Graciela B Gutiérrez
Valeria Morelli
Claudia Cao
Arnaldo Sergio Tacacho
Raquel Susana Waldhorn
Mariana López Piuma
Verónica Liliana Demko
Alicia Laura Cabrera

Los lugares de la memoria

Los lugares de la memoria

Silvia Nardi, Mabel Sampaolo, Andrea Trotta,
Graciela Pérez Esandi, Graciela Beatriz Gutiérrez,
Valeria Morelli, Claudia Cao, Arnaldo Sergio Tacacho,
Raquel Susana Waldhorn, Mariana López Piuma,
Verónica Liliana Demko y Alicia Laura Cabrera.

Editorial Madreselva

Los lugares de la memoria / Silvia Nardi ... [et.al.]. - 1a ed. - Buenos Aires : Madreselva, 2009.
206 p. ; 20x13 cm.

ISBN 978-987-23777-4-8

1. Historia Argentina. I. Nardi, Silvia
CDD 982

Los lugares de la memoria.

Silvia Nardi, Mabel Sampaolo, Andrea Trotta, Graciela Pérez Esandi, Graciela Beatriz Gutiérrez, Valeria Morelli, Claudia Cao, Arnaldo Sergio Tacacho, Raquel Susana Waldhorn, Mariana López Piuma, Verónica Liliana Demko y Alicia Laura Cabrera.

Fotografía de portada: Heráclio Gutiérrez
Muchas gracias a Ana Clara Martínez Ramos y Pablo Mozuc.
Diseño de interiores: Martín Azcurra.
Editorial Madreselva, Buenos Aires, mayo 2009.
www.editorialmadreselva.com.ar
info@editorialmadreselva.com.ar

Esta edición se realiza bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial 2.5 Argentina. Por lo tanto, la reproducción del contenido de este libro, total o parcial, por los medios que la imagiNación y la técnica permitan sin fines de lucro y mencionando la fuente está alentada por los editores.

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina

Realizado con el apoyo del Fondo Metropolitano de la Cultura, las Artes y las Ciencias del Ministerio de Cultura del GCBA.

FONDO METROPOLITANO de la Cultura, las Artes y las Ciencias

Buenos Aires Gobierno de la Ciudad

Agradecimientos

A nuestras familias por el apoyo constante.
A nuestros maestros, colegas y alumnos por ser puentes.
A los amigos por soportar las preguntas, las dudas, los dilemas.
A los compañeros y docentes del Postítulo «Problemas de la Sociedad y la Cultura Contemporáneas» porque nos ayudaron a reflexionar sobre estos temas.
En el año 2006 participamos del concurso de ensayos «Argentina: los lugares de la memoria» organizado por el la Escuela de Capacitación Docente del CePA (GCBA).
Nuestros trabajos fueron elegidos por un jurado integrado por: Liliana Barela, Inés Dussel, Gabriel Di Meglio y Aníbal Jarkowski.
Publicamos esta compilación para transformar en libro aquel esfuerzo de todos.

Vivimos en tiempos en los que la apelación a la memoria aparece en todas partes. Se lucha por la memoria, se recuerda, se preserva, se marca, se anuncia, se restaura, como si un irracional temor a la pérdida de todo anclaje en una tradición, en un espacio o en una historia dominara todos nuestros actos. Frente a la ausencia de certezas y utopías, el pasado parece un refugio seguro, un refugio bajo el bombardeo masivo de información y de realidades permanentemente cambiantes al ritmo de los medios masivos de comunicación. La ruptura de fronteras temporales y espaciales producida por la Internet, la aparente facilidad de acceso a todo tipo de bienes culturales, potencian la sensación de que todo aquello que consideramos valioso es efímero, o que desaparecerá.

El mundo, al mismo tiempo, transformó en mandato, tras la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto, el «*recordar para no repetir*»: aquí, en la Argentina, lo llamamos *Nunca Más*, y tuvo un anclaje concreto: la última dictadura militar. El horror al que millares de compatriotas se asomaron tras la derrota de Malvinas.

La prueba de la profundidad del daño producido, en Occidente, en la Argentina, puede mensurarse en el hecho de que el ejercicio de la memoria pareció un descubrimiento, cuando en realidad es uno de los pilares más antiguos y fundamentales de la cultura humana. El mayor síntoma de este estado de la cultura es el sentido común que opone memoria a olvido, cuando ambos extremos son recíprocamente constitutivos. Porque si aceptamos la oposición entre memoria y olvido, el ejercicio de la memoria deja de ser un instrumento para pasar a ser un fin.

Mellamos, de este modo, el filo de una espada poderosa. Porque el ejercicio de la memoria, más bien, implica la dialéctica

de decidir qué recordar y qué olvidar. El pasado es un instrumento en la lucha, y las disputas por su sentido son un hecho eminentemente político, que ancla en fechas, en personajes, en lugares, en prácticas y objetos. En su magnífico *1984*, George Orwell lo plasmó en una consigna: «*El que controla el pasado, controla también el futuro. El que controla el presente, controla el pasado*». Y de allí la creación del Miniver, el Ministerio de la Verdad donde Winston Smith trabajaba corrigiendo diarios, pero también se demolían estatuas y se retocaban fotografías.

Ejercer la memoria es muchas cosas: implica nostalgia, pero preferimos imaginarlo como un acto de resistencia. No se trata de intentar detener lo ineluctable, sino de construir refugios para el viajero, hitos en los senderos imaginarios de los pueblos y las sociedades. Humildes, anónimos, inútiles tal vez, pero fundamentales para los que los construyen, amojonando la ruta de la memoria, que no es ni la única ni acaso la mejor, pero la propia.

Ejercer la memoria también es reconocerse en el mundo, reconocerse en los demás, reconocer a los compañeros de ruta y, también, a los que no lo son.

La historia misma de este libro es un ejemplo de lo que decimos. La convocatoria inicial que generó la realización de los trabajos reunidos aquí provino del Estado de la ciudad Autónoma de Buenos Aires. Fui su responsable, primero como coordinador de un Núcleo de Capacitación del CePA (la Escuela de Capacitación Docente del GCABA) y luego como coordinador general, durante 2006. La propuesta era que los docentes participantes se transformaran en investigadores y reflexionaran sobre su realidad, sobre su memoria y la de su ciudad, el lugar donde trabajan. Hicimos reuniones, aportamos bibliografía y despejamos consultas por correo electrónico o personalmente. Numerosos y prestigiosos colegas accedieron a subir a la web sus producciones para consulta.

Los ensayos pasaron un proceso de creación, revisión y selección, pero fallamos en editarlos como correspondía por

multitud de motivos, uno de ellos no menor, los numerosos cambios institucionales desde 2006 a la fecha.

Sin embargo, los docentes participantes tomaron la tarea en sus manos e hicieron lo que desde la estructura estatal no se pudo, aún a pesar del compromiso de muchos de los involucrados en el concurso. No se trata, pues de una oposición binaria entre el Estado y la autogestión, ni entre lo individual y lo colectivo, sino una muestra de la necesaria acción conjunta y, al mismo tiempo, de que todo proceso de memoria –pues la convocatoria iniciaba eso, un proceso de memoria- implica que arrojar una botella al mar constituye un gesto cuyas consecuencias no pueden ser medidas, y que muchas veces lo exceden y mejoran. Y que por eso vale la pena hacerlo.

Recorrer los trabajos aquí reunidos implica asomarnos a las marcas más fuertes de nuestra historia reciente, así como también a algunos de los sueños y esperanzas que alentaron las expectativas de los habitantes de esta ciudad décadas atrás. Predominan los trabajos sobre la dictadura militar; no podría ser de otro modo en tanto cada acto de memoria es hijo de su época. Sin embargo, no se trata de evocaciones nostálgicas o hagiográficas, sino de apuestas a la apropiación y a la reflexión. Otros trabajos ofrecen reflexiones sobre las voces de la cultura expresadas en los muros de la ciudad, el lugar de la escuela o el espacio público en los procesos de memoria. Todos ellos, a medida que el libro circule, serán una fotografía de un *estado de la memoria* de los docentes de la ciudad, en los inicios del tercer milenio. Ni completo, ni excesivamente abarcador, ni único. Una fotografía en una hoja de un álbum que tiene otras antes, que agregará otras después.

Como decía al principio, el ejercicio de memoria implica seleccionar, y confrontar. Somos lo que elegimos recordar, y responsables por tanto de lo que decidimos olvidar. El clima de la memoria es en la ciudad y en el mundo, hoy, uno bien distinto que cuando estos trabajos fueron propuestos y pensados. ¿Se trata de

que alcanzamos la necesaria certeza del no olvido? ¿Qué ya alcanzamos la meta de la toma de conciencia acerca de determinados pisos en cuanto a nuestros derechos que no abandonaremos, en base a la apropiación de una experiencia histórica? Sería ingenuo pensar que sí. No deben engañarnos ni los feriados establecidos, ni los afiches, ni las declaraciones de principios. Pues en tiempos de aceleración de la memoria, de dilución permanente de los límites y las certezas, nada más fácil que la apelación al respeto por el pasado.

Somos lo que elegimos recordar. Pero recordar significa apropiarse, actuar. Etimológicamente; hacer pasar por el corazón: no es un mero acto racional, no es un ejercicio retórico, es uno de los componentes que orientan nuestras acciones.

De allí, también, el valor de estos trabajos. Recuerdan y advierten. No que «*lo que sucedió una vez*» puede volver a pasar, sino esto que descubrió Winston Smith, trabajador del Miniver: que «*quien controla el pasado, domina el futuro*». Hace muy poco, en una entrevista, el maestro Eric Hobsbawm definió a los historiadores, sencillamente, como «*aquellos que recuerdan lo que otros deciden olvidar*». Mientras este ejercicio prosiga, no hay control absoluto sobre ningún pasado, y el futuro sigue allí como una posibilidad.

La batalla, entonces, es este presente aquí, a la vuelta de esta página.

*Federico Lorenz**

* Historiador, autor de *Las guerras por Malvinas* (2006), *Los zapatos de Carlito, una historia de los trabajadores navales de Tigre en la decada del '70* (2007) y *Fantasmas de Malvinas, un libro de viajes* (2008).

Las paredes de la memoria.

Recuerdos, registros y reflejos de una sociedad.

Silvia Nardi

No es tarea sencilla la de explorar la relación que nos une con nuestro pasado colectivo. Al hablar de pasado colectivo, hacemos referencia a hechos, situaciones, circunstancias, que nos ocurrieron como conjunto, como comunidad. Si graficáramos ese pasado con un gran círculo, también deberíamos incluir en su interior, círculos más pequeños que representen, cada uno de ellos, nuestras individualidades. La interacción constante de esas individualidades, en un contexto determinado, modifica al círculo mayor que las contiene y genera experiencias, unipersonales y colectivas que, paulatinamente, van dando forma a nuestra identidad. Marcas culturales que nos son propias como pueblo, como Nación, y que reconocemos como símbolos; que nos unen o nos dividen, pero que rara vez nos son indiferentes. Esos símbolos identitarios son, según algunos autores, «*lugares de la memoria*». Es decir, sitios, fechas, objetos, personas, que tienen un alto valor simbólico para una comunidad determinada. Estamos hablando de edificios, plazas, aniversarios, libros, películas, consignas, personalidades. Son ejemplos de ellos, para nosotros los argentinos, la Plaza de Mayo, el 9 de julio, el 19 y 20 de diciembre de 2001, el poema Martín Fierro, Eva Perón, José de San Martín o Diego Maradona, por mencionar sólo algunos. Fue el historiador francés Pierre Nora,[1] quien gestó este concepto de «*lugares de la memo-*

[1] Nora, Pierre. *Les Mèmoire* (7 vols). Gallimard (1984-1992) París.

ria», bajo la idea de que no hay memoria espontánea, por lo cual se hace necesario crear archivos, mantener aniversarios, organizar celebraciones, levantar actas. Esas operaciones no son naturales; por lo tanto, se requiere un mantenimiento y cuidado constante de la memoria. Esta vigilancia conmemorativa se realiza, dice Pierre Nora, con la ayuda de los «*lugares de la memoria*». Ahora bien, ¿qué es lo que hace que un *espacio* se convierta en un *lugar*, cargado de sentidos y de significados particulares? Como dicen Elizabeth Jelin y Victoria Langland,[2] construir monumentos, marcar espacios, respetar y conservar ruinas, son procesos que se desarrollan en el tiempo, que implican luchas sociales, y que producen (o fracasan en producir) esta semantización de los espacios materiales. Coinciden con Pierre Nora en que el otorgamiento o transformación de sentido no es automático, o producto del azar, sino que depende de la voluntad humana.

En este trabajo, tomaremos como eje de análisis a los sitios de la memoria, y dentro de esta categoría, nos enfocaremos especialmente en las paredes, como espacio en el cual se realizan pintadas, graffitis, arte mural, etc. Hay autores, como Claudia Kozak,[3] que reservan el término «*pintadas*» para las expresiones políticas de grupos partidarios más o menos institucionalizados, y «*graffitis*» para todo el resto de las inscripciones en espacio público, sin pertenencia institucional y realizadas en forma relativamente espontánea. En nuestro caso, no tendremos en cuenta esta diferenciación. Utilizaremos ambos términos en forma indistinta, para referirnos a marcas territoriales que intervienen en el paisaje urbano, y lo modifican.

Entendemos que las paredes son sitios en los que se refleja y se registra la memoria de una sociedad. Nos valemos de la metáfora del reflejo, considerando a las paredes como un espejo

[2] Jelin, Elizabeth y Langland, Victoria (comps). *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*. Siglo XXI Editores, Madrid 2003.
[3] Kozak, Claudia. *Contra la pared. Sobre graffitis, pintadas y otras intervenciones urbanas*. Libros del Rojas, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires 2004.

en el que nos podemos *ver* como conjunto. Si prestamos atención al contenido de las pintadas en los distintos momentos de la historia argentina, tal vez podamos inferir el estado de ánimo colectivo, en un momento histórico determinado. Por otro lado, junto con la idea de reflejo, también hablamos de registro. En este caso imaginamos que esas mismas paredes permiten a una comunidad, así como el pizarrón de un aula permite al docente, escribir en ellas sus enseñanzas o sus impresiones, para darlas a conocer a otros; a otros contemporáneos, y a otros que vendrán después, a las generaciones más jóvenes, a los nuevos. Si bien es la escuela la institución social por excelencia, encargada de la transmisión de conocimientos y de parte de la socialización de los nuevos, no realiza esta tarea de forma monopólica. Existen otros espacios de interacción en donde los saberes y las prácticas sociales son compartidos por los miembros de una comunidad. Las paredes pueden ser consideradas como uno de estos espacios en el cual se dejan marcas culturales, en este caso, a través de la técnica de pintadas. Técnica que, si bien a primera vista parece efímera, resulta ser capaz de perpetuarse a lo largo del tiempo, aunque no de una manera inviolable, y mucho menos, eterna; prueba de ello son las tachaduras, las contestaciones, las sobre escrituras que contienen en algunos casos. A su vez, las inscripciones no son leídas de manera homogénea. Como dice Román Mazzilli,[4] cada lectura resemantiza el mensaje, lo recibe más crítica o más acríticamente. Algo similar a lo que sucede en el ámbito escolar. Tal como sostiene Verónica Edwards,[5] en la escuela los conocimientos no se transmiten de forma inalterable. La transmisión implica una reelaboración a partir de la historia del docente en su intención de hacerlos accesibles a sus alumnos y una reelaboración por parte de los alumnos, a partir de sus propias historias y de sus intentos por apropiarse de ellos.

[4] Mazzilli, Román. *Graffiti: las voces de la calle. Comunicación y vida cotidiana desde un enfoque psicosocial*, en www.campogrupal.com/graffiti.html
[5] Edwards, Verónica. *Las formas del conocimiento en el aula* en E. Rockell (coord). *La escuela cotidiana*. Fondo de Cultura Económica, México 1985.

Este hecho, de suma importancia en el plano individual, también nos habla de un sistema colectivo de apropiación, cuya trascendencia es considerable si se realiza una mirada sobre el conjunto, un análisis macro. Como dicen algunos filósofos, Ludwing Wittgenstein[6] entre ellos, el significado de una palabra está en su uso, mucho más que en lo que dice el diccionario. Las paredes demuestran así, con elocuencia, su importancia social en las diferentes etapas del desarrollo cultural de una sociedad.

Por otro lado, Zygmunt Bauman[7] sostiene que estamos frente al fin de la era del compromiso mutuo. Es decir, hoy la vida en común está aquejada por la debilidad de los vínculos que nos unen. Existe una dificultad de pronunciar un *nosotros*, explica Bauman. Si planteamos la hipótesis según la cual las paredes reflejan el estado de ánimo colectivo en un momento histórico determinado, y la ponemos en tensión con esta idea de debilidad de los vínculos sociales que hoy padecemos, surgen algunas preguntas: ¿En qué consisten las pintadas actuales? ¿Qué intentan transmitirnos? ¿Las voces de quiénes reflejan? ¿Quién quiere comunicarse con quién? ¿Qué vínculos, qué lazos tratan, o no, de establecer? En definitiva ¿Qué emerge, hoy en día, de esta práctica social tan relacionada con la memoria? Es en este marco en el que nos proponemos transitar en el presente ensayo, reflexionando en torno a estas marcas físicas a través de las cuales, como ciudadanos y como argentinos, intentamos mantener la memoria de nuestro pasado común, para así sostener nuestras identidades individuales en el presente y proyectarlas hacia el futuro.

¿Por qué escribir en las paredes?

La costumbre popular de escribir mensajes sobre superficies públicas o semipúblicas, no es nueva. Recordemos solamente los primitivos intentos humanos por perpetuar símbolos grabándo-

[6] Wittgenstein, Ludwing Joseph Johann. Filósofo austríaco (1889-1951).
[7] Bauman, Zygmunt. *Modernidad líquida*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires 2003.

los o pintándolos en rocas o en el interior de cuevas y cavernas; práctica que ha dado lugar a numerosos estudios sobre nuestros antepasados, y que aún hoy deja sin respuesta a muchos interrogantes. En el siglo V AC ya aparecen referencias en las comedias de Aristófanes,[8] sobre la divulgada costumbre popular de escribir frases o comentarios en las paredes de los edificios atenienses. En la Biblia, en el Antiguo Testamento, también hay algunas menciones de inscripciones sobre las paredes. Esta actividad cultural, de orígenes tan remotos, ha perdurado a lo largo de la historia (modernización mediante de los materiales utilizados en su realización), y ha llegado hasta nuestros días bajo la forma de pintadas o graffitis plasmados en las paredes de casas o edificios, en baños públicos, en los vagones de los trenes, en los bancos de las escuelas, e incluso en los billetes, en el dinero. Fuera de allí, no causan impacto. Son considerados como una forma de expresión social que intenta transmitir algún mensaje, a veces a través de símbolos, frases, imágenes. Por lo general, son textos breves y que atraen la atención visual. Ello es lógico, ya que, por un lado, los espacios en donde se realizan cuentan con una superficie reducida, y por otro lado, deben ser hechos de manera rápida, clandestina, a escondidas.

Las paredes son las que marcan el límite entre lo público y lo privado. Su misión es la de defender la intimidad y la propiedad privada. Las pintadas transgreden ese límite, allanan la intimidad, vulneran la garantía consagrada en el artículo 17 de nuestra Constitución Nacional que reconoce la inviolabilidad de la propiedad. Si bien se mira, se trata de una paradoja. La vida en sociedad se caracteriza por la existencia de reglas que sus miembros deben cumplir obligatoriamente; es decir, normas que regulan las acciones de las personas. Si no existieran, viviríamos en lo que Thomas Hobbes[9] llamó «*estado de naturaleza*». Aquella etapa anterior a la vida en sociedad, en la cual no había reglas a las que atenerse, y

[8] Aristófanes. Poeta cómico griego. (Atenas 444-385 AC).
[9] En *El Leviatán*.

donde los conflictos que se suscitaban en las relaciones humanas debían resolverse por la fuerza, según la ley del más fuerte. Estos problemas sólo podrían ser solucionados, según Hobbes, a través de un acuerdo imaginario entre todos los hombres de la comunidad. De este acuerdo surgiría la necesidad de crear un Estado, que se basaría en reglas y normas que regularan las relaciones entre las personas. La paradoja es la siguiente: las normas son necesarias para vivir en sociedad, pero no surgen naturalmente, sino que son producto de una construcción social, y son reconstruidas permanentemente de acuerdo con el momento histórico reinante y con la cultura de la sociedad a la que pertenecen. Pero sucede que esa misma sociedad, que resigna espacios individuales en pos de un interés mayor, de un beneficio colectivo, que da su consentimiento para permitir la existencia de determinadas leyes, a la vez utiliza como modo de expresión de su *estado de ánimo*, una práctica que vulnera dichas disposiciones. Las reglas aparecen como imprescindibles para llevar una vida en común, pero resulta que para decir abiertamente lo que realmente nos pasa, necesitamos recurrir a mecanismos que esas mismas reglas no aprueban. Las pintadas pueden ser consideradas, desde este punto de vista, como una práctica nocturna, entendiendo la idea de nocturnidad no sólo de un modo literal, sino también como aquello que sucede, pero que nadie reconoce públicamente, como el reverso de lo público, de lo que pasa durante el día; expresan lo que circula, lo que acontece en la realidad, pero de lo que no se habla *a la luz del día*. Es decir, son una especie de canal por el cual se manifiesta públicamente algo que está latente en el conjunto social. Para Pichón Rivière,[10] la noche implica un comportamiento distinto al practicado en el transcurso del día. La tensión vital baja, las defensas y los mecanismos de autocensura se debilitan. Con la oscuridad, dice Pichón Rivière, emerge la imaginación, aportando soluciones a las dificultades planteadas durante el día. También vincula la noche a la

[10] Pichón Rivière, Enrique. *Psicología de la vida cotidiana*. Nueva Visión, Buenos Aires 1985.

conspiración. En ella se organizan, dice, determinadas fuerzas que apuntan a obtener un cambio y a manejar de manera distinta el destino de la comunidad en la que surgen. Entendemos entonces a las pintadas como una práctica nocturna, en el sentido de que incumple con la regulación normativa existente al mismo tiempo que hace público aquello que es un secreto a voces, que todos saben pero que nadie expresa abiertamente porque hacerlo no sería políticamente correcto. Es decir, la transgresión, la violación de las normas de derecho positivo es el vehículo que permite poner de manifiesto una sensación social. Esta es una particularidad de este sitio de la memoria que estamos analizando, que no se da en otros casos. La instalación de una placa conmemorativa o la construcción de un monumento, también son una marca territorial que se erige como vehículo de la memoria, pero carece de este componente de ilegalidad, de nocturnidad, propio de las pintadas o los graffitis. La existencia de un monumento, una placa, un nombre, generalmente nace de la mano de un proyecto, muchas veces institucional, dentro de los límites legales, cuyo objetivo es, habitualmente, el de conmemorar algún hecho del pasado. Las pintadas son algo más espontáneo, menos planificado. Por otro lado, la nocturnidad se relaciona, de alguna manera, con los vínculos comunitarios. Hablábamos antes de complicidad; el cómplice es aquel que ayuda o favorece la realización de cierta actividad que no puede ser revelada abiertamente. El signo gráfico que consistía en una letra V dentro de la cual se incluía una letra P (*Perón vuelve* o *Perón viene*), plasmado en las paredes luego del derrocamiento de Juan Domingo Perón en 1955, es un ejemplo de esta complicidad. Del mismo tenor era el graffiti que expresaba *5 X 1*, haciendo alusión a un conocido discurso de Perón en el que había advertido a la oposición que, por cada militante peronista muerto, la venganza se multiplicaría por cinco. Años después, será *LUCHE Y VUELVE*,[11] frase que hacia el final de la última dictadura militar, a comienzos

[11] Consigna de la Juventud Peronista de finales de los ´60, principios de los ´70, que marca el ingreso masivo de jóvenes al peronismo.

de la década del ´80 se transforma en *LUCHE Y SE VAN*, en alusión a los militares que estaban en el poder. Como vemos, en estos ejemplos, los graffitis consisten en una especie de código, de lenguaje compartido; frases o símbolos que tienen un significado específico para una población que lo comprende perfectamente, aunque en ningún momento se haga en ellos referencia explícita al General Perón o a los miembros de la Junta Militar. La música, a veces, también participa de esta complicidad: un fragmento de la canción *La Montonera* de Juan Manuel Serrat, expresa: «*Con esas manos de quererte tanto / pintaba en las paredes Luche y Vuelve / manchando de esperanzas y de cantos / las veredas de aquel '69*".[12] En este tipo de situaciones se genera un vínculo que liga un sujeto con otro. Esto también contribuye a la formación de nuestras individualidades. Si alguien puede leer u oír una frase y comprender su significado, tiene un cierto sentimiento de pertenencia a ese sector social que se expresa de determinada manera. También puede no estar de acuerdo con lo que ve en la pintada, o con lo que escucha en la canción, o puede no entender el mensaje que intenta transmitir; entonces se sentirá ajeno a ese pensamiento. En uno y otro caso, se va constituyendo como sujeto en la alteridad, en la existencia de un otro con el que puede coincidir o no, pero que influye en su propia subjetividad. Más adelante volveremos sobre este tema de los vínculos comunitarios, para analizar si en la actualidad tienen la fuerza que adquirieron en épocas pasadas.

¿Qué escribir en las paredes?

El contenido de las pintadas es, a veces, político o ideológico, habitualmente opositor o contestatario al poder de turno. En otras oportunidades, como dice Román Mazzilli,[13] transforma lo siniestro, lo innombrable, lo que sólo circula como rumor, en algo

[12] Una versión de la canción puede escucharse en el documental *Cazadores de Utopías*, David Blaustein 1996.
[13] Mazzilli, Román. *Graffiti: las voces de la calle. Comunicación y vida cotidiana desde un enfoque psicosocial*, en www.campogrupal.com/graffiti.html

que aparece denunciado, escrito a la vista de todos, como para poder decirlo en voz alta y discutirlo: *VENDO MÁQUINA DE ESCRIBIR (JUAN PERÓN)*. Esta fue una pintada que surgió luego del robo de las manos del cadáver de Perón. Del mismo tenor es el mensaje que expresaba: *PARA EL DÍA DE LA MADRE, REGALE PAÑUELOS BLANCOS*, haciendo alusión al movimiento de las Madres de Plaza de Mayo y a los pañuelos blancos como símbolo identitario que las caracteriza. En ciertas ocasiones, los mensajes toman una posición irónica: en los años en los que se discutía la aprobación o no de la Ley de Divorcio, las paredes argentinas expresaron: *NO AL DIVORCIO. SÍ A LA INFIDELIDAD*. También, en la época en la que se aprobaba la Ley de Obediencia Debida, se leyó: *ROBE, MATE Y TORTURE Y CONSIGA A ALGUIEN QUE SE LO ORDENE*. Y en la reciente crisis económica de diciembre de 2001, en las paredes de los bancos podía leerse: *AHORRE EN BANCOS, QUE DIOS LE PAGA*. En algunas circunstancias transmiten, también con ironía, un reclamo, una necesidad: *LO QUE MATA ES LA HUMEDAD (LOS INUNDADOS DEL CHACO)*. No podemos olvidarnos del fútbol, una de las grandes pasiones argentinas, que no está ausente en las paredes. Textos como *EXCURSIO CAPO, DEFE MANDA* o *CHICAGO SE LA BANCA*, son escritos en los que se expresa admiración por Excursionistas, Defensores de Belgrano o Nueva Chicago, por ejemplo. Tampoco podemos dejar de mencionar los mensajes intimistas, de contenido sexual, erótico o pornográfico. Su presencia se observa, a lo largo de la historia, sobre todo en espacios interiores como baños públicos, medios de transporte, etc. aunque también es posible verlos, con menos frecuencia, en algunos espacios exteriores.

Como decíamos antes, si leemos las paredes con cierta atención, podemos arribar a algunas conclusiones que dan cuenta del contexto histórico en el que fueron escritas. Hagamos un breve repaso por nuestra historia reciente para corroborar esta hipótesis. Tengamos en cuenta que esta práctica no tiene el mismo desarrollo en períodos democráticos que en épocas dictatoriales. Tanto la llamada *década infame* (1930-1943), como la época posterior al

derrocamiento del gobierno constitucional de Juan D. Perón, período conocido como de *resistencia peronista* (1955-1973), cuando se proscribió esa identidad política, fueron dos escenarios en los que las paredes reflejaron las demandas sociales. En esta última etapa, hubo breves paréntesis democráticos que favorecieron el desarrollo de las pintadas. El período 1973 a 1976 (fin de una dictadura, luego un breve y agitado gobierno peronista hasta un nuevo golpe de estado), posiblemente constituya también un momento de gran desarrollo de las pintadas políticas en nuestro país. Además, en aquella época de movilizaciones masivas, se consolidó una estrecha vinculación entre las pintadas políticas y los cantos callejeros. Las paredes pasaban así a reflejar la voz viva del pueblo movilizado en las calles. La multitud solía recrear sus consignas acompañadas de bombos y tambores. Las frases sintetizadas en los graffitis, estaban también impresas en afiches callejeros o en panfletos que se repartían en mano. En las marchas, cada frente político adoptaba alguna consigna, que era nuevamente volcada en las paredes de la ciudad. En 1976, la dictadura militar que tomó el poder, combatió toda actividad partidaria o sindical. Las pintadas nunca fueron tan peligrosas como en esa época. En 1983, con la vuelta de la democracia, se reanuda la actividad política y con ella regresan los graffitis. La campaña política por el acceso a la presidencia coincidió con un auge del rock nacional como expresión musical favorita de la juventud. Una vez más, se estableció una fuerte relación entre los graffitis y la música: se alimentaban mutuamente. Frases tomadas de canciones eran escritas en las paredes, nombres de ídolos o grupos inundaban la ciudad. En la tapa de un disco de la época, se ve a Charly García sentado bajo una pared con el graffiti *Clics Modernos* que le da nombre a ese álbum.[14] El músico Horacio Fontova, a mediados de los ’80, escribió una canción donde el aerosol era el protagonista y, hablando en primera persona, decía: «*Cuando todos callaban / yo era el*

[14] García, Charly (Carlos Alberto García). Compositor y cantante argentino contemporáneo.

único que hablaba / por mi pico se cantaron / mil leyendas de la calle».[15] En esos años '80, la lucha por la vigencia plena de los derechos humanos, el pedido de aparición con vida de los desaparecidos durante la dictadura militar y el de castigo a los represores, incorporaron temáticas nuevas a las consignas. Un emotivo cartel con el que las Abuelas de Plaza de Mayo conmemoraban el Día Universal de los Derechos del Hombre, representaba a un niño pintando con aerosol en la pared: *MI ABUELA ME ESTÁ BUSCANDO. AYÚDELA A ENCONTRARME*.

En la década de los '90, en cambio, disminuyó la presencia de reclamos y de consignas en las paredes, aunque estuvieron presentes las alusiones políticas en los momentos de desarrollo de las diferentes campañas electorales. No obstante, surgió otro tipo de manifestaciones emparentadas con las pintadas: los escraches. Un escrache, como explica Claudia Kozak,[16] se caracteriza por marcar y dejar una huella en el espacio que habita o frecuenta aquella persona a quien va dirigida la acción, que puede consistir en la realización de pintadas o en el lanzamiento contra la pared de la casa del escrachado de bombitas de agua llenas con pintura, o en el pegado de carteles, o en la *actuación* y representación escénica callejera. La Catedral de Buenos Aires, sin ir más lejos, suele ser un blanco elegido con frecuencia en los últimos años para realizar pintadas ofensivas contra la Iglesia Católica.[17] En una escena de la película *Un lugar en el mundo,* se puede observar cómo unos vándalos atacan la propiedad de los protagonistas (un maestro de escuela y una médica judía, ambos rurales), matan a algunos de sus animales y, antes de irse, pintan en la pared una cruz esvástica.[18] Pintada que, al ser advertida, es tapada rápidamente por los dueños de casa para que no sea vista por todo el pueblo. Se intenta así

[15] Fontova, Horacio. Compositor y cantante argentino contemporáneo.
[16] Kozak, Claudia. *Contra la pared. Sobre graffitis, pintadas y otras intervenciones urbanas*. Libros del Rojas, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires 2004.
[17] Diario *La Capital*, 23/04/2005.
[18] *Un lugar en el mundo*. Guión Adolfo Aristarain y Alberto Lecchi. Co-producción Argentina, España y Uruguay 1992.

poner de manifiesto una situación de vergüenza y humillación para el escrachado. Al mismo tiempo, hacia fines de los '80 y principios de los '90, se hicieron más visibles las pintadas personales (declaraciones de amor, felicitaciones de cumpleaños) del tipo: *LAURA TE AMO*, también plasmadas en pasacalles (como versión modernizada de las pintadas). Surgen además los graffitis *de firmas* que consisten en el nombre de un grupo o una banda musical (de rock, punk, heavy metal, etc.). Este tipo de inscripciones podría ser leído, como dice Claudia Kozak, como el triunfo absoluto del living sobre la calle: un modo de sacar lo íntimo, convirtiendo a la calle no en un terreno de discusión de la cosa pública, de aquellos temas que involucran a una parte considerable de la sociedad, como veíamos en los ejemplos anteriores, sino más bien en liso y llano paisaje del yo.[19] Sin embargo, sigue diciendo Kozak, también esos graffitis pueden remitir a un modo adolescente de apropiación de la calle. Desde esta segunda perspectiva, se diría que se presenta una apropiación de lo público como gesto político frente al anonimato y las políticas sentidas como ajenas. Como también lo expresa Rossana Reguillo Cruz, la anarquía, los graffitis urbanos, los ritmos tribales, los consumos culturales, la búsqueda de alternativas y los compromisos itinerantes, deben ser leídos como formas de actuación política no institucionalizada y no como las prácticas más o menos inofensivas de un montón de desadaptados.[20] Aunque en estos casos se trata, en general, de políticas de corto alcance más afines a los individuos que a la comunidad. Como expresa Maristella Svampa, se constituyen identidades más fragmentarias y volátiles, con compromisos más parciales, con orientaciones más dispersas, más definidas por consumos culturales.[21] En las generaciones más jóvenes, dice Svampa, percibimos claramente como un hecho consumado, el fin de toda referencia a lo político. Los mo-

[19] Op. Cit.
[20] Reguillo Cruz, Rossana. *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Norma, Buenos Aires 2000.
[21] Svampa, Maristella: *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*. Biblos, Buenos Aires 2000.

delos que cobran importancia en los procesos de construcción de identidades remiten cada vez más a nuevos registros de sentido centrados en el primado del individuo, en la cultura del yo y en los consumos culturales, fomentados por las subculturas juveniles. Las identidades personales no se desprenden como una consecuencia o una prolongación de identidades sociales mayores o colectivas.

Los años '90 se caracterizaron además, en nuestro país, por ser un período *de privatizaciones*; muchos servicios que antes estaban a cargo del Estado, pasaron a manos privadas (la luz, el gas, el teléfono, entre otros). Podría pensarse entonces, como dice Claudia Kozak,[22] que también en el campo de la pintada política se manifestó el mismo tipo de privatización de lo público que se dio en otras esferas de la vida, lo que permitió el desarrollo de estas inscripciones más personales. Además, hay que considerar otro fenómeno trascendente: la globalización, que trajo de su mano, en este tema, los graffitis *murales* del tipo de los hip hop neoyorquinos o europeos. Aparecen así los *tags* o firmas estilizadas. Son de rápida ejecución y podríamos decir, una manera de marcar el territorio, de dejar una huella, un testimonio del paso personal por un lugar determinado. Es algo similar a lo que sucede con un alumno que escribe una leyenda en *su* banco de la escuela; es una forma de expresar: *por aquí pasé yo*. No podemos decir que los *tags* transmitan un mensaje público, ni que involucren a una parte de la comunidad, son sólo una marca individual, una forma de personalizar lo público. También están las *bombas* o trabajos con letras rellenas, y los *cromos* y las *piezas*, que son graffitis más elaborados. Tienen un componente artístico, requieren un largo tiempo de elaboración y superficies más extensas. Además, necesitan un diseño previo. Asimismo, existe en la actualidad lo que se llama *arte callejero*, es decir, algunos artistas plásticos que realizan intervenciones urbanas en este sentido. Cobraron mayor auge a partir de diciembre de 2001, aunque en la década anterior también se podían observar sus producciones. Dice Claudia Kozak que sus hue-

[22] Op. Cit.

llas pueden incluso ser releídas con el paso del tiempo, lo que les otorga una significación suplementaria a la de aquella que se le pudo dar en el momento en el que la acción propiamente dicha fue llevada a cabo.[23] Se diría que, en tales casos, la acción lleva inscripta en sí misma, las marcas del paso del tiempo y contiene futuras relecturas desgajadas y transformadas, dice Kozak. Este arte callejero también es impulsado desde la escuela: en las paredes del Mercado de Las Pulgas, en la Ciudad de Buenos Aires, se han pintado escenas que recrean la dinámica del lugar, y una frase explicando que ello es una realización del colegio Jean Piaget (ubicado en la zona) para el barrio. Una especie de regalo de la escuela para su barrio. También existen murales pintados por alumnos más especializados. En la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Nacional de La Plata, como parte de una de sus cátedras, se incluye la realización de murales en frentes de escuelas y de entidades.[24] Estas intervenciones vendrían a ser algo así como la contracara, la expresión positiva del escrache que antes mencionábamos.

Hablábamos anteriormente de graffitis y globalización. Internet, como una de las expresiones más contundentes del avance tecnológico en materia de comunicaciones, facilita esta relación. Un ejemplo de ello es la existencia de una página web que, en el marco de una campaña contra el sida, difunde y estimula la pintada de la consigna *POR AMOR, USÁ PRESERVATIVO*. Los organizadores sostienen que eligieron el graffiti y el esténcil como forma de expresión, porque es una acción urbana que perdura más allá de cualquier otra forma publicitaria. Estamos convencidos, dicen, de que dejar escrito esas frases en las calles de cada ciudad, salva vidas;[25] y esto lo publicitan a través de la web, con lo cual se aseguran su difusión a nivel global. Otro ejemplo, un poco más llamativo, es la existencia de un sitio en Internet llamado *El muro de las pintadas*, en el cual es posible publicar un graffiti en una pared virtual, que será visto en toda la red.[26] Internet se erige así como un espacio en el que también es posible plasmar la memoria.

[23] Op. Cit.
[24] Diario *El Día*, 12/10/2005.
[25] *Gacemail* Nº 88, 28/12/2005, en www.poramor.org
[26] En www.galeon.com/muroweb/muro/portada.htm

Ahora bien ¿Qué clase de contenidos pueden tener esos mensajes? ¿Serán contenidos locales o contenidos globales? ¿Cómo se hubiera visto un graffiti del estilo del *LUCHE Y VUELVE* que mencionábamos antes, escrito en la red? ¿Quiénes lo hubieran comprendido? Por otro lado, si pensamos en la metáfora de la fluidez y de la liquidez de la que nos habla Bauman, en los líquidos las cosas se imprimen de forma distinta a la que lo hacen en espacios sólidos.[27] Lo sólido, por excelencia, implica memoria. Pero esto no quiere decir que lo líquido carezca de ella. En lo líquido también hay memoria; la diferencia es que está fluctuando permanentemente. Registrar memoria sobre lo líquido, implica un trabajo diferente del que estamos acostumbrados hasta ahora. Aunque a primera vista parezca una locura, el proceso de licuefacción también pasó por las paredes y, consecuentemente, por la memoria.

Algunas conclusiones provisorias.

Sólo podemos arribar a conclusiones provisorias porque, en tiempos como los actuales, de modernidad líquida, nada es estático o fijo, por lo tanto las conclusiones son meras aproximaciones a ciertas ideas que, lejos de concluir un razonamiento, abren la puerta a nuevos interrogantes y a nuevas reflexiones. Nos planteábamos, al inicio de este trabajo, la hipótesis según la cual los graffitis muestran el estado de ánimo colectivo en un momento histórico dado. Vimos que hubo circunstancias de nuestra vida en común, en las cuales las paredes reflejaron sensaciones colectivas, que representaban a distintos actores sociales. Paulatinamente, también fuimos observando cómo esas inscripciones fueron dejando paso a leyendas más personales, más individuales, básicamente a partir de la última década y media. No obstante, durante la aguda crisis económica, que explotó con saqueos y manifestaciones masivas a fines de 2001, revivió la presencia de las pintadas políticas opositoras y combativas. Esta reaparición fue notable a partir de la creación de las asambleas barriales, ya que cubrían sus respectivos territorios con pintadas que exigían reivindicaciones. También los ahorristas bancarios estafados escribían consignas y producían gran cantidad de pasquines que dejaban adheridos so-

[27] Op. Cit

bre las placas metálicas que se instalaron en las sucursales bancarias. Es decir, vuelven a surgir los mensajes colectivos, pero sólo ante graves crisis (económicas, institucionales, etc.) o ante hechos que nos conmueven a muchos, que nos exceden (como por ejemplo, la muerte de 194 personas en un lugar bailable, Cromañón, en diciembre de 2004). Fuera de estos acontecimientos, los graffitis son más personales, más individuales. Podríamos entonces aproximarnos a la idea de que los mensajes actuales reflejan, con bastante claridad, la debilidad de la trama social y de los vínculos comunitarios que nos toca atravesar. Como sostiene Bauman, estamos frente al fin de la era del compromiso mutuo; los vínculos actuales son frágiles, transitorios y precarios, y eso lo registran las paredes. Las paredes siguen siendo el espejo en el que nos reflejamos como sociedad. La existencia de inscripciones individuales no significa que no tengamos nada que decir como comunidad, sino todo lo contrario. Estamos diciendo que los vínculos entre las elecciones individuales y los proyectos y las acciones colectivas, ya no son tan fuertes como antes. Siguiendo el razonamiento de Bauman, el destino de la labor de construcción individual está endémica e irremediablemente indefinido, no dado de antemano, y tiende a pasar por numerosos y profundos cambios antes de alcanzar al individuo. El poder de licuefacción se ha desplazado del sistema a la sociedad, ha descendido del macronivel al micronivel de la cohabitación social. Como resultado, la nuestra es una versión privatizada de la modernidad, en la que el peso de la construcción de pautas y la responsabilidad del fracaso caen primordialmente sobre los hombros del individuo. La memoria no ha escapado a este proceso. También estamos ante una versión privatizada e individual de la memoria. El tema es ver qué vamos a hacer con ello. En todo caso, no se trata de tener miedo, de paralizarse, o de permanecer indiferentes, sino de buscar nuevas alternativas que nos permitan recuperar ese *nosotros* que se nos ha *licuado*. Los docentes podemos hacer buena parte de esta tarea, en nuestra práctica cotidiana. Es todo un desafío. Ojalá que estemos en condiciones de afrontarlo.

El corralón.

Mabel Susana Sampaolo

Hacia mediados del siglo XIX, con el trasfondo del enfrentamiento entre unitarios y federales, y el conflictivo proceso de unificación de la república, el entonces gobernador de Buenos Aires, Dr. Pastor Obligado, promulga la ley que autoriza la construcción de un ferrocarril al Oeste. El itinerario previsto: de El Parque (actual teatro Colón) a La Floresta (la terminal).

El rumbo hacia el oeste del ferrocarril preanuncia el modelo de país agro exportador. Toda la futura traza ferroviaria convergerá, desde las provincias, al puerto de Buenos Aires.

Comienza así a urbanizarse La Floresta (hoy barrio de Floresta): hornos de ladrillo y casas quintas de fin de semana y veraneo. La llegada de los inmigrantes, que se instalan, buscando su lugar en la sociedad, le da su sesgo particular. Vienen de todo el mundo, pero mayoritariamente de Italia y España. Huyen del hambre y la persecución. Traen como únicos bienes, su cultura, su capacidad de trabajo y sus ideas.

El paulatino crecimiento de la población plantea entonces el problema del saneamiento ambiental y la Intendencia arbitra medidas para resolverlo. El Honorable Concejo Deliberante, entre las Ordenanzas y Resoluciones del período 1911, determina:

«*Resolución, Julio 25.*

Leopoldo Rígoli, venta de terreno en La Floresta.

Artículo 1°. El señor Rígoli vende a la Municipalidad un terreno de su propiedad con todo lo en él plantado y edificado, ubicado con frente a las calles Gaona, Sanabria, Morón y Gualeguaychú, que se destina a la instalación del corralón de limpieza de Vélez Sarsfield…».[1]

Es así que el Corralón, objeto de este trabajo, pasa a formar parte del patrimonio porteño y de la identidad barrial, se constituye en testigo privilegiado de la historia de la ciudad y del país, y hoy nos permite, participando del proceso de su transformación, reconstruir esa memoria -nuestra memoria- para proyectar el futuro.

La historia.

En las primeras décadas del siglo XX el barrio en formación es un lugar tranquilo, con calles de tierra. El arroyo Maldonado lo recorre y lo divide.

El Corralón, que en principio sirve como depósito de adoquines y otros materiales de pavimentación, en pocos años se pone en funcionamiento. Alberga las chatas que sirven para recolectar la basura y los carros que usan los barrenderos. Las primeras están pintadas de gris, tienen cuatro ruedas y una lanza en donde se atan dos caballos. Los carros son más chicos y están tirados por una mula. El lugar ya cuenta con caballeriza, herrería, veterinaria, taller de maestranza y oficinas; el horario de trabajo es entre las siete y las trece horas.

El veterinario trabaja en forma permanente dentro del Corralón, en el cuidado de los animales (había alrededor de cien caballos pesados), y es asistido por un ayudante. José Luis Mangieri, su hijo –poeta y editor–, que hoy ronda los ochenta años y vive en su casa paterna cercana al lugar, recuerda que su padre realizaba la tarea con tanto compromiso que de niño sentía que quería más a aquellos caballos que a él. Y relata sonriente una ocasión en que una yegua, que tenía quemaduras en las patas (cosa bastante

[1] Párrafo extraído de la documentación recopilada en uno de los libros del historiador del barrio, don Emilio Vattuone.

frecuente por la prolongada caminata diaria) se rehabilitaba el fin de semana en su jardín, ya que el ayudante de veterinario no se resignaba a dejarla en ese estado y quería controlar su evolución sin perder detalle.

Los trabajadores ocupados de la recolección acompañan a pie el andar de las chatas, tiradas por caballos percherones que realizan de memoria el recorrido asignado. El recolector tiene un fuentón grande con dos manijas en el que vuelca el tacho que cada familia deja en su vereda y a su vez lo tira sobre la chata que está detenida en una esquina. La mayoría de los barrenderos son de nacionalidad italiana, y la gente del barrio les dice *mussolinos*.

Las tareas de recolección de basura son realizadas por los menos calificados, analfabetos, casi marginales para la sociedad de la época. «*Sin embargo, en los años treinta, Buenos Aires y Berlín son las ciudades mas limpias de occidente*».[2]

En ocasiones los caballos percherones son usados para sacar los carros que se empantanan en las calles de barro. Cuando el arroyo Maldonado (hoy Juan B. Justo) inunda la zona, del Corralón sale la ayuda para la evacuación y allí se da albergue a los inundados. Y cuando un carro cae al arroyo, los bomberos vienen a sacar el caballo (no al carro). Los caballos cuarteadores que tiran de la soga también provienen del Corralón.

Es decir que en los comienzos de Floresta en las primeras décadas del siglo, el Corralón se constituyó en una fuente de empleo y también de ayuda social, un lugar donde se escuchan y entrelazan voces con distintas lenguas, en un espacio que se está poblando. De allí sale la regadora que aplaca la polvareda que se levanta en las calles de tierra (tiene un tanque cisterna, con un caño perforado y una llave de paso que al abrirse riega las calles y pasajes). Hasta el estiércol de los caballos es utilizado como abono para las quintas.

José Giudice, otro vecino que pasó los setenta años y es parte del barrio, recuerda entre los lugares preferidos de su infancia

[2] Entrevista a José Luis Mangieri.

la caballeriza del Corralón, se emociona: «*¿saben lo lindo que era ver herrar a los caballos?* -y precisa- *la herrería estaba donde hoy está el patio de juegos*».

La profesora Francis Lagreca sistematiza esta información que los vecinos guardan en su memoria en el Taller de historia oral que coordina hace años en el barrio.[3]

Algunos refieren que todos los días se manguereaban las chatas y el piso del corralón estaba permanentemente mojado, sinónimo de limpieza. Pero leyendo el periódico de la Sociedad de Fomento Manuel Belgrano de febrero de 1946 encontramos un artículo titulado «*¿Hasta cuando?*» que afirma que «*…en la zona… funciona el corralón municipal, con gran cantidad de caballerizas y en condiciones de higiene poco recomendables. Nuestra Asociación que viene realizando desde hace años pacientes gestiones… para conseguir el traslado del corralón al límite urbano de la ciudad, sólo ha obtenido disculpas inconsistentes… Consideramos que el creciente progreso de Buenos Aires, y la seguridad pública, son suficientes razones para proceder así*».[4]

Esta segunda postura se impone, y a medida que el barrio se hace más residencial, a lo largo de los años el Corralón motiva la organización de los vecinos que reclaman su traslado y la transformación del predio en un espacio verde. Pero no nos adelantemos.

En la medida que desaparecen las calles de tierra y aparecen los vehículos a motor, comienzan las gestiones para suplantar el transporte *hipo-móvil*. Aunque «*a través de los años las chatas cambian su fisonomía, modifican su diseño e incorporan innovaciones técnicas, en pleno siglo XX no se justifica mantenerlas en actividad: su escasa maniobrabilidad entorpece el tránsito y ocasiona grandes congestiones*», relata Ángel Prignano en «*Crónicas*

[3] El taller de historia barrial es coordinado por la Profesora Francis Lagreca y funciona actualmente en el Centro Cultural «Baldomero Fernández Moreno» todos los martes a partir de las 18 hs..

[4] La sociedad de fomento Manuel Belgrano fue fundada por los vecinos en 1929. Funciona en Tres Arroyos 3861.

de la basura porteña». En 1925 comienza la renovación del material rodante, pero las últimas chatas son retiradas del servicio activo en 1968. Los camiones recolectores-compactadores anaranjados, de marca Dodge comienzan a circular por las calles del barrio en los años '60.

La lucha social.

En el año 62 se produce una gran huelga de los trabajadores de la actividad. La basura se acumula en las calles del barrio y de la ciudad. Aunque el conflicto finalmente se soluciona, es aprovechado desde sectores de la municipalidad que tienen intereses en usufructuar el *negocio* de la basura. Dejan *fuera de servicio* aquellos primeros camiones, «*les sacan los paragolpes y los hacen chocar de frente entre si*» relata Miguel Yanson, ex trabajador del Corralón. Así es que la empresa privada Maipú se hace cargo de parte del servicio.

Por esa misma época se realiza la primera presentación pidiendo el traslado del Corralón y la transformación del predio en espacio público que obtiene una respuesta positiva, ya que las gestiones anteriores realizadas por los vecinos para erradicarlo de ese lugar nunca fueron escuchadas. Por resolución 21.108 del 29 de diciembre de 1965, siendo intendente de la Ciudad de Buenos Aires el Dr. Francisco Rabanal, se resuelve estudiar la posibilidad de traslado al predio de «*La tablada*», ubicado en Av. Roca y Lacarra, y se propone la creación de una plaza pública con patio de juegos infantiles en el inmueble de referencia. Posteriores golpes de Estado dejan sin efecto estos avances.

En los años '70 las chatas son un recuerdo. La sociedad argentina atraviesa un período de ebullición y de inestabilidad institucional. La efervescencia política y la participación popular son el telón de fondo.

Los trabajadores que dependen de la municipalidad, tienen base en el Corralón, pero otros servicios continúan concesionados a la empresa privada Maipú que contrata el personal en forma

precaria, prácticamente como changarines, privándolos de beneficios sociales y asignándoles recorridos larguísimos, de hasta 120 cuadras. Los que necesitan trabajar aún en esas condiciones se reúnen cerca de la cancha de All Boys, en un *potrero* conocido como Banderín, que ocupaba dos manzanas entre las calles Mercedes, Camarones, Chivilcoy y Cesar Díaz, y allí los levantan en camiones. Caprichosamente deciden cada día quien trabaja y quien no. En el intento de terminar con este abuso y mejorar su situación, recurren a una Unidad Básica que funciona en Paez y Argerich. Es así que varios jóvenes militantes de la Juventud Peronista en el '73 comienzan a trabajar en el Corralón involucrándose en la tarea de conseguir «*la municipalización de los recolectores*» con la intención de profundizar su organización, disputando posteriormente las elecciones internas para elegir delegados, que como en otros gremios enfrentarán a la JTP (Juventud Trabajadora Peronista) y a la JSP (Juventud Sindical Peronista). Es una pequeña muestra de la profunda división de la sociedad argentina, que encuentra su correlato más visible en el movimiento peronista, y después de la muerte del *viejo líder* se convierte en un enfrentamiento sangriento. Es la antesala del infierno.

En esa época cumple servicios como barrendero allí Mauricio Silva, un sacerdote de la hermandad Carlos de Foucauld, que en su opción por los más pobres elige esa actividad. Siente que es la que más lo acerca a los desposeídos, al último eslabón de la cadena social. Un amigo que comparte con él una habitación de conventillo en la Boca, nos cuenta «*(...)era absolutamente austero y tenía muy claro su objetivo: quería ir hacia abajo. Eso lo llevo a buscar todos los medios y contactos posibles, hasta que consigue entrar en la municipalidad como barrendero*».

El hermano Silva tiene un alto compromiso social y aunque no responde a ninguna estructura partidaria, está en contacto con los jóvenes militantes que ingresan al Corralón, y es parte de esa lucha por el logro de las reivindicaciones obreras.

Un protagonista de estos sucesos, Miguel Foncueva, cuenta que mucha gente del barrio trabaja en ese tiempo en el Corralón. Recuerda al peluquero (¡tenían peluquería funcionando para los trabajadores!), al mecánico, luego relata vívidamente la jornada posterior al golpe de estado del '76: «*con líneas de cal demarcan la calle central del corralón con las distintas secciones: barrido, limpieza, mecánica,… y el interventor militar nos hace salir a todos ¡y formar!*».

Venían a poner orden.

Se ensañan particularmente con el padre Silva. «*Lo mandan a cortar el pasto con la mano*», refiere, con una indigNación que no termina, Carlos Gerez ex trabajador y participe de aquella historia. Seguramente nunca comprendieron que esa directiva humilló a quienes la impartieron y no a quien la cumplió sin ofrecer resistencia.

Las elecciones internas del Corralón que se llevaron a cabo en septiembre de 1974 terminan con el triunfo de la derecha, un reflejo de la situación general, pero todos los trabajadores pasan a la municipalidad y queda sembrado el germen de la organización. «*Cuando con afán privatizador los camiones Dodge, pertenecientes a la municipalidad, son abandonados nuevamente con la excusa de que no funcionan, para reprivatizar el servicio*», los trabajadores, cuyo delegado es Luís Labragna, resisten la medida en oposición al gremio, deciden la toma del predio y logran mantener la municipalización.[5]

Con la llegada de la dictadura, ya no hay lugar para la participación popular, y mucho menos para la organización de los trabajadores. Y esos militantes políticos y sociales pagan un alto precio.

Ellos, como tantos, son perseguidos. Sus casas son allanadas. Su Unidad Básica destruida. Algunos logran sobrevivir y

[5] Entrevista a Luís Labragna quien actualmente es coordinador del Centro Cultural «*Baldomero Fernández Moreno*».

pueden salir del país. Se exilian en Brasil, Holanda, Suecia. Otros corren una suerte más trágica: Néstor Sammartino es secuestrado de su domicilio junto con su esposa y a Julio Goitía se lo llevan del Corralón los primeros días de mayo del '77 (no hay certeza absoluta sobre la fecha). Al padre Silva lo secuestran mientras barre las calles del barrio el 14 de junio[6] del mismo año. Los tres permanecen desaparecidos.[7]

El Corralón, como la sociedad, observa atemorizado y calla.

Comienza a escucharse, aterrador, el sonido del silencio. Deberán pasar años para que sus historias sean recuperadas.

La resistida privatización avanza y se profundiza. Cantidad de ordenanzas y convenios generan un marco legal que le da sustento. En agosto del '77 (Ord. 33.691) se ratifica un convenio previo con la provincia de Buenos Aires y se crea la sociedad CEAMSE (Cinturón Ecológico del Área Metropolitana Sociedad del Estado), en el que la ex municipalidad delega el servicio de limpieza. En el '79 se sanciona el estatuto de dicha sociedad y se le recomienda la tercerización (Ord. 35.135). Desde entonces se incorpora al sistema el sector privado a partir de la tercerización del servicio de recolección domiciliaria y limpieza de calles. La Ord. 35.356 determina un período contractual de 11 años. A partir de los '80, los servicios de recolección y limpieza urbana son realizados, en forma exclusiva, por la empresa MANLIBA SA, una sociedad integrada por Italimpianti (Italia), Waste Management (Estados Unidos), SOCMA (Sociedad Macri), GRUMASA (Grupo Macri SA) y acciones de Francisco Macri. El Corralón pasa a sus manos. Los trabajadores son *flexibilizados*, como sucede en el resto de las actividades productivas y de servicios.

El golpe vino a ejecutar «*la revancha clasista más sanguinaria y brutal de la historia argentina con el propósito de*

[6] En esa fecha se conmemora, como homenaje al sacerdote, el Día del Barrendero.
[7] La dictadura militar instaurada en el 76 aplica un plan sistemático de violación de los derechos humanos básicos. Secuestros, torturas, privaciones de identidad, robos, asesinatos, desapariciones. Un genocidio que cuesta la vida de 30.000 argentinos y deja una profunda secuela de terror.

disciplinar a los sectores populares, estableciéndose de allí en más un nuevo techo, significativamente más reducido, en la participación de los trabajadores en el ingreso a través de una espectacular reducción del salario real».[8]

En el año '90 se prorrogan los contratos firmados en el '79. En el '97 se realiza una nueva licitación y el Corralón cambia de manos.[9] Una nueva empresa, SOLURBAN, se hace cargo. Todo sigue igual. Los camiones continúan estacionando en el Corralón. Pero por la avenida y las calles laterales reaparecen los carros tirados por caballos. Los cartoneros pasan a formar parte del paisaje del barrio, de la ciudad.

La recuperación.

Tímidamente, hacia fines de los '90, comienza a resurgir la participación popular. Retomando el antiguo reclamo surgido en la década del '40, algunos grupos vecinales, alentados por dirigentes políticos del barrio, organizan varios cortes en la Av. Gaona. Uno de ellos, *el escobazo*, convocó a las vecinas que pretendieron barrer con sus escobas la suciedad que significaba el Corralón. La coyuntura permite que se concrete la reivindicación que tantos vecinos habían sostenido infructuosamente. En el año 2000 la Legislatura porteña sanciona el nuevo Código de Planeamiento Urbano. La ley 449, en sus artículos 117 y 118, determina el cambio de uso del suelo. La manzana pasa a estar zonificada como Urbanización Parque, salvo un 20% de su superficie (sobre la calle Morón) que es destinada para equipamiento comunitario. Aunque continúa prorrogándose la concesión, se ha dado un paso importante.

El corralón ya sueña con árboles, pájaros, niños jugando… y en la sociedad se genera una tibia esperanza de cambio.[10]

---

[8]Basualdo, Eduardo. Artículo publicado en Página 12 «*Endeudamiento, valorización y fuga*» 19/03/06.

[9] La década del '90 afianza el proceso de privatizaciones, desregulación y apertura de la economía. El proyecto político iniciado en el 76 se consolida.

[10] Se conforma la Alianza entre la UCR y el FREPASO.

Diferentes reuniones de trabajo, con la participación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, de un representante de SOLURBAN, y de los representantes de organizaciones barriales determinan que en la licitación concedida a dicha empresa hay una parcela de 1500 metros cuadrados, ubicados sobre las calles Gaona y Galeguaychú, que son de dominio del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, sobre la cual se comienza a desarrollar un proyecto de área verde .Y el sueño comienza a concretarse. El Corralón comienza su transformación. La pequeña plaza, llamada Paseo de juegos La Victoria, se inaugura en el 2001, y comparte la manzana con la empresa SOLURBAN.

Hacia fines de ese año esa situación no ha variado, pero la decadencia de las instituciones políticas se precipita, y el corralón es testigo asombrado de los piquetes urbanos sobre la avenida Gaona, del incesante repique de las cacerolas y de la marcha multitudinaria, enfervorizada y festiva de los vecinos la noche del 19 de diciembre. Las voces llegan desde afuera. *¡Que se vayan todos!*

La sociedad, defraudada por el gobierno de la Alianza, se subleva y entra en estado de asamblea.[11]

Diez días más tarde resuenan ecos de disparo. Voces de muerte. El asesinato a mansalva de tres jóvenes.[12] Las voces se trastocan en gritos desgarrantes, en llantos angustiados. Desesperación y locura. Corridas y represión policial. El Corralón y el barrio sitiados.[13] Comienzan a sucederse otras marchas, multitudinarias. Son las voces del barrio que reclaman justicia, y cada 29 pasan por su puerta.

Los vecinos profundizan la organización. Se conforma una asamblea multitudinaria. Se fractura, se fragmenta, pero resiste y persiste. Recala finalmente en la pequeña plaza de La Victoria.

---

[11] El llamado argentinazo, fuerza la renuncia del presidente, Fernando De La Rua. Pero arroja un saldo de 30 muertos.

[12] El 29 de diciembre de 2001 por la madrugada, en el bar de la estación de servicio ubicada en Gaona y Bahía Blanca, los jóvenes vecinos Maximiliano Tasca, Cristian Gómez y Adrián Matasa son asesinadas por el Subofial de la Policía Federal, Juan de Dios Velaztiqui mientras comentaban los sucesos que observaban por televisión.

[13] Un único funcionario acompaña a los vecinos y familiares ese fatídico día, Gustavo Lesbegueris de la Defensoría porteña.

El Corralón escucha voces críticas pero de construcción y de propuesta.

Un artista del barrio, Roberto Subi, propone la realización de una escultura a la memoria. ¿Se podrá a partir de la iniciativa popular emplazar un monumento? La asamblea organiza, en la escuela primaria República del Perú, vecina al Corralón dos muestras de arte y concursos de escultura. Los denominan «*Crear para resistir*». De eso se trata. Con el asesoramiento del maestro Antonio Pujía,[14] la colaboración de la artista plástica y supervisora escolar Eda Mendieta y el acompañamiento de las mamás de Maxi, Cristian y Adrián, se logra la participación de numerosos artistas plásticos, pintores, escultores, fotógrafos, que se comprometen con el proyecto. En las bases del segundo concurso podemos leer: «*La Asamblea del barrio proyecta el emplazamiento de una obra escultórica en el Paseo de la Victoria (…) en homenaje a los tres pibes y en recordación del suceso. Convencidos de que el arte debe ser la expresión liberadora del pueblo y debe estar presente en los espacios de todos, para mantener viva la memoria, contra la impunidad y por justicia*».

Entre todas las obras presentadas es elegida una que consta de cuatro figuras en hierro con ensambles de cerámica. Tres de las figuras son masculinas, se encuentran erguidas, confrontando la petición de justicia y exaltando la vida. La cuarta figura es femenina, dispuesta de rodillas entre las otras. Representa a las madres pidiendo justicia y evoca a la Patria pariendo una identidad. Sus autoras, María Claudia Martínez y Vero García asumen el desafío de su ejecución, ya que el premio solo prevé la provisión de los materiales y la gestión del emplazamiento. La primera dificultad se presenta en la búsqueda de un lugar apropiado para su realización. Las dimensiones previstas para la obra exceden las de un taller convencional.

Surge la idea de convocar al Centro de Formación Profesional N°24.[15] Su director, el Lic. Sergio Lesbegueris, se

[14] Antonio Pujía (1929) es un escultor ítalo argentino de vasta y prolífica trayectoria. Su obra es reconocida y distinguida internacionalmente. Tiene su estudio en Floresta.

[15] Ubicado en Morón y Artigas el CFP N°24 del GACBA dicta cursos de formación profesional y se inserta en la comunidad dando respuesta a distintas problemáticas. Los alumnos y docentes del curso de herrería participaron en la construcción del monumento bajo la dirección de las escultoras premiadas.

entusiasma con la idea, e incluye la tarea en el proyecto institucional. La Dirección de Infraestructura Escolar provee los materiales.[16] La construcción colectiva de la memoria se resignifica en la construcción del monumento.

No hay sueños imposibles. El Corralón espera.

Paralelamente, la Asamblea y la Asociación Mano a Mano[17] comienzan a trabajar en otro proyecto que involucra al predio: la creación de una escuela secundaria pública, de la que el barrio carece, ¿por qué no en ese 20% de su superficie que la ley 449 del año 2000 destinaba para equipamiento comunitario?

e recorren las escuelas públicas primarias del barrio para instalar el tema, se juntan cientos de firmas que se llevan a la Legislatura y se presenta el proyecto en el Presupuesto Participativo donde es elegido como prioridad del área barrial.[18] El gobierno de la ciudad lo considera viable y se compromete a realizar la obra.

El Corralón ya imagina el bullicio de los adolescentes.

Con estas ideas en marcha, comienzan las reuniones entre las organizaciones del barrio y funcionarios de Medio Ambiente para consensuar un proyecto mayor: la *plaza grande*, la que ocupará la manzana comprendida por Gaona, Gualeguaychú, Morón y Sanabria y contendrá la escuela y la escultura. Aparecen variadas opiniones y propuestas, pero se logran acuerdos y el diseño va tomando forma. La Asamblea convoca a la Dirección de Patrimonio con el objetivo de preservar parte de la construcción original: la calle central adoquinada, las estructuras de hierro, la casa sobre la calle Morón y los antiguos portones de acceso.[19]

---

[16] El arquitecto Luis Rey, Director de Infraestructura Escolar en ese momento y vecino del barrio, se compromete con el proyecto y lo toma como propio.

[17] «*Mano a mano con los chicos*» es una Asociación que brinda talleres artísticos y deportivos, y ayuda escolar primaria y secundaria a niños y adolescentes del barrio. Funciona en Bacacay 3927.

[18] En la primera actividad que se realiza dentro del corralón, el 25 de mayo de 2005, las comunidades educativas de esas escuelas y algunas secundarias estarán presentes y sus banderas de ceremonia presidirán el acto como anticipo del futuro.

[19] Según su Informe de fecha 09/06/04 «*… su valor como bien patrimonial radica en el alto grado histórico - testimonial o simbólico que representa este Corralón en el vecindario. Consideramos que esa preservación debiera respetar los elementos mencionados en sus componentes originales*».

A mediados de diciembre de 2004 el monumento está terminado. Pocos días después, las figuras de hierro y cerámica bailan una extraña danza suspendidas en el aire por las grúas de la guardia de auxilio, que realizan su traslado y colocación en el patio de juegos. El Corralón detiene su respiración por temor a que se quiebren ¡se ven tan frágiles!

SOLURBAN, mientras tanto, continúa en posesión del predio. Pero la licitación caduca el 28 de febrero de 2005. Los plazos se van acortando. El Corralón y los vecinos esperan con expectativas esa fecha.

El 29 de diciembre de 2004 se inaugura el monumento «*Los chicos de Floresta - Sucesos 2001*». Ya no hay lugar para el olvido.

Por fin, febrero va llegando a su fin y los vecinos observan con preocupación que no hay señales de la tan esperada mudanza. Para sorpresa de todos, el 1° de marzo otra empresa aparece instalada en el predio. Superado el desconcierto inicial, la Asamblea organiza un abrazo al Corralón y difunde una carta abierta: «*Algo huele mal en Floresta*». El 18 de marzo por la tarde, vecinos, alumnos de escuelas primarias y secundarias, docentes y representantes de organizaciones barriales rodean el Corralón con barbijos colocados en sus rostros. ¿Juntos por una ciudad limpia? Es la consigna que irradia el megáfono. La movilización popular «*La tarde de los barbijos*» busca garantizar en los hechos la concreción de los logros obtenidos en la legislación.

Días más tarde se firma un convenio entre los vecinos y el gobierno. El compromiso es que el 1° de mayo el Corralón estará desocupado.

¿Habrá que atribuir a la casualidad o a la causalidad que el primer día de la recuperación fuera ése, el Día del Trabajador?

Y efectivamente, el 1° de mayo de 2005, con el predio ya desocupado, recuperado para el barrio, la Asamblea organiza la primera actividad en la pequeña plaza.[20] Un homenaje a Julio Goitia, Nestor Sammartino y Mauricio Silva, los trabajadores desaparecidos

[20] La Asamblea Barrial de Floresta continúa funcionando dentro del Corralón, donde ha realizado numerosas actividades para el barrio. Se reúne los sábados a las 18hs. con la participación de la Unión de Trabajadores de la Educación DDEE 12 y 18, y el acompañamiento de Silvia Irigaray y Elvira Torres (dos de las mamás de los chicos de Floresta).

del Corralón, con la emocionada presencia de amigos y compañeros de trabajo y militancia (algunos arribados especialmente desde Uruguay, la tierra del padre Silva). Dan testimonio de sus vidas y de su compromiso. Intercambian recuerdos. Algunos vuelven a verse luego de 30 años.

En ese mismo acto se celebra el comienzo de la recuperación del Corralón y de su memoria, que es nuestra memoria.

¿Podremos lograr que se hagan realidad la escuela secundaria y la *plaza grande* que mejorarán la vida del barrio? ¿Podremos lograr una vida mejor para todos, en un país mejor, *con* verdad, con justicia, con dignidad?

El futuro es una construcción que está en proceso, la memoria es su cimiento imprescindible. No hay sueños imposibles.

Nota al pie.

Otros proyectos se sumaron a los ya existentes luego de finalizado este ensayo, y numerosos grupos, que despliegan un amplio abanico de actividades culturales y científicas, con el invalorable aporte positivo que esta transformación ha generado para el barrio y que, muy lejos de cerrarse, se enriquece diariamente con nuevos actores y participantes.

La escuela secundaria fue inaugurada en abril de 2008.

La *plaza grande* está en proceso de licitación.

La memoria nos sigue empujando hacia el futuro.

Bibliografía.

«*La Floresta, nuestro barrio. Reseña evocativa*», Emilio Vattuone.
«*Crónica de la basura porteña. Del fogón indígena al cinturón ecológico*», Ángel O. Prignano.
«*Junta de historia y cultura de La Floresta*», Arnaldo I. Miranda.

Otros documentos.

Producciones escritas del «*Taller de historia barrial*» coordinado por la profesora Francis Lagreca.
Entrevistas personales: José Luis Mangieri, José Giudice, Carlos Gerez, Miguel Foncueva, Miguel Yanson y Cristian Sammartino.
Plan Urbano Ambiental. Ordenanzas, leyes y decretos.

Sitios de la memoria:
Espacios de apropiación simbólica.

Relación del pueblo con su pasado y el papel del artista en la resignificación de los espacios públicos.

Andrea Trotta

«Estaba prohibido recordar.
Se formaban cuadrillas de presos,
por las noches los obligaban a tapar
con pintura blanca
las frases de protesta que en otros tiempos
cubrían los muros de la ciudad.
Pero la lluvia, de tanto golpear los muros,
iba disolviendo la pintura blanca
y reaparecían, poquito a poco,
las porfiadas palabras».
Eduardo Galeano/Alfredo Zitarrosa,
«Hoy desde aquí».

Breve introducción.

Más que como docente, como artista plástica y ciudadana, hay un sitio en particular sobre el que tengo un singular interés porque lo he vivido, porque he participado de su vida política y cultural. No es necesario llamarla por su nombre: *La Plaza* es, sin lugar a dudas, La Plaza de Mayo. Todo acto político comienza o concluye allí desde hace siglos.

La Plaza de Mayo constituye, además, un objeto de estudio clave para la materia que dicto en la Escuela de Arte Leopoldo Marechal, dado que es el escenario de muchísimas de las acciones realizadas por artistas contemporáneos, contenido esencial que atraviesa el programa de estudios del segundo año de la magistratura.[1]

La Plaza: símbolos, personajes, historias. Con el inclaudicable recorrido alrededor de la pirámide de Mayo, jueves tras jueves, durante treinta años, pronto adquirió un nombre sustituto, un nombre que no reemplaza al anterior pero que le imprime un nuevo sentido a la carga simbólica que ya traía consigo.

Ese espacio cargado de significancias, que si fuese corpóreo, el espacio físico no podría soportarlo, es para muchos «*La Plaza de las Madres*».

Desde hace ya varias décadas, *La Plaza* se convirtió, a su vez, en el sitio que eligen los artitas plásticos para acompañar todo tipo de movilizaciones que se convoquen allí o se gesten en aparente arbitrariedad. Es por estas situaciones que *La Plaza* recibe asiduamente colectivos de arte callejero que buscan encontrar la mirada de ese público intermitente que circula denso y la atraviesa sin cesar. Estos *hechos políticos* –las acciones artísticas lo son, tanto o más incluso, que los que parten de los organismos, organizaciones o partidos de militancia-, graban y reproducen registros que delinean una memoria particular. El arte permite darle a la situación que acompaña nuevas perspectivas. Dispara la imagiNación atrofiada de los sujetos que, en la espasmódica yuxtaposición de imágenes publicitarias o panfletarias, llegan a ser sustraídos de la realidad, que queda relegada al no-lugar del reservorio de esas imágenes

[1] La Escuela está ubicada sobre Juan Manuel de Rosas 5676 (Ruta 3 ex Provincias Unidas), Isidro Casanova, provincia de Buenos Aires. Soy profesora allí de Historia del Arte II, que abarca el período que va desde la «*Generación del '80*" hasta el arte en la década del '80 del siglo XX. La materia es anual y se organiza sobre un marco teórico crítico: se hace un recorrido por la historia política, social y económica para contextualizar la producción artística.

fútiles. Es en ese reservorio de imágenes asfixiantes en donde la realidad pierde todo sentido y se diluye en trozos de afiches abigarrados. Pero el arte toma de rehén esa estaticidad del transeúnte y fija en su memoria un dato que, en contraste, se polariza con las imágenes publicitarias y genera un llamado de atención, una especie de alerta que le permite al sujeto tomar conciencia del contexto.

Para Javier del Olmo «*la necesidad de hacer las acciones era más importante que los aspectos formales de lo que puede ser la dinámica de un grupo*».[2] No es simplemente una obra de arte, es algo más. Del Olmo, desde su perspectiva, explica por qué elige la calle. Para el artista el arte es, como lo fue para las vanguardias del siglo XX, «*una herramienta para la lucha*»; es además algo que agita y que provoca. Y agrega: «*yo no lo veo encerrado en un determinado espacio. Lo veo en los espacios urbanos, en donde realmente están pasando todas esas cosas*».

Algunos artistas eligen la calle con la intención de transformar, no sólo el espacio, sino la cotidianeidad de los transeúntes. Se ha buscado impactar para ejercer un efecto de choque, un sobresalto que permita que el público reflexione, tome conciencia o que, en algunos casos, la intervención artística del espacio público hiera su día a partir de ese instante para tomar una nueva actitud en la monotonía diaria de su vida cíclica y agobiante.

Acciones artísticas efímeras, recuerdos de trascendencia.

En octubre de 1968, un grupo de artistas plásticos (León Ferrari, Margarita Paksa, Pablo Suárez, Roberto Jacoby, Beatriz Balvé y Juan Pablo Renzi) se reunió al cumplirse el primer aniversario de la muerte del Che para llevar a cabo una acción. Decidieron teñir de rojo las principales fuentes de la Capital Federal. Se dividieron en tres grupos: unos fueron designados para teñir la fuente de la

[2] Entrevista de la autora con el artista plástico. Buenos Aires, 9 de junio de 2005.

Plaza Congreso, otro grupo, la de la Plaza Lavalle; y el último, la de la Plaza de Mayo. Los artistas conocían muy bien las fuentes europeas, pero nada sabían sobre el funcionamiento de las locales, de modo que cuando se produjo la acción, por la noche y en plena dictadura de (Juan Carlos) Onganía, espolvorearon con anilina roja las fuentes, pero al no reciclar –ya que el agua no circula en forma cerrada-, el color se diluía rápidamente.[3]

La acción, finalmente se completó en la madrugada siguiente con el esparcimiento de pintura blanca y celeste a lo largo de algunas avenidas. Tampoco funcionó, ya que la pintura fresca se adhería a las ruedas de los autos que circulaban. Ana Longoni señala que, como los artistas trabajaron sin apoyatura de las instituciones, adoptaban las formas de acción y organización *militantes*.[4] Ésta es la actitud de algunos colectivos de arte callejero: invadir los espacios públicos para penetrar en los sujetos.

Hacia finales de la última dictadura militar, precisamente el 21 de septiembre de 1983, tres artistas (Guillermo Kexel, Julio Flores y Rodolfo Aguerreberry) pensaron en cómo podrían representar a todos esos cuerpos que no estaban, para que fueran, además, «*diferentes pero iguales*», ya que todos habían padecido el mismo horror. Tras varios debates y sugerencias decidieron acompañar la tercera marcha de la resistencia de las Madres y realizar allí una acción.

Recuerda Julio Flores:

«Comenzaba a ser imprescindible responder con nuestras herramientas de producción, como cualquier trabajador, a la cultura del capitalismo y al arte que sentíamos que nos había impuesto el Proceso de Reorganización Nacional. Queríamos alterar con nuestra obra el espacio de

[3] El artista Nicolás García Uriburu (Buenos Aires 1937), uno de los pioneros del *land art* en la Argentina, tiñó los canales de Venecia de color verde alertando sobre la contamiNación. Otras acciones se hicieron en diversas fuentes de Europa, logrando resultados positivos.

[4] Longoni, Ana: «*Del Di Tella a Tucumán Arde. Vanguardia artística y política en el '68 argentino*». Buenos Aires: El Cielo por Asalto, 2000, pág. 124.

exposición, considerar el cambio de los soportes, el modo de realización y también el contexto, transformar nuestra conducta de creadores solitarios superando un método de supervivencia (...) Pero, ¿Con qué signo o formato? ¿Cómo era el drama del familiar o amigo del desaparecido? ¿En qué se diferenciaba del drama del pariente del asesinado o del que es prisionero? ¿Cómo era el sentimiento, la idea de esas personas que ya sabían por comentarios de otros sobrevivientes o por diálogos ocultos que los desaparecidos no tendrían ni una tumba donde llorarlos y que la dictadura consideraba que 'no tienen entidad'? ¿Qué imagen buscábamos los que reclamábamos por los que no estaban? ¿Era un drama nuestro e individual o un drama de muchos? ¿Era un pedido solitario o nos acompañaría alguien? Para darle imagen al ausente, debíamos presentar el cuerpo que no está o el espacio de ese cuerpo o de todos los cuerpos, al menos (...) Las imágenes tenían que ser diferentes pero iguales, porque todos habían padecido lo mismo pero no eran una masa anónima».[5]

Los artistas hicieron una convocatoria y comenzaron a realizar junto a sus colegas, a quienes pronto se les sumó la gente que estaba participando de la marcha, unas siluetas; siluetas que ocupaban el lugar de algún desaparecido. Pronto las siluetas cobraron identidad; algunos escribían sobre ellas el nombre de un hijo, una madre, un padre, y cubrieron La Plaza. Seguramente, muchas de las personas que participaron de esa marcha, no saben quién es Julio Flores o Guillermo Kexel o Aguerreberry, pero no olvidaron las siluetas. La acción le dio a esa tercera marcha por la resistencia una característica que fue concebida desde otro lugar; el arte jugó, en ese espacio, con un espacio mayor: el espacio

[5] Relato del artista Julio Flores en el Seminario *Arte Política y Pensamiento Crítico*. Tercer encuentro: «*El arte en cuestión. Situaciones limítrofes entre el arte y la política: arte de acción, arte callejero, arte participativo*». Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini, 17 de junio de 2004.

simbólico que ocupó cada una de esas siluetas y que la volvió única –más allá de cada una lo sea–.

Pero la particularidad de esa marcha fue realmente un golpe a los ojos que llegó hasta la sensibilidad más íntima.

Durante la década del '80 se insistió con la muerte del arte desde el discurso que se dio en llamar «*la era posmoderna*». La posmodernidad era un nuevo intento conservador de demostrar que ya no quedaba resquicio posible para la transformación del estado real de las cosas; para la posmodernidad el cambio está vedado. «*La mayoría de las imágenes contemporáneas, video, pintura, artes plásticas (…) son literalmente imágenes en las que no hay nada que ver, imágenes sin huella, sin sombra, sin consecuencias. Lo máximo que se presiente es que detrás de cada una de ellas ha desaparecido algo*».[6]

Aún así, sin ninguna expectativa por parte de la crítica especializada o los estetas, los artistas han buscado el modo de hacer mella en un circuito que cada vez estaba más condicionado por las reglas del mercado antes que por las pautas estéticas, éticas o, simplemente, el deseo de crear, de utilizar el arte como arma de lucha, como lo plantearon los dadaístas hace casi cien años.

Desde luego, para los intelectuales posmodernos había artistas posmodernos que justificaban la falta de la que hablaban –y hablan aún–. La apología del *fin*, por lo tanto, legitimaba a estos artistas y legitimaba, a su vez, el discurso de los mediadores de este sector del campo cultural.

[6] Baudrillard, Jean: *La transparencia del mal*. Barcelona: Anagrama, 1997.

[7] Fernando Bedoya llegó a la Argentina de su exilio de la dictadura peruana. Fue militante del PST (Partido Socialista de los Trabajadores), de orientación trotskista, que luego se convertiría en el MAS (Movimiento Al Socialismo). Entre los grupos que hoy podemos destacar, que fueron incentivados por Bedoya, están GASTAR (Grupo de Artistas Socialistas por la Transformación) y C.A.PA.TA.CO. (Colectivo de Arte Participativo Tarifa Común); en ellos participaron Emei, Sanjurjo, Meirás, Fontanet, Joam Prim, Leonel Luna, entre otros. La información (fuentes hemerográfi cas, catálogos, afi ches, etc.) fue extraída del archivo personal del artista. Fernando Bedoya vive actualmente en Buenos Aires.

Entre aquellos artistas que desmerecieron el discurso conservador de los '80, estaba Fernando «Coco» Bedoya.[7] Coco Bedoya, fue un impulsor del arte callejero de acción político-panfletario. Tenía una gráfica de serigrafía –con Emei, su pareja en aquel entonces– y en cada marcha de las Madres, convocaba a otros artistas a participar de una especie de taller de serigrafía abierto a la comunidad. En la Plaza de Mayo y Plaza Congreso se imprimían afiches con consignas tales como: «*San La Muerte (dos partes)*» (Coco Bedoya, 1983), «*No a los tribunales militares*» (Diego Fontanet y Coco Bedoya, 1984), «*Vela X Chile*» (Daniel Sanjurjo, Andreade, Emei y Coco Bedoya, 1986), «*Astiz desaparecedor de mujeres*» (Emei, 1987). En más de una ocasión, la policía corría a los manifestantes y los afiches junto a los tablones de serigrafía quedaban abandonados tras sus apresurados pasos y la nebulosa de gases lacrimógenos.

«*La masa aprovecha la información para desaparecer, la información aprovecha a la masa para sepultarse en ella*», dice Baudrillard.[8] Pero vemos aquí que, pensado en ese sentido, «*la masa*» se organiza en un objeto homogéneo, hace circular una sola información, un solo concepto. Y tanto el grupo de arte callejero como el grupo al que acompaña –ya sea un grupo de militantes, las Madres de Plaza de Mayo, la agrupación HIJOS o un grupo de piqueteros–, no son simplemente una «*masa anónima*», sino un colectivo que va cobrando identidad durante la movilización en la que se manifiestan sin permitir que el lugar que cada uno ocupa en su vida cotidiana se diluya en ella.

Lo que a veces parece infranqueable, el arte lo atraviesa más allá de las adversidades. La calle sitiada por un grupo de artistas ya no es la calle, la Plaza de Mayo asediada por una acción artística ya no es la Plaza de Mayo: en el momento de la acción, *La Plaza* es un cuerpo con nombre, con identidad. Porque el grupo mismo es un cuerpo identitario (hay consignas, debates, consenso, discusiones

[8] Baudrillard, Jean: *El otro por sí mismo*. Barcelona: Anagrama, 1994.

hasta conformar una única obra). El momento en que es soslayada por los artistas, *La Plaza* transmuta según la consigna del grupo y es, a su vez, resignificada por los transeúntes.

Las acciones de los grupos de arte callejero realizadas junto a Madres en los '80 son referente de muchas de las agrupaciones actuales, como el grupo Etcétera, Arde Arte! Y Mínimo 9. Esto demuestra qué tan profundo puede llegar una imagen en un espacio determinado en la restitución de la historia para la persistencia de la memoria.

En los '90, los grupos GAC (Grupo de Arte Callejero) y Etcétera participaron en movilizaciones junto a Madres e HIJOS durante las cuales, la Plaza de Mayo volvió a ser escenario de sus acciones. Federico Zuckerfeld cuenta que su primer *hit* fue «*El niño globalizado*» (una especie de maniquí realizado sobre una estructura de alambres y cubierto con cartapesta) que los acompañó durante varias marchas.[9]

Además de transformar el espacio, el arte transforma, como hemos dicho, al espectador. A un hombre que sale por fin de su oficina, no puede pasarle inadvertido nada de todo esto que mencionamos.

El transeúnte es cohesionado por la acción y es, en ese mismo instante, que pasa a ser un espectador. Su retina graba una nueva imagen que, a diferencia de las imágenes que ve incesantemente reproducidas en la vida cotidiana, perforan sus sentidos, porque no es una simple imagen que viene a posarse junto a otras disímiles e incongruentes, sino que está acompañada, en un contexto determinado, por un conjunto de contenidos particulares que funcionan como un mecanismo relativamente homogéneo para pronunciar un único discurso.

Después vienen las diferencias, pero para hablar en la calle, primero se consensúa.

[9] Integrante del grupo Etcétera. Relato extraído de una entrevista personal, cedida por el artista, junto a Loreto Guzmán, otra de las integrantes del grupo. Buenos Aires, marzo de 2005.

El espectador no debe ver grietas, debe percibir el mensaje en forma taxativa para comprender a qué se refieren los artistas; cuál es el mensaje que debe comprender para luego procesarlo, analizarlo y construir su propia idea al respecto.

Otra imagen que cobra volumen en *La Plaza* y la transforma, son las caritas –exánimes en el tiempo– de los desaparecidos, que cubren la Pirámide de Mayo, año tras año, en las sucesivas marchas. Si bien no hay artistas allí, esa serie de viejos rostros jóvenes no deja de ser un hecho estético.

Ni paraguas ni banderas logran, por más abigarrado que parezca el paisaje, que las caras que penden de las sogas, sean absorbidas. Antes bien, esos rostros trascienden sobre éstos.

María Pía López escribió, respecto de esos rostros que, si bien son mudos –como lo son las imágenes que publica el diario *Página/12*,[10] sobre las que también escribió Martín Caparrós–, son además, *historia, testimonio*. Esa *historia de los rostros* tiene, por otro lado, un lugar de «*verdad muy peculiar*». «*Es posible* –dice López– *que ese estatuto de verdad esté supliendo el vacío de la idea de verdad* -y que- *en los testimonios no haya más verdad que la que habita en una memoria parcial y exclusiva*».[11] En ese sentido, agrega, «*esto nos demuestra la imposibilidad de verdad, afirmando que hay tantas historias como intérpretes*».

Ahora bien, la historia es subjetiva, por más *objetivo* que sea quien intente reconstruirla, pero quería rescatar una cosa: la densa carga simbólica, complejísima, que despliegan esos rostros. Pendiendo de las sogas alrededor de la Pirámide de la Plaza de Mayo, esos rostros nos siguen con la mirada. A veces, incluso, es imposible no mirarlos mientras uno marcha a paso casi entrecortado. La mirada se fija en nosotros como un grito. La «*devolución de esa*

[10] El diario *Página/12* incluye, año tras año, gratuitamente, con motivo del aniversario de la desaparición de los distintos desaparecidos, un recuadro con su foto y palabras alusivas de sus familiares.

[11] López, María Pia: «*Actos de lectura de escritos exitosos sobre los setenta*», en *El Ojo Mocho. Revista de crítica política y cultural*, año VIII, N° 14. Buenos Aires, primavera de 1999, pp. 52-59.

mirada» es la promesa de una memoria activa; y las acciones y *escraches* que distintos grupos de arte callejero han llevado a cabo por esos ojos, son una prueba fáctica de esa promesa.

La memoria colectiva y el acervo cultural.

«*Si hubiera que decidir qué lugar de la ciudad de Buenos Aires posee mayor significación histórica, no podría vacilarse en afirmar: ¡La Plaza de Mayo! Ella existió con la vida misma de la ciudad y a su vera nació la Patria*».

Ernesto Lapuente, 1945.

Beatriz Sarlo comienza uno de sus últimos libros diciendo que el pasado siempre es conflictivo, a él se refieren la memoria y la historia y «*la historia no siempre puede creerle a la memoria y la memoria desconfía de la historia*».[12] Si bien, como dice más adelante, la memoria «*coloniza*» el pasado y lo reorganiza sobre la base de las concepciones y las emociones del presente, por más «reorganizado» que esté ese recuerdo, la memoria es un cuerpo, laxo quizás, que nos constituye a su vez a nosotros mismos como ciudadanos, padres, hijos, maestros.

Sin embargo, en otro libro que publicó poco antes del citado, dice que la insistente evocación a la memoria –en la actualidad un tema «*espectacularmente social*» como nunca lo fue– opera para llenar el vacío que la aceleración de las imágenes deja como efecto en el recuerdo. Dice: «*El presente amenazado por el desgaste de la aceleración, se convierte, mientras transcurre, en materia de la memoria*».[13]

Para Roland Barthes, la historia se construye como un mito, un habla despolitizada que pretende exhibir un hecho escindido de todo tipo de relaciones sociales que se hayan tejido en torno a ese

[12] Sarlo, Beatriz: Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2005.
[13] Sarlo, Beatriz: *Tiempo presente. Notas sobre el cambio de una cultura*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2003.

hecho. La historia, en ese sentido, nos devuelve un hecho ingenuo que, por su anacronía, se vuelve inapelable. Pero para superarlo está la memoria, magnánima o minimizante, que ayuda a reconstruir esa historia. Y es allí en donde se valida la acción de un grupo callejero, es en ese mecanismo de reconstrucción en el que los artistas trabajan para no formar parte de la deconstrucción.

Eduardo Grüner, refiriéndose a esos sujetos que hacen la historia sin saber que la hacen, y cuando la padecen, por lo tanto, «*no saben por qué*», dice que es consecuencia, según el sentido común fortalecido por los medios de comunicación, de la *falta de memoria*.

Aunque Zizek afirma que ese *no saber por qué* ya no existe, porque todos «*saben muy bien por qué lo hacen*» –o por lo menos, no pueden más que seguir haciéndolo-,[14] Grüner utiliza este recurso discursivo de la *verdad velada* para romper con lo que él presupone que el sentido común tiene por definición acerca de la memoria.

Según Grüner, la memoria es constitutivamente una falta. «*Es por lo que falta*- y -*no por lo que sobra*– agrega -, *que se organiza la historia*». Y el excedente es lo que se vende en el *mercado*, aduce; con lo cual, siendo la Argentina un «*gigantesco Shopping*», estamos llenos de memorias inútiles que «*no nos permiten interrogar nuestras propias faltas*». No es necesario en este momento traer la discusión sobre el fetichismo de la mercancía que Grüner incorpora para sostener su hipótesis, pero concluye que la frase «*Recordar para no repetir*», es una *amenaza*, porque el tan reiterado pedido de recordar esconde el pedido de no «*percibir*». Esto constituye, según el sociólogo, una de las «*condiciones para que el presente sea lo que es*» y no sea otra cosa.[15]

En una sociedad que sabe o que puede «*percibir*», la memoria estaría de más, ya que seguir regodeándose en ella no le

[14] Zizek, Slavoj: *El sublime objeto de la ideología*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2005.
[15] Grüner, Eduardo: *La cosa política o el acecho de lo real*. Buenos Aires: Paidós, 2005. pp. 159-166.

permitiría avanzar, o sea, el recuerdo insidioso estaría marcando el límite. Estas cuestiones acerca del doble filo de la insistencia sobre la memoria, fueron discusiones que, como docente, he mantenido con el sociólogo Javier Fernández Míguez en más de una oportunidad. Este punto de inflexión en donde la memoria resulta homóloga a la amenaza, es la paradoja que nos hace cuestionarnos muchas cosas. Por un lado, nos preguntamos sobre los mecanismos viables para contar los hechos: cómo contarlos sin desollar, cómo contar la historia a los alumnos sin privarlos de que ellos mismos puedan cuestionarla. Por otro lado, la realidad nos muestra que una porción considerable de la sociedad *no puede percibir*. Entonces, ¿Cómo hacemos para que la historia los atraviese, para que la memoria esté presente no con fines asépticos, sino como muestra de resquicio posible, de utopía probable?

En ese sentido vale la pena rescatar, volviendo a los espacios que *Página/12* cede a los familiares, compañeros y amigos de los desaparecidos para recordarlos y recordarnos, que no siempre la memoria amenaza. Muchas de las frases que acompañan a esos rostros nos hablan de lo que fue posible conquistar; que, si bien hay un *límite*, existen lugares hacia donde se puede llegar. Y más aún, la historia nos muestra que, de hecho, en otros lugares y en otros tiempos, ha sido posible.

Aquí quiero recordar, dejar impresas, algunas de las frases que acompañan a esos rostros que *Página/12* publica casi diariamente:

> *«El pueblo recoge todas las botellas que se tiran al agua con mensajes de naufragio».*
>
> *«El pueblo es una gran memoria colectiva que recuerda todo lo que parece muerto en el olvido. Hay que buscar esas botellas y refrescar esa memoria».* (Frase extraída de un texto de Leopoldo Marechal elegida por familiares, compañeros y amigos de Eduardo José Toniolli).
>
> *«Lo que no quiero aceptar y me levanto y me sublevo, es que tu ausencia se haga hábito sutil y manso, que tu cuerpo*

atormentado se instale en el olvido, mientras el que nos despojó de ti camine entre nosotros». (Frase que acompaña al rostro de Ariel Ricetti).

«*Siempre vivirás en nuestra memoria, jamás perdonaremos a tus asesinos*». (Frase que Sonia, María y Ester eligieron para acompañar el rostro de Rómulo Giuffra).

«*Tus ganas y tu fuerza para conseguir una Patria Justa, Libre y Soberana son la guía de nuestra lucha diaria*». (Frase que acompaña el rostro de Horacio Machi).

«*Querida Flaca: Intentaron arrebatar tu memoria y no lo lograron. Intentaron eliminar tu sonrisa y no lo lograron. Intentaron suprimir tu ternura y no lo lograron. Intentaron que nos olvidásemos de tu entrega por los demás. Pero lo que lograron es que los recuerdos de tus alegrías, de tu solidaridad, de tu humildad nunca se borrarán*».

«*Te queremos: Lili, Ricardo y tus sobrinos*». (Frase que acompaña el rostro de María Cristina D'Amico).

Estas frases, sólo una porción insignificante de todas las que aparecen desde hace casi veinte años en el periódico, no parecen tenerle miedo a repetir las acciones del pasado. Están más bien indicando a los asesinos que estén atentos porque se les sigue a sol y a sombra, muy de cerca. Y hablan, además, de que en cuanto las condiciones estén dadas, se retomará la lucha. Estas consignas de *persecución*, de resistencia y persistencia, están presentes en las acciones de aquellos grupos de arte callejero que aún acompañan a las Madres de Plaza de Mayo en su obstinada marcha por la memoria.

Los sitios de la memoria no son sólo lugares concretos, materiales, sino también espacios simbólicos, abstractos, que en el inconsciente colectivo forman parte del acervo cultural de un pueblo. Y no están sólo allí para decirnos «*No vuelvas a repetirlo*», sino para demostrarnos que se puede. Si alguna vez se logró algo, por qué no podría lograrse ahora. Porque no es sólo la historia de

los desaparecidos la que debemos recordar, sino su lucha diaria, su ilusión de que el mundo «*puede ser* otra cosa».

También hay que recordar la historia de la lucha de los trabajadores de finales del siglo XIX y principios del XX, la de la repercusión de la lucha por la Reforma Universitaria de 1918, la de las manifestaciones populares de la Revolución del 4 de junio del '43, la de «*Las Patas en la Fuente*», la de la politización social alcanzada en la década de los 60, la del 20 de diciembre de 2001 y la de tantos otros ejemplos de resistencia y contracultura que debemos perpetuar en la memoria. También es *La Plaza* de las represiones que caían sobre los huelguistas en 1902 y 1904, del bombardeo de *La Libertadora*, de las vallas, de los grandes discursos, de los grandes oradores. Esa es la parte de la historia que, al mantenerla constantemente en la memoria, se transforma en amenaza.

En la apelación a la memoria se encuentra la identidad de un pueblo que va más allá de las particularidades de cada uno de los sujetos que lo conforman. Es un sitio de pertenencia, un lugar común en donde confluyen los temores, las angustias, las alegrías, las denuncias, los festejos, las conmemoraciones. Por lo tanto, la memoria no nos habla simplemente de una falta, sino que, en algunos casos, restituye faltas y hasta incorpora elementos para construir nuevos horizontes.

El fuerte contenido simbólico que concentra la Plaza de Mayo hace que, además de ser la Plaza de Las Madres, y según el recorrido histórico acotado que hemos hecho, sea también la Plaza del Pueblo argentino, *La Plaza* de la protesta.[16] El caso *La Plaza* es tan recurrente, como el de la memoria, e igualmente complejo. Para Gabriel Lerman, la Plaza de Mayo es el lugar en donde «*la sociología fracasa*» porque «*el sujeto de esa plaza, el pueblo, no*

[16] Silvia Sigal hace un recorrido de las protestas y afirma algo irrefutable –ya que hay documentos que lo comprueban– que el mayor período de protestas se da hacia fines del siglo XIX, como hemos dicho, hasta 1909. Ver nota de *Revista Ñ* N°107, Buenos Aires, 15 de octubre de 2005.

es una realidad sociológica sino el nombre que toman esos sujetos sociales cuando asumen como determiNación de su comportamiento ese plus que se posa por sobre su pura y desnuda identidad de clase y que los desvía de ellos para volverlos otra cosa. Ese desvío es exactamente la política».[17]

La historia con el arte entra.

En la Escuela de Arte Leopoldo Marechal los alumnos realizan a fin de año un trabajo práctico de investigación sobre los grupos de arte o acciones grupales de los '80.[18] Muchas de estas acciones narradas en este trabajo son capitalizadas en forma inmediata. En general no las conocen. El espacio geográfico al que quedó relegada (marginada) la provincia de Buenos Aires, más allá de Camino de Cintura,[19] implica muchas cosas; entre ellas, la imposibilidad de acceder a ciertos bienes culturales.

A la escasa información –podríamos decir; «*a la profunda despolitización*» que existe aún en ciertos sectores sociales–, se suma esta otra consecuencia: el desamparo social. Y en ese desamparo, en la incertidumbre que sus bolsillos avizora, el acercamiento a la historia desde el campo del arte les procura una certeza: la posibilidad de comprender que aún es posible soñar, que aún es posible transformar la realidad por pequeña que sea esa modificación.

Estos alumnos, a lo largo del ciclo lectivo, logran capitalizar todas estas cuestiones que se van desarrollando y la memoria entra en juego en tanto elemento que lejos de *amenazarlos*, los incentiva, reanima sus sentidos, los politiza.

Por ejemplo, la producción artística de la «Generación del '80", producción llamada «*social*» (como *Sin pan y sin trabajo*, de De la Cárcova, o *El despertar de la criada*, de Sívori), está más en

[17] Lerman, Gabriel: *La plaza política*. Buenos Aires: Colihue, 2005.
[18] Esta diferenciación que hago es para distinguir los grupos que tuvieron lugar en los '80 bajo la corriente «vanguardista italiana» (la transvanguardia italiana traída a la Argentina por su mentor, Bonito Achile Oliva) y las acciones de los grupos de arte callejero.
[19] Ruta provincial N°4.

consonancia con la instauración de un mercado para la burguesía naciente junto a la implementación del Estado-Nación, para aguzar su prestigio, que con una gesta revolucionaria.[20]

En el otro extremo están las acciones de los '80, a las que nos hemos referido al comienzo de este trabajo; producciones artísticas que promueven abandonar la pasividad para construir un futuro próximo, diferente, a través de la conciencia política transmitida por diversos medios visuales estéticos y el contenido, muchas veces explícito, de sus elementos expresivos.

El modo en que los alumnos se conectan con la historia por medio de las investigaciones que ellos mismos realizan sobre estos hechos y el contacto con las imágenes y el contexto en que son producidas, implica una capitalización de la historia sincrónica y politizada que, volviendo a la idea barthesiana de mito, restituyen la «*falta*».

Bibliografía

Barthes, Roland. *Mitologías*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2003.
Baudrillard, Jean. *El otro por sí mismo*. Barcelona: Anagrama, 1994.
Baudrillard, Jean. *La transparencia del mal*. Barcelona: Anagrama, 1997.
Grüner, Eduardo. *La cosa política o el acecho de lo real*. Buenos Aires: Paidós, 2005.
Lerman, Gabriel. *La Plaza política*. Buenos Aires: Colihue, 2005.
Longoni, Ana. *Del Di Tella a «Tucumán Arde». Vanguardia artística y política en el '68 argentino*. Buenos Aires: El cielo por asalto, 2000.
López, María Pía. «*Actos de lectura de escritos exitosos sobre los setenta*», en *El Ojo Mocho. Revista de crítica política y cultural*, año VIII, N°4, Buenos Aires, primavera de 1999.
Malosetti Costa, Laura. *Los primeros modernos. Arte y sociedad en Buenos Aires a fines del siglo XIX*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001.
Sarlo, Beatriz. *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Siglo XXI editores, Buenos Aires, 2005.
Sarlo, Beatriz. *Tiempo presente. Notas sobre el cambio de una cultura*. Siglo XXI editores, Buenos Aires, 2003.

[20] Ver al respecto, Malosetti Costa, Laura: *Los primeros modernos. Arte y sociedad en Bs.As. a fines del siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, Bs. As., 2001.

El Hogar Obrero: un edificio, un ideario.

Graciela Pérez Esandi[1]

Supongamos que un compatriota porteño nacido en el barrio de Caballito decide fijar residencia en otro país durante unos veinte años, luego de los cuales vuelve a recorrer las calles de su antiguo barrio. ¿Con qué se encontrará? Recorramos el barrio con él.

Si toma por la avenida Rivadavia desde Av. La Plata hasta Primera Junta, podrá contabilizar trece sucursales bancarias. Economía sólida, podrá observar. Dos bancos oficiales, muchos extranjeros. Sigue caminando y encuentra que el recordado Parque Rivadavia ahora está rodeado de unas rejas que antes no existían, y está bien cuidado, además. Mucha gente toma sol, hay compraventa de libros y numismática. Muy prolijo. Se alegra. Sigue en camino: el viejo Colegio Normal sigue en su sitio, un poco avejentado pero en pie. Las galerías comerciales de antaño tienen sus vidrieras repletas de objetos de consumo. Todo bien. Hay nuevos negocios, un enorme edificio con forma de cubo que aloja un conjunto de cines, un patio de comidas y algunos locales comerciales. Y finalmente llega a la esquina de Ángel Giménez y Rivadavia y se encuentra con (...) un Shopping –nuevo para él– y piensa: «*¡Pero éste era el edificio del Hogar Obrero!*».

[1] Quisiera agradecer al equipo del Postítulo de *Sociedad y Cultura Contemporáneas* del CePA por el impulso a investigar el tema. También al Arq. Luis Coll por su valiosa y desinteresada colaboración. A mi colega Graciela Di Rocco le debo su lectura y sus valiosos comentarios previos al texto final. A los encuestados que me respondieron, mil gracias.

Sin embargo, otro compatriota que siempre vivió cerca de la zona le responde con una pregunta: *«¿Qué te acordás del Hogar Obrero?»*.

«Recuerdo que estaba en Hidalgo y Rivadavia. Ahora es el Shopping Caballito. Me acuerdo de un edificio, que era como una pajarera. ¿Se destruyó ese lugar o está detrás y no lo veo?».[2]

Ante mi requisitoria, dirigida a rastrear el recuerdo que tenían personas de mi entorno de la institución conocida como El Hogar Obrero, hubo muchas respuestas, pero la citada tiene la virtud de evidenciar la virtual desaparición del edificio de Ángel Giménez y Rivadavia del imaginario de la encuestada, siendo éste el edificio más representativo de la institución.

Tanto que en casi todas las respuestas obtenidas, mencionar al Hogar Obrero evocaba ese complejo edilicio. También se percibe que la aparición del Shopping de Caballito parece haber opacado uno de los edificios más grandes de la ciudad.

Es muy probable que si una persona mayor educada y observadora recuerda bien al Shopping, que es reciente, y tiene dificultades para evocar al edificio emblemático construido durante su niñez, los menores de treinta y cinco años, probablemente desconozcan completamente a la Cooperativa y centren toda su atención en los locales comerciales del Caballito Shopping Center. Por este motivo, el objetivo del presente trabajo es el de informar sobre la trayectoria de la Cooperativa El Hogar Obrero, y en especial abundar en datos sobre el edificio principal de esta institución proyectado y construido por el arquitecto Fermín H. Bereterbide, prestando especial atención a su relación con el ideario del Dr. Ángel Giménez.

El Hogar Obrero.

La Cooperativa El Hogar Obrero fue fundada el 30 de julio de 1905, hace ya 101 años, con la participación de los doctores Juan B. Justo, Nicolás Repetto y Ángel Giménez, junto con otros

[2] Encuesta informal para este trabajo por la autora.

dieciséis socios fundadores. Nicolás Repetto después diría que junto con otros treinta asociados nuevos que se incorporaron al poco tiempo, fueron «*los precursores de El Hogar Obrero*».[3] Entre otras funciones, esta cooperativa abarcó los rubros de consumo, crédito, producción y vivienda. Según un entrevistado en la sede actual de El Hogar Obrero, la cooperativa creció de tal manera que en la década del '80 facturaba segunda después de la entonces empresa nacional Yacimientos Petrolíferos Fiscales.

Es interesante anotar que Juan B. Justo intentó con anterioridad crear una cooperativa, pero su intento fracasó.[4] De manera que El Hogar Obrero constituyó un segundo esfuerzo por poner en práctica ideas de cooperativismo «*profundamente obrerista, encuadrada dentro de los principios políticos que siempre sostuvo Justo*». Inspirado en cierta medida en los principios de Rochdale, la Cooperativa funcionaba como una «*institución de crédito y edificación* -según Rómulo Bogliolo- *Sus primeras operaciones tendieron a facilitar a sus asociados la adquisición de la casa propia, el sueño dorado de todos*».[5] Fue con este fin que la Cooperativa otorgó créditos a largo plazo a sus asociados, y también encaró la construcción de casas modelo para alquilar o vender a sus socios.

Mención aparte merecen los «*principios de Rochdale*». Se trata de una compilación de principios utilizados por los Pioneros de Rochdale, una cooperativa fundada en 1844 en la localidad de Rochdale, Inglaterra, que pudo sobrevivir y extenderse con tanto vigor que resultó un modelo para otras sociedades cooperativas, tanto en Inglaterra como en el resto del mundo. Los Pioneros comenzaron con talleres autogestionados de tejedores desocupados en los que los beneficios se dividían entre los trabajadores. Los principios citados anteriormente fueron los siguientes: asociación libre y voluntaria, control democrático, interés restringido, distri-

[3] Repetto, N. *Cómo nace y se desarrolla una cooperativa*. Argentina: Ediciones Intercoop, Cuadernos de Cultura Cooperativa 53 (4ª Edición), 1975, pág. 15-16.
[4] Grela, P. *Cooperativismo y monopolio*. Buenos Aires: Editorial Platina, 1965, pág. 48.
[5] Ibidem.

bución de dividendos sobre la compra, educación, tratar con bienes puros exclusivamente, garantizar el peso y medidas exactas y la neutralidad religiosa y política.[6]

Cuando el 21 de diciembre de 1955, después de larga espera, se inauguró el edificio cuyos límites son la avenida Rivadavia y las calles Ángel Giménez y Rosario, se le denominó el Elefante Blanco por ser el más alto de la zona y por su color. Con 22 pisos de altura, y 263 departamentos, contaba con un supermercado, tiendas departamentales, farmacia social, jardín para niños, 16 locales para consultorios o escritorios para profesionales, ascensores, calefacción a radiación, agua caliente y refrigeración centrales, incineradores de residuos y lavaderos mecánicos.

El orgullo que significó para la institución la concreción de un proyecto tan ambicioso estaba justificado, dada la constante inflación del período que resultó en la desvalorización de la moneda, cosa que dificultó la realización de los cálculos exactos con respecto a los materiales a emplearse y el costo del dinero. Sin embargo, el Dr. Nicolás Repetto mostró preocupación por la situación de sectores populares que carecían de viviendas dignas. Afirmó en su discurso, el día de la inauguración de la torre: «*(...) es evidente que toda la obra realizada por El Hogar Obrero en materia de viviendas representa bien poca cosa frente a la enorme necesidad de buenas viviendas de que adolece la ciudad de Buenos Aires. Son muchos los conventillos y viejas casas que es necesario demoler para sustituirlos por casas higiénicas, confortables y hermosas, destinadas para el pueblo*».[7]

Este era un discurso muy distinto al que pronunciara treinta años antes Leopoldo Lugones (hijo) en el que vinculaba a la delincuencia con el inquilinato.[8] «*Abreviando, diremos que Lugones prodiga menosprecio a: hijos de extranjeros, canillitas callejeros,*

[6] Encyclopedia Britannica. Encycolpedia Britannica, Inc. Chicago, 1964. Tomo 6, pág. 452.
[7] Repetto, N. Op. Cit. pág. 184
[8] Citado por Molina y Vedia: *F. H. Bereterbide. La construcción de los imposibles*. Buenos Aires: Ediciones Colihue, 1997, pág. 151.

lustrabotas, fondas, baldíos, mendigos, despachos de bebida, basurales, mercados, traperías de Soldati o Puente Alsina, prostíbulos, para pasar a enunciar sus conclusiones que anticipadamente pueden adivinarse». En palabras del mismo Lugones, «*(...) a esos inadaptados habría, tal vez, que destinarlos a batallones disciplinarios situados en la frontera*».[9]

El edificio de Rivadavia y Ángel Giménez.

Diez años de trabajo le llevó al arquitecto Fermín Bereterbide ver terminada e inaugurada la torre de la Cooperativa El Hogar Obrero, «*Monumental aparición que señala un sitio de la ciudad, como ocurre con el Teatro San Martín de Mario Roberto Alvarez, o antes con el Kavanagh y otros, inseparables de la memoria de Buenos Aires*».[10]

Destaca Molina y Vedia que uno de los factores que limita las decisiones de un arquitecto es el código de construcción que prioriza los intereses de la propiedad privada y especulativa del suelo urbano, y critica al código por su incapacidad de controlar los desbordes. El segundo aspecto es que las inmobiliarias se concentran en ofrecer sólo «*el departamento individual mínimo*». No parece ser rentable todo lo que esté relacionado con los basamentos con servicios colectivos o espacios verdes comunes. El objetivo sería «*(...) meter la mayor cantidad de unidades en el menor espacio, con astutos manejos de legales y desoladores patios de aire y luz, a fin de lograr la máxima ganancia*».[11] Esto último Molina y Vedia lo caracteriza como «*un ejemplo claro de lo nocivo del mercado libre, o sea salvaje*».

La torre del Hogar Obrero tiene casi la misma dimensión que el Kavanagh (27.000 contra 30.000 metros cuadrados). El *lujo* de los departamentos mínimos del Hogar Obrero consiste en las vistas, el aire y el sol, los servicios comunitarios socializados como

[9] Op. Cit., págs. 152-153.
[10] Op. Cit., pág. 147.
[11] Ibidem.

fueron la nursery, los consultorios, la cocina y comedores comunes, entre otros aspectos.[12] El lujo de los departamentos del Kavanagh, una «*solución arquitectónica de extraordinario valor y calidad*», se destacó por haber sido realizado «*en base a unidades lujosas y mucho más grandes para otro escalón del tema residencial*».[13]

El cuerpo de veintidós pisos de la torre del Hogar Obrero está suavemente curvado hacia la cara soleada del noreste y «*es la clave de su imagen monumental*». A este edificio el arquitecto le agregó dos cuerpos más bajos que reconstruyen los límites de la manzana.

En palabras de Molina y Vedia, «*lo interesante es la convivencia del monumental bloque curvo de modulación y limpieza ultramodernas con los dos cuerpos menores que flanquean al más alto*». El resultado es que los dos bloques, que cuentan con once pisos cada uno, «*se recuestan en el central produciendo una Z directamente relacionado con el asoleamiento*». De esta manera «*los once pisos sobre Rivadavia 'retroceden'[14] para no proyectar sombra sobre el cuerpo principal y los once pisos sobre Rosario 'avanzan' hacia la calle Riglos tomando la esquina, justamente al encuentro del mejor sol y sin perjudicar al cuerpo principal*».[15]

La buena orientación es aprovechada por las unidades de vivienda, mientras que el suroeste se reservó para las circulaciones curvas. El resultado es un lujo completamente opuesto a los «*pavorosos halls internos y patios mínimos de aires y luz*» a los que muchas familias han debido resignarse. En el proyecto de Bereterbide, la ocupación del terreno se realiza sobre la diagonal desde la esquina de Rosario y Riglos, lo que permitió disponer de un asoleamiento privilegiado y realzar la esquina sobre Rivadavia, que era la principal. Allí se encontraba el acceso a los grandes espacios públicos de la Cooperativa, y en su techo, «*y a pleno sol, pudo ubicar una pileta de natación y la nursery, que sería estúpidamente desactivada*

[12] Op. Cit., pág. 168.
[13] Op. Cit., págs. 168 y 169.
[14] Cursiva de la autora.
[15] Op. Cit., pág. 169.

mucho más tarde ya en plena decadencia de la Institución». Cuando se transformó en Supercoop y perdió la palabra *Obrero* de su nombre original, se armó un pragmático comedor de autoservicio «*por cierto, a precios baratísimos*».[16]

Testimonios.

Los testimonios que siguen fueron tomados de las respuestas dadas por un grupo de personas de mi entorno que aceptaron responder una encuesta por correo electrónico. La pregunta fue: «*¿Qué recordás de El Hogar Obrero?*»

«*Era una cooperativa que estaba en lo que es hoy el Shopping Caballito, los socios podían concurrir a ella a realizar sus compras o a retirar electrodomésticos*». (A.M.V.).

Esta cita alude a uno de los rubros en los que El Hogar Obrero se destacó: el de proveer bienes de consumo a precios accesibles, aunque no fue éste el único.

«*Del Hogar Obrero recuerdo cuánto y qué bien compraba y lo estafada que me sentí cuando se produjo el desastre con esa cooperativa*». (M.P.G.).

«*Cerca de mi casa había un súper del Hogar Obrero (ahora hay un gran COTO) y se compraba todo mucho más barato*». (N.B.).

«*Creo que había una especie de libreta ((...)) lo asociaban a una financiera que prestaba dinero y que por la idas y vueltas económicas, quebró*». (A.M.V.).

«*Te puedo decir del Hogar Obrero que tenía productos buenos con precios accesibles y facilidades de pago para todos. Yo compraba mucho, ya que tenía una sucursal muy cerca de mi casa, en Gaona y Bolivia. Además, se podía depositar dinero en cuentas pequeñas; en aquel momento del país, eran garantizadas*». (M.S.).

En los testimonios anteriores, se percibe que los encuestados recordaban tanto los precios accesibles como la calidad de los productos. Además, mencionan las cuentas de depósito y las garantías de que gozaban.

[16] Op. Cit. pág. 150.

«Eran muy buenos los planes de vivienda y muy lindos los departamentos con jardines alrededor del edificio, pileta y juegos para los chicos». (M.S.).

Este testimonio no se refiere al edificio de Rivadavia y Ángel Giménez, sino a uno ubicado en Álvarez Jonte y Emilio Lamarca. Sin embargo, vale como relato de la calidad del diseño arquitectónico del proyecto de viviendas señalado, lo cual lo emparenta con la torre de Rivadavia.

«Aún me parece ver como en sueños gente protestando y peleando por lo suyo en la calle Rosario o en Rivadavia». (A.V.).

Los ahorristas, en una escena anticipatoria de lo que serían las protestas frente a los bancos en el 2002, realizaron manifestaciones frente a la Cooperativa cuando no pudieron retirar sus ahorros.

«Un edificio (en Cangallo) muy grande, en cuya planta baja estaba el supermercado, en el que siempre hacía las compras, y luego había pisos más arriba en los que vendían electrodomésticos (...) y un comedor. Íbamos todos los días (salvo sábado o domingo), los que veníamos de Corrientes y preparábamos el ingreso a la facultad. Era una invitación frecuente: 'Te invito a comer al Hogar Obrero'. Había mucha gente siempre: laburantes, estudiantes y otras/os, y todas las veces había que hacer cola para pagar (muuuuy barato)». (S.B.).

Uno de los beneficios brindado por la Cooperativa a la comunidad en general fueron los comedores populares, que fueron muy concurridos a causa de sus bajos precios.

«Cuando cerró, estuve triste: un lugar significativo se perdía (...) y muchas/os perdieron significativamente. Todavía extraño ese cartel en ese lugar, cada vez que paso». (S.B.).

Muchas personas fueron afectadas por la caída de la Cooperativa, por la pérdida de beneficios que resultaban especialmente valiosos para personas de bajos recursos.

«Mi papá tenía dinero depositado en la Cooperativa El Hogar Obrero, además de ser consumidores de sus productos, ya que

todos los meses hacíamos compras para cubrir el mes entero. Unos días previos al quiebre, mi mamá le curó la patita herida a un perro semi-callejero (pero que en realidad tenía dueña). Esta dueña vino a darle las gracias, y sin tener ninguna relación con lo que estaban hablando, esta buena señora le contó a mi mamá que estaba preocupada por su hijo, ya que el mismo trabajaba en El Hogar Obrero y que esta entidad presentaría quiebra en cuestión de dos o tres días más. Obviamente, ambos fueron al día siguiente para retirar su dinero. Eternamente agradecidos al perro y su patita herida». (V.L.G.).

El testimonio anterior ilustra de manera anecdótica el carácter aleatorio de la decisión de retirar los fondos de una institución financiera que se encontraba en problemas. El mismo encuestado relata que otras personas desoyeron los consejos que sus padres les ofrecieron.

«*Mi viejo estuvo muy tentado a seguir dejando el dinero depositado, ya que el interés a 30 días lo habían subido a valores psiquiátricos de algo así como el 51%(...) Detrás de mis papás había una señora que había vendido su departamento. Mi papá le contó toda la historia, pero ella no le creyó. Aún hoy se lo estará reprochando a sí misma*». (V.L.G.).

Era impensable que una institución de la trayectoria de El Hogar Obrero no pudiera honrar sus obligaciones con sus ahorristas. La actitud de confianza que exhibían estos asociados parece desmedida a la luz de los acontecimientos posteriores. Sin embargo, parece guardar alguna relación con una actitud similar asumida por ahorristas de años posteriores que confiaron en bancos extranjeros que luego no garantizaron sus depósitos.

Noticias periodísticas.

El artículo periodístico que transcribo a continuación fue incluido para agregar datos tomados del periódico de mayor circulación del país.

«*Tras 18 meses de intervención judicial. Hogar Obrero: lo*

retoman sus autoridades.

El titular del Juzgado en lo Comercial 18, Germán Páez Castañeda, dispuso que la cooperativa El Hogar Obrero vuelva a ser administrada por sus autoridades electas, luego de un año y medio de intervención judicial.

El jueves retornaron a la sede de la entidad, ubicada en la avenida La Plata, los integrantes del Consejo de Administración, que preside el abogado Daniel Martínez. La tarea de los administradores consiste, básicamente, en vender bienes por unos 160 millones de pesos, para pagar deudas que involucran a bancos, ex proveedores y ex empleados, así como a no menos de 40 mil ahorristas.

En los 18 meses que duró la intervención judicial, hubo al menos dos hechos notorios:

La devolución, en efectivo y sin intereses, del 14% de la deuda de los Tip-Hogar, que se comenzó a pagar en febrero de 2004. Los Tip-Hogar fueron una especie de megacanje, anticipado en el tiempo: lo cobraron 200 mil acreedores de El Hogar Obrero, en 1992, a cambio de los ahorros que les habían sido confiscados un año antes. Salvo una pequeña parte, esa deuda sigue impaga. La cooperativa cuenta con inmuebles, denominados en el lenguaje jurídico 'activo afectado', para pagar esas deudas.

El otro hecho fue la venta del Caballito Shopping Center, en una licitación en la que una sociedad inversora denominada ELSE —sería de origen chileno— compró el inmueble en $ 10 millones diez mil. La oferta superó por apenas $ 10 mil la otra propuesta, que había sido presentada por IRSA, el fondo de inversión que cotiza en Bolsa.

La cooperativa, que dentro de un mes y medio cumplirá 100 años, es la sombra de lo que representó durante sus primeros 86 años de existencia. Pero dispone de inmuebles por un valor que, a diciembre de 2003, se estimaban en $ 160 millones. Unos $ 100 millones son para respaldar los

Tip-Hogar. Y otros $ 60 millones, entre los que se incluyen 50% del Spinetto Shopping Center, son para pagar juicios laborales, a proveedores y al Fisco.

Fundado en julio de 1905 por Juan B. Justo, El Hogar Obrero fue un bastión del socialismo moderado y llevó adelante importantes desarrollos en lo inmobiliario y comercial. La cadena Supercoop, con más de 300 locales, fue la más importante del país. A la vez, miles de sus asociados pudieron acceder a viviendas construidas por la cooperativa. Esa historia naufragó en marzo de 1991, cuando El Hogar Obrero incautó los fondos de 200.000 ahorristas y pidió el concurso preventivo. Venía de encarar un proyecto faraónico, como era la remodelación del Abasto. A la vez, había pagado a sus ahorristas, en efectivo, los fondos que había incautado el Estado en 1990, con el Plan Bonex».[17]

Lo primero para comentar aquí es que la Cooperativa El Hogar Obrero todavía existe y está autorizada a funcionar por los resortes previstos en su carta orgánica, es decir, el Consejo de Administración. Parece necesario aclararlo, porque en el imaginario popular, El Hogar Obrero es algo del pasado. Otro tema de interés es que la Cooperativa cuenta con bienes propios, «*activos afectados*», como los denomina el articulista, para hacer frente a sus obligaciones. Cuenta, además, con su «*activo residual*», que le permite seguir operando.

Una información importante para este trabajo, es la noticia de que el Caballito Shopping Center ahora pasó a manos privadas, una sociedad inversora chilena llamada ELSE. Es decir, que en un mismo predio existiría una sociedad inversora y, presumiblemente, un consorcio que agrupa a los dueños de los 263 departamentos del complejo.

Finalmente, el artículo señala la importancia que llegó a tener la cooperativa a través de la cadena de supermercados Supercoop con 300 sucursales, una cifra sin duda importante para

[17] Diario *Clarín*, 28 de mayo de 2005.

un emprendimiento de capital netamente local y de carácter cooperativista.

El Dr. Ángel M. Giménez.

El Dr. Ángel M. Giménez fue uno de los socios fundadores, precursores, junto con otras dos grandes figuras del cooperativismo: los doctores Juan B. Justo y Nicolás Repetto.

Socialistas y cooperativistas, militaron en una época en que ser socialistas implicaba ser tildados de *elementos peligrosos*, *disolventes* o *enemigos del orden estatuido*.[18]

Fue el Dr. Juan B. Justo quien persuadió a Ángel Giménez de militar en el Partido Socialista, y éste representó a la Capital Federal como diputado nacional durante dos períodos, y como concejal metropolitano durante otros dos. Se recibió de médico a los veintitrés años y tomó para su tesis un tema que continuó preocupándolo toda su vida: «*Consideraciones sobre higiene del obrero en Buenos Aires*».

Abogó por la mejora del deficiente sistema de organización hospitalaria, presentó proyectos para prohibir tanto la fabricación como la venta de bebidas alcohólicas de alta graduación, como también intentó que se prohibiera la venta de coca en el territorio nacional. Se preocupó por el «*indio del Norte argentino*», castigado por los trabajos inhumanos a los que era sometido, reducido al consumo de alcohol y coca por sus mismos empleadores que lo consideraban un elemento descartable.

La preocupación por la salud del obrero lo llevó a predicar en contra del trabajo nocturno por su insalubridad y falta de seguridad. Otro tema que lo desveló fue la vivienda obrera, que es un tema que sigue sin resolverse satisfactoriamente para la salud y vida digna de los trabajadores.

Propuso reducir el servicio militar en la marina de guerra de dos años a uno. Fue uno de los primeros en expresar su preocu-

[18] Rodríguez Tarditi, J. *Ideario de Ángel M. Giménez 1878-1978*. Buenos Aires: Cooperativa El Hogar Obrero, 1978, pág. 9.

pación por los niños «*deficientes*», que hoy denominaríamos «*niños de capacidades diferentes*».

Propugnó la separación de la Iglesia y el Estado, y la eliminación de cualquier intromisión en el «*fuero íntimo*» de las personas. Propulsó la educación popular y se hizo eco de la ley 1.420, ley de educación libre, laica y gratuita. Contribuyó a la difusión del libro y a la creación de bibliotecas populares.

Fue un difusor del cooperativismo y ejerció cargos en El Hogar Obrero (como presidente, vicepresidente, tesorero y vocal «*hasta el día de su fallecimiento*»).[19] Dirigió además la revista *La Cooperación Libre* y defendió la idea de que los ahorros populares debían ser entregados a cooperativas para su aplicación a los fines sociales de ellas mismas, en vez de ser entregados a bancos privados, ya que éstos solían financiar proyectos que sólo empeoraban la situación económica de los ahorristas populares. Planteó que las cooperativas debían controlar el estado sanitario de los alimentos en defensa de la salud de sus integrantes.

En cuanto a la educación popular, creó junto con Juan B. Justo la Sociedad Luz (Universidad Popular), institución en la que Ángel Giménez volcó casi toda su actividad, pudiendo decirse que fue su *alma mater*. Fue su convicción que «*sólo la elevación intelectual del pueblo posibilitaría su mejoramiento material, para liberarse de yugos impuestos por un medio social que aún no comprendía su deber de considerar con toda preferencia los derechos del pueblo trabajador*». Desde esta tribuna también combatió «*el alcoholismo, el tabaquismo y la explotación de la mujer y del niño*».[20]

El edificio y el ideario de Ángel Giménez.

El arquitecto encargado del proyecto y la construcción del edificio que fue la casa matriz de El Hogar Obrero fue Fermín H. Bereterbide, un socialista autodenominado *fabiano* que se hizo parte del Movimiento Esperantista y luego del Movimiento Argentino

[19] Op. cit., pág. 9.
[20] Op. Cit., págs. 10-11.

por la Paz.[21] Sufrió encarcelamientos y fue expulsado por un tiempo de la Sociedad Central de Arquitectos; varios contratos suyos fueron interrumpidos y fue excluido de la Municipalidad de Buenos Aires.

Una persona tan multifacética e interesante podría proveer de temas de investigación a una multitud de investigadores populares, pero en esta ocasión, se trata de ver en qué medida se plasmó en la obra de la casa central de El Hogar Obrero el ideario de Ángel Giménez esbozado en el apartado anterior.

Aunque no figure explícitamente en el ideario de Ángel Giménez, la cooperación figura entre los principios del cooperativismo, junto con la solidaridad. Resulta plausible entonces que programas de viviendas colectivas con servicios compartidos podrían ser los soportes arquitectónicos para lograr acciones de cooperación entre los habitantes de complejos habitacionales con estas características. En el caso del edificio en cuestión, los departamentos carecen de lavaderos individuales porque existen lavaderos comunes, y en el proyecto original estaba prevista una cocina general en el piso 22 –que no fue construida- con un comedor colectivo, «*una versión a otro nivel del salón de té con el que culminaba el (edificio) Comega de los arquitectos Joselevich y Douillet*».[22]

Un elemento muy característico del ideario de Giménez fue la preocupación por la salud del trabajador, en este caso representado por el habitante de las viviendas. Y en este sentido, la preocupación por el asoleamiento y aireación de los departamentos llevó al diseño de la placa de veintidós pisos ya descripta anteriormente. Para este fin se realizaron estudios minuciosos para determinar el diseño de los elementos de la fachada. En Buenos Aires, el día 21 de junio, el sol está a 30º sobre el horizonte, mientras que en el día extremo del verano, aumenta su ángulo hasta 80º. Con un cálculo adecuado, se puede lograr una orientación que permita que en invierno el sol entre profundamente, y que en el verano, reduzca su

[21] Molina y Vedia. Op. Cit., pág. 106.
[22] Op. Cit. pág. 173.

penetración. Todo esto resulta en una buena aireación y un buen asoleamiento gratis, sin ningún gasto posterior a la construcción, sin requerir enormes consumos de energía o artefactos adicionales para lograr un resultado satisfactorio.

Otro detalle referido al asoleamiento es que por efecto del diseño elegido, la luz va entrando sucesivamente «*al vestíbulo, la cocina y el mínimo baño*», dada la circulación lograda dentro de los departamentos.[23]

La preocupación por los niños y por la salud expresadas por Giménez, encuentra su expresión en el edificio en cuestión, en el diseño de una nursery con una pileta que se proyectó para ser ubicada en el techo del sector que luego fue supermercado y oficinas. Aquí se está valorando el proyecto original, no cómo fue sufriendo modificaciones por decisiones tomadas por administradores o cooperadores posteriormente.

En conclusión, varios elementos del ideario cooperativista y socialista del Dr. Ángel Giménez fueron incorporados al diseño del edificio torre de El Hogar Obrero, aunque no siempre lo que se proyectó se construyó efectivamente o se conservó en la ubicación original.

Lo que no puede discutirse es que un tema tan fundamental como la adecuada aireación y asoleamiento están inscriptos, casi podríamos decir garantizados, por un diseño que priorizó estos elementos por sobre consideraciones económicas.

Bibliografía:

Diario Clarín, 28 de mayo de 2005.
Encyclopedia Britannica. Encyclopedia Britannica, Inc. Chicago, 1964.
Grela, P. *Cooperativismo y monopolio*. Buenos Aires: Editorial Platina, 1965.
Molina y Vedia, J. *F.H. Bereterbide. La construcción de lo imposible*. Buenos Aires: Ediciones Colihue, 1997.
Repetto, N. *¿Cómo nace y se desarrolla una cooperativa?* Argentina: Ediciones Intercoop, Cuadernos de Cultura Cooperativa 53 (4ª edición), 1975.
Rodríguez Tarditti, J. *Ideario de Angel M. Giménez 1878 - 1978*. Buenos Aires: Cooperativa El Hogar Obrero, 1978.

[23] Ibidem.

Falcon verde.

Graciela Beatriz Gutiérrez.

El Falcon en el recuerdo.

«Juntitos(...) juntitos, juntitos. Un padre, una madre, cuatro hijos y hasta un tío solterón».

De aquella comedia familiar de los ’60 apenas ha quedado en mi memoria esta estrofa con su música acompañada de las imágenes en blanco y negro de la presentación, que concluía con un plano cerrado sobre la taza del neumático delantero de un Ford Falcon donde se veía el logotipo impreso. No recuerdo bien si figuraba la palabra *Ford* o *Falcon*.

Nunca fui tele adicta y en aquella época –con menos de diez años y una vida que me convocaba a la aventura desde la vereda– *La Familia Falcón* me era tan ajena como *Las Manos Mágicas* –que enseñaba trucos que jamás aprendería–, *Telescuela Técnica* o los discursos de Onganía.

En la década siguiente, ya adolescente, mientras desde la pantalla del televisor Pipo Pescador cantaba «*vamos de paseo, pí-pí-pí, en un auto feo(...)*», no me resignaba a abandonar mi *habitar la vereda*. Por eso –o quizás porque estaban por todos lados– pude ver desplazarse a toda velocidad hacia el norte, por la recién asfaltada avenida San Pedrito del barrio de Flores, varios Falcon blancos por cuyas ventanillas asomaban ostentosas ametralladoras portadas por unos sujetos que recuerdo con mucho pelo, bigotes y anteojos negros. Sin sirenas ni uniformes pero bien visibles e impunes, lo suficiente como para quedar grabados en mi memoria.

Mis recuerdos personales –como los de muchos– con fre-

cuencia retroceden ante la memoria colectiva, no se sumergen en el olvido ni se borran, pero ceden lugar –sin entrar en contradicción– y se adaptan, porque alrededor de los relatos compartidos nos constituimos como grupo social, nos identificamos, nos reconocemos como *nosotros*. La constitución de nuestra identidad colectiva está íntimamente ligada a la construcción de la memoria colectiva, esa práctica social que, según afirma Hugo Vezzetti «*requiere de materiales, de instrumentos y de soportes*».[1]

A treinta años del golpe militar que implementó el terrorismo de Estado en nuestro país, los *Falcon verdes* forman parte de la memoria colectiva. Representan el temido momento del secuestro, punto de partida hacia un destino: la desaparición. Ninguno de nosotros duda acerca del tema de un relato a partir de escuchar simplemente *Falcon verde*; nuestra memoria los asocia de inmediato con 30.000 viajes hacia la tortura y la muerte.

Focalizar en la marca automotriz Ford y su modelo *Falcon* me permite empezar a preguntarme y a reflexionar acerca de las diferentes representaciones sociales que un mismo símbolo cultural soporta a través del tiempo, su relación con los medios masivos de comunicación y la responsabilidad que nos cabe como docentes en la construcción de la memoria colectiva.

La familia en la tele.

La Familia Falcón fue el nombre de la telecomedia familiar escrita por Hugo Móser, emitida con muy buen nivel de audiencia para la época, desde el 6 de febrero de 1962 y durante ocho temporadas consecutivas. Iba por Canal 13 a las diez de la noche. Vinculándola con la historia político-institucional de nuestro país, podríamos decir que se estrenó cuarenta y cinco días antes del desplazamiento del presidente Dr. Arturo Frondizi –colocando en su lugar al presidente provisional del Senado, senador por Río Negro, José María Guido–, siguió en el aire durante la presidencia del Dr.

[1] Vezzetti, Hugo. *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*. Buenos Aires. Siglo XXI Editores, Argentina, 2005, pág. 32.

Illia, al que vio caer bajo las botas del general Juan Carlos Onganía. Pero dejó de emitirse antes de que Onganía abandonara contra su voluntad el sillón de Rivadavia.

Este producto mediático transitó toda la década representando, con el auspicio de la multinacional norteamericana Ford –que el 21 de septiembre de 1961 instaló su filial local, Ford Argentina, en una gigantesca planta fabril de la localidad de Pacheco– a una conservadora familia de clase media porteña. Los roles estaban claramente divididos, el padre era el jefe y proveedor legítimo, la madre se ocupaba de la casa, el tío solterón era burrero y fumador, y los cuatro hijos –junto con el yerno y la mucama– aportaban, desde sus diversas personalidades y ocupaciones, temas que contribuían al desarrollo de la ficción familiar. La familia se representaba como un pilar de la sociedad, un solo cuerpo que reaccionaba en bloque para evitar el desastre si alguno de sus miembros amagaba con desviarse, mínimamente, de lo establecido como correcto.

La relación de pertenencia identitaria entre el programa y la empresa auspiciante era total, sin ambigüedades y declarada: *La Familia Falcón* era un programa de Ford al punto de hacer coincidir el apellido de la familia –que incluía a la «*mucama de los Falcón*», y se nacionalizaba con la tilde– con el nombre del modelo de automóvil que la empresa presentaba como «*ideal para la familia*» por su tamaño y fortaleza.

Desde la pantalla, la fuerza se depositaba en la unión familiar. «*Juntitos*» resistían los embates de la actualidad de los '60 –tan propensa a los cambios y a la rebeldía– dictaminando, desde el sentido común de la clase media porteña, acerca de los acontecimientos de la política nacional y el deber ser de una *familia normal*. Y estuvieron vigentes, en el aire y en la memoria colectiva, mucho más tiempo que los gobiernos que le fueron contemporáneos.

El Falcon por las calles.

El Falcon –fabricado enteramente en el país a partir del 15

de julio de 1963– era un modelo popular aun cuando un cero kilómetro estuviera lejos de las posibilidades económicas del pueblo. Se trataba de un automóvil no *tallerista*, con amplia capacidad interna para cargarlo de mercadería, y una carrocería prácticamente indestructible, de líneas elegantemente sobrias. «*Duro, fuerte, incansable: un titán*», declamaba un aviso publicitario de la época. En resumidas cuentas, se trataba de un auto *fuerte* que servía tanto para el trabajo como para salir los fines de semana, *cargando* a toda la familia.

Cargar a toda la familia, *levantarla*, fue algo que se siguió haciendo con los Falcon durante la década siguiente, claro que no para pasear. En la década del '70, *La Familia Falcón* ya no estuvo en la pantalla del televisor y la presencia cotidiana de los Falcon en las calles dejó de relacionarse con la unión familiar. Ford continuó siendo símbolo de *fuerza* pero en el imaginario social la fuerza ya no era la de la familia, la tenían otros y estaba en otro lado.

Según el pensador Cornelius Castoriadis, autor de *La institución imaginaria de la sociedad,* el imaginario social es un producto socio–histórico, una producción colectiva y anónima conformada a lo largo del tiempo por significaciones compartidas. La función que el autor atribuye al imaginario es la de responder a aquellas preguntas que la sociedad plantea respecto de su identidad, sus relaciones con el mundo, sus deseos y necesidades. Y son esas significaciones, esas respuestas que conforman una red simbólica, las que aseguran la cohesión de ese conjunto humano denominado sociedad.[2]

En tanto que producto socio–histórico, el imaginario social no se instituye único y para siempre sino que se corresponde con la época y la cultura en la que se establece. Los hechos históricos y las prácticas sociales diferenciadas que se gestaron y estallaron durante los '60 y los '70, produjeron un claro quiebre en la relación que el imaginario de la sociedad argentina establecía entre las tres *f* –

[2] Castoriadis, Cornelius. *La institución imaginaria de la sociedad*. Buenos Aires, Tusquets, 1993.

fuerza, familia, Falcon–. Y ese quiebre apuntaló la instalación del Terror.

La aseveración de José Pablo Feimann en su libro *La sangre derramada*, cuando dice que «*El 24 de marzo implica la era de la planificación racional y moderna de la muerte*», es corta y contundente. Feimann relaciona al golpe de estado de 1976 con la Modernidad que, como sabemos y por ello no lo aclara, se rige por las ideas de la Razón y el Progreso.

Ideas que no solemos cuestionar porque las tenemos naturalizadas al punto de olvidar que la Razón suele dejar de lado lo sensible, y el Progreso, en tanto inevitable avance, no se fija en aquellos que no pueden seguirle el ritmo. Fascinados durante dos siglos por logros como el tren y los avances científicos que alargan el tiempo de vida, y el disfrute del confort que los aparatos eléctricos otorgan a quienes pueden comprarlos, olvidamos que ambas ideas también hicieron posibles Auschwitz, Hiroshima y La Perla (Córdoba-Argentina).

El accionar de las fuerzas represivas en nuestro país durante el período de la última dictadura militar fue sistematizado, estuvo planificado y fue llevado a cabo mediante operaciones que se sucedían unas a otras, casi como una carrera de postas. A la investigación de una persona –realizada mediante seguimientos o infiltración- seguía la búsqueda y ubicación, el secuestro y por último la tortura sin límite de tiempo. De esta secuencia podía resultar tanto la muerte durante la tortura como nuevas búsquedas y ubicaciones sobre la base de datos –falsos o veraces– arrancados a los detenidos con los métodos aprendidos por nuestras Fuerzas Armadas en su capacitación en el exterior. El destino final de los secuestrados –luego *desaparecidos*– fue generalmente el *traslado* (eufemismo de asesinato) y, excepcionalmente, la *libertad* vigilada.

Para el funcionamiento de toda esta maquinaria, algunos elementos se hacían imprescindibles: lugares donde torturar y mantener con vida a aquellos que por algún motivo no querían asesinar de inmediato, mala comida para darles y que no murieran de ham-

bre, personal para vigilarlos y evitar que intentaran escapar, comunicarse o morir por sus propios medios y decisión. Y para llevarlos a esos lugares eran necesarios autos grandes, con capacidad para *arrojar* cuerpos adultos dentro de ellos.

Renault 12 *break*, Peugeot 504, Ford Falcon; casi todos los autos grandes y de todos los colores fueron utilizados para realizar *operativos* que nada tenían de secreto ni oculto, porque el Terror, para existir, necesita ser visible.

Los vecinos veían rodear su manzana con autos sin identificación, de noche o de día; y veían bajar de esos autos a civiles armados que rompían puertas para ingresar a una casa de familia –privado refugio, en teoría inviolable–, y llevarse embarazadas y ancianos, dejar tirados chicos y robarse los bebés, matar a la madre que resistió al secuestro. También en ocasiones escucharon helicópteros, tiroteos entre el afuera y el adentro de las casas, y espiaron el retiro de los cuerpos con o sin vida. Y vieron cargar en los baúles o tirar sobre el asiento trasero a hombres y mujeres sangrantes y encapuchados.

Y los que no vieron, supieron. Y los que no supieron fue por propia decisión, conciente o no, de no saber. Pero todos los vecinos, los que vieron y los que no, ante la imposibilidad de elaborar relatos socializables, conservaron de aquellos tiempos lo que Walter Benjamin denominó «*nubes*».[3] Lo reconocible –el Falcon– de una experiencia que les resultaba totalmente novedosa: la desaparición para siempre y, por no tener marcos que posibilitaran la comprensión, ajena. Y esa *nube-Falcon* produjo sombras impenetrables de padecimiento que quedaron, imposibilitando que los recuerdos pudieran salir a la luz, por demasiado tiempo.

Para reconstruir mejor un *clima de época*, que puede explicar algunas cosas –y deja muchas más sin explicación–, recurro a una imprescindible cita del ya nombrado libro de Feimann:

[3] Benjamin, Walter: «*El narrador. Consideraciones sobre la obra de Nikolai Leskow*», en *Sobre el programa de la filosofía futura y otros ensayos*. Caracas, Monte Ávila, 1970, pág. 190.

«Los que han descrito la Argentina del '76 y el '77 han incurrido, con frecuencia, en un error que amengua la vivencia del miedo cotidiano. Tal vez esta experiencia la sabemos sólo quienes permanecimos aquí. Y es la siguiente: uno se enteraba de desmedidos horrores, desaparecían los amigos, o los conocidos o gente que uno no conocía pero de cuya desdicha se enteraba. Es decir, uno sabía de la existencia permanente del horror. Sin embargo, al salir a la calle lo que más horror producía era el normal deslizamiento de lo cotidiano. La gente iba a trabajar, viajaba en colectivo, en taxi, en tren, cruzaba las calles, caminaba por las veredas. El sol salía y había luz y hasta algunos días del otoño eran cálidos.

¿Dónde estaba el horror? Había señales: los policías usaban casco, en los aeropuertos había muchos soldados, sonaban sirenas. Los militares les hacían sentir a los ciudadanos que estaban constantemente en operaciones, que estaban en medio de una guerra. Pero, a la luz del día, nada parecía tan espantoso como sabíamos que era. Quiero remarcar esta sutil y terrible vivencia del horror: lo cotidiano como normalidad que oculta la latencia permanente de la Muerte».[4]

Saciar la necesidad de poner en relato aquello que se sabía que pasaba, estaba prohibido. Pero una experiencia tan traumática necesitaba volcarse en algún lado, en algún objeto cuya existencia permitiera en un futuro articular algún relato. Y la *nube* fue el Falcon, fue verde, fue esa presencia temida, aquello que la familia –toda familia– debía temer, el comienzo del destino incierto, el principio de la desaparición para siempre.

La fuerza de Ford.

Nuestra relación con el pasado, en tanto habitantes del

[4] Feimann, José P. *La sangre derramada*. Buenos Aires, Seix Barral, 2001, pág. 101.

presente, sólo puede ser una relación mediada. Los mediadores de esta relación, que posibilitan nuestro acceso al pasado suelen ser relatos –populares o académicos, escritos y orales–, vestigios materiales de otras épocas –que dan cuenta de la cotidianeidad y de la excepcionalidad– y esas construcciones sociales significantes que poseen un alto grado de arbitrariedad y que llamamos símbolos.

Los canales por los que estos mediadores circulan son actores interesados en la construcción de la memoria social.

El símbolo, según una de las tríadas clasificatorias de «*signo*» elaboradas por el padre de la Semiótica, Charles S. Peirce, es aquel signo que mantiene con su referente –aquello que el signo designa– una relación arbitraria, es decir, inmotivada. No hay similitud ni contigüidad ni ninguna relación lógica que se establezca entre el signo simbólico y aquello que designa.[5]

A la categoría de símbolo pertenecen claramente, entre muchos otros, tanto las palabras como aquellos objetos culturales que denominamos *símbolos patrios*. Son símbolos porque no hay razón o motivo que fundamente la relación significante que se establece entre objeto, signo e interpretante, nombre éste que se le otorga –en el esquema triádico peirciano– a la idea que el signo despierta respecto de su objeto referente. El interpretante, por estar inmerso en la circulación social de sentido, es el que alerta acerca de cualquier modificación en la significación social del símbolo.

La marca Ford se estableció en nuestra sociedad como símbolo de fuerza, es decir que socialmente representa a la fuerza: si digo Ford digo *fuerza*. Ford no representa excluyentemente ni poderío económico, ni velocidad, ni triunfo, ni ninguna otra cosa que no sea *fuerza*. Entonces, según el esquema explicativo de Peirce, Ford es el símbolo, la fuerza es el objeto y esa idea a la que Ford en tanto símbolo remite –y que varía de acuerdo con el recorte espacio-temporal que se analice– es el interpretante. En la Argentina de

[5] Peirce, Charles Sanders. *La Ciencia de la Semiótica*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1986.

los años '60, Ford remitía a la unión de la familia y en los '70 a las patotas paramilitares que rompían familias. En ambos interpretantes Ford queda relacionado simbólicamente con la fuerza.

Los medios de comunicación son canales privilegiados por los que circula el sentido socialmente construido. Pero no son sólo eso sino que también son empresas con fines de lucro que integran la industria cultural, y como tales están insertas en un modelo económico y político con el que entablan una relación de recíproca dependencia. La empresa Ford es parte del mismo modelo y como integrante activo fue auspiciante del producto mediático *La Familia Falcón* –que reforzaba y defendía un modelo de familia– y de la represión física de las familias cuyos integrantes amenazaban el modelo político y económico de Ford en los '70. En ambos auspicios, Ford quedaba del lado de la fuerza.

Sin duda no fue Ford la única empresa automotriz que *auspició* secuestros familiares, pero sí fue quizás la única que tuvo en el campo de deportes de su planta industrial un centro transitorio de detención desde el que trasladaban secuestrados hacia las comisarías de las localidades de Tigre o Ingeniero Maschwitz. De marzo a mayo de 1976, los secuestros en la planta Ford alcanzaron a 25 de los 200 delegados.[6] Y éstos son datos que no entran en la categoría de «*detalles de la historia*» sino que corresponden a la «*esencia de la memoria*».[7]

La memoria es esencialmente una selección debido a la imposibilidad e inutilidad –tanto a nivel individual como social– de recordar absolutamente todo. Tzvetan Todorov señala que «*(...) la memoria no se opone en absoluto al olvido. Los dos términos para contrastar son la supresión (el olvido) y la conservación; la memo-*

[6] «*Ford Falcon, modelo 76*», diario *Página/12*, 26 de febrero de 2006. Declaraciones de Tomás Ojea Quintana, abogado y representante de los querellantes.
[7] Expresiones utilizadas por Beatriz Sarlo en *Tiempo Pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores Argentina, 2005.
[8] Todorov, Tzvetan: *Los abusos de la memoria*, Barcelona: Paidós Ibérica, 2000, pág. 15.

ria es, en todo momento y necesariamente, una interacción de ambos».[8] De esa interacción resulta una selección que construye memoria social y que –al igual que toda selección– se rige por criterios que muchas veces no son concientes, pero que siempre se corresponden con el imaginario de la época. El imaginario social es uno de los factores que determina qué características de los sucesos son «*detalles*» –y podrían, por lo tanto, olvidarse– y cuáles son esenciales para la construcción de una memoria colectiva que cohesione a la sociedad.

El color –cuando hablamos de objetos– es una característica que podría entrar, desde el sentido común, en la categoría de «*detalle*» de la memoria. Pero abandona toda posibilidad de serlo cuando el color se lo carga de sentido histórico y *dice* más. Dos casos que llegan rápido a mi mente son la divisa punzó de los federales y los *Falcon verdes* de las patotas para–militares. Y ambos quedaron en la memoria.

No quedó cualquier auto ni tampoco cualquier Falcon, los *Falcon verdes* están instalados en la memoria colectiva y se reafirman en cada enunciación. Son verdes, como el dólar, como el pasto... como el uniforme del ejército. Las imágenes de archivo –cuya presencia es recurrente en cada documental que reconstruye algún aspecto o episodio de la última dictadura– con frecuencia incluyen automóviles Falcon y, no pocas veces, de otras marcas.

Pero si bien no dan cuenta del color –porque son imágenes en blanco y negro– y es relativamente fácil reconocer por la *claridad* algún celeste, blanco, gris perla o beige, el color de los Falcon que utilizó la represión para sus secuestros es, para la mayoría de los argentinos, uno solo: el verde.

Si bien Vezzetti afirma, respecto de la memoria colectiva, que «su forma y su *sustancia no residen en formaciones mentales y dependen de marcos materiales, de artefactos públicos: ceremonias, libros, films, monumentos, lugares*»,[9] esta afirmación deja afuera al imaginario social que, afirmo, es sustancial a la memoria

[9] Vezzetti, Hugo: Op. Cit. pág. 12.

colectiva en tanto que depende estrechamente de él y está lejos –el imaginario social– de poder considerarse un marco material.

De hecho, el color verde de los Falcon se sostuvo en el tiempo y se difundió con bastante prescindencia de dichos «*marcos materiales*».

En las emisiones mediáticas conmemorativas de los 30 años del golpe pude advertir, en relación con la vigencia que poseen en la memoria colectiva, escasa presencia de los *Falcon verdes*. El único programa que emitió el cortometraje independiente *Ford Falcon/Buen Estado*, realizado en la década del '80 por González Asturias y Barcos, fue *Informe Central*, de América 2, la noche del 24 de marzo de 2006. Un día antes, el diario *Página/12*, en su sección Sociedad, tituló «*La orden que dio la dictadura para la compra de Falcon verdes sin patente*» a una nota de María Seoane en la que las citas textuales de documentos en ningún momento refieren al color de los vehículos. Aparece también, en la tapa del número especial de *Caras y Caretas,*[10] el dibujo de la parte trasera de un *Falcon verde*. Sobre el margen izquierdo, junto con alambres de púas y calaveras, lo ubican detrás de los personajes centrales, Videla y Martínez de Hoz. No hubo gran presencia de *Falcon verdes* en los medios masivos durante marzo de 2006, pero tampoco hizo falta porque siguen estando, habitan, en el imaginario y en el discurso de la gente.

Transmisión cultural.

La historia que los *Falcon verdes* relatan es reciente, menos de treinta años nos separan del fin de esa época, y ninguno de los que compartimos la experiencia necesitamos una explicación sobre el significado del *Falcon verde*. La opinión, respecto de la necesidad de recordar o de olvidar esa página de nuestra historia, sigue estando dividida aun cuando aparenta, actualmente, haberse invertido la proporción: si en los '90 una *mayoría audible* quería dejar atrás el pasado, hoy la *mayoría visible* insta por verdad y

[10] *Caras y Caretas*, Año 45, Edición N° 2.196, marzo de 2006.

justicia. El tema de la selección con la que se construye la memoria colectiva no es un tema menor.

Como comunidad tenemos una historia en común a partir de la cual –y siempre desde el presente que habitamos y el imaginario social que impera– decidimos qué atesoramos en la memoria y qué olvidamos. Y el presente, que cambia, condiciona la recuperación de ese pasado. A la vez, la memoria colectiva como construcción define identidades a partir de puntos de referencia similares y nos permite reconocernos y diferenciamos de los otros. Por lo tanto, están en juego la memoria y la identidad colectiva.

Como sabemos, la escuela fue creada en la Modernidad para instituir identidades a través de la transmisión cultural y la incorporación de prácticas sociales compartidas. A nosotros como educadores nos cabe la responsabilidad de dicha transmisión. Nos toca mediar –dice Hannah Arendt– «*Entre lo nuevo y lo viejo, enseñar a los niños cómo es el mundo y no instruirlos en el arte de vivir*».[11] Pero tenemos muchas limitaciones: estamos inmersos en el imaginario social, no somos neutros, adoptamos una posición respecto del pasado y no tenemos *la verdad*, tan solo portamos la nuestra. Tomar conciencia de esto se torna fundamental cuando tenemos en cuenta que ejercemos nuestra tarea –según Todorov– en uno de esos «*lugares donde la memoria se preserva: en las conmemoraciones oficiales, la enseñanza escolar, los mass media, los libros de historia*».[12]

Todo suceso histórico corre el riesgo de sumirse en el olvido, una vez entablada la lucha de distintos relatos sobre el mismo pasado, por quedar como el único en la memoria colectiva.

Los símbolos, por su parte, corren el mismo riesgo de ser olvidados, pero se les suma otro: el de cristalizarse y vaciarse de significado por la recurrencia de una utilización que da por sentado

[11] Arendt, Hannah. «*La crisis en la educación*» en *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios para la reflexión política.* Barcelona, Ed. Península, 1996, pág. 45.

[12] Todorov, Tzvetan: «*Los abusos de la memoria*». Barcelona, Paidós Ibérica, 2000, pág. 56.

el conocimiento compartido de su sentido. Es decir, ninguno de nosotros necesita que le expliquen de qué hablamos cuando decimos *Falcon verde*, pero nuestros alumnos necesitan de nuestra explicación, y la necesitarían aun si de repente el espacio mediático comenzara a poblarse de ellos.

Ford dejó de fabricar su modelo Falcon en 1991 y nuestros alumnos viven en democracia desde que nacieron. ¿Para qué explicarles a las nuevas generaciones el significado compartido que para nuestra generación tiene el *Falcon verde*? No sé, quizás para intentar responder otra pregunta a la que, desde hace bastante tiempo, le busco respuesta: ¿Cómo transmitir el horror de manera tal que esa transmisión sirva para que no se repita?

Sabemos que los signos –y los símbolos son signos– son imprescindibles para la comunicación, que la transmisión cultural es inimaginable sin comunicación y que los símbolos son parte de nuestra cultura. No podemos enseñar nada sin comunicarnos con nuestros alumnos y –a riesgo de resultar redundante– para ello necesitamos de los símbolos. Y quizás, si los rescatamos para dar cuenta de lo que ocurrió, cómo fue que ocurrió, qué mecanismos posibilitaron que ocurriera y enseñamos que puede volver a ocurrir, sirvan también para transmitir el horror. No para instalar el Terror sino para que el Terror no vuelva a instalarse.

El Ford Falcon es un símbolo cuyo interpretante fue cambiando diacrónicamente; analizarlo comparativamente evita demonizarlo, desandar su construcción social como símbolo no implica negarlo en alguna de sus significaciones ni querer cambiarlo, tampoco sobrevalorar su funcionalidad como vaso comunicante con el pasado. Se trata simplemente de un intento de crear conciencia del pasado, de evitar que ese pasado se quede ahí, sin significación y se torne peligroso.

Quizás si llevamos al aula los símbolos de ese pasado –entre los que el *Falcon verde* ocupa un lugar importante– podamos despertar algunas preguntas que nos permitan articular un relato que trascienda el horror. Un relato que logre instalar a la intolerante

naturaleza humana, en la memoria colectiva, como algo que debemos superar mediante el trabajo conjunto.

La memoria colectiva es imprescindible para poder construirnos como lo que decidimos ser y no ser lo que no queremos ser. Se juega aquí el tema de la identidad de nuestros alumnos y nuestro futuro como país. Inmersos en el actual imaginario colectivo, a duras penas llegamos a advertir –por ejemplo– que un concurso de ensayos como éste era inimaginable hace diez o cinco años, para no ir más lejos en el tiempo.

Sergio Guelerman afirma que: «*El desafío que enfrenta la escuela consiste en transformar la Historia -siempre tercerizada- en memoria apropiable. La verdad ineludible de los hechos -los detalles- frente a la interrogación posible de la esencia*».[13] Tercerizada en tanto mediada, apropiable en tanto propia, detalles imprescindibles y esencia a construir.

Es hora de afrontar el desafío. La memoria colectiva que nos otorga identidad y nos permite pensar en un futuro común se construye a diario. Reflexionar al respecto puede resultar un buen comienzo.

[13] Sergio Guelerman (comp.). *Memorias en presente*. Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 2001.

La carpetita de la ESMA.

(La mala memoria).

Valeria Morelli

«La memoria es, dolorosamente, la única relación que podemos sostener con los muertos».

Susan Sontag.

Porque tengo mala memoria junto cosas, acumulo todo lo que me parece importante y eso es mucho. Guardo en una vitrina la carpetita que capturé en la ESMA, hace ya dos años, cuando llegué al lugar junto a muchos otros a recuperar un espacio que creíamos propio. Ese 24 de marzo hubo gritos, llantos, risas y alegría, y después de los discursos y los cantos, por fin, entramos.

Nunca me sentí protagonista de la historia, siempre la vi pasar traicionándome. Pero aquel día algo cambió. Nuestro presidente* pedía perdón por los crímenes cometidos por el Estado y yo lloraba. Conservo varias imágenes de ese momento *histórico*; están todas en mi cabeza porque, curiosamente, en esa fecha tan especial no llevé mi cámara. Hoy pienso que la sabiduría de la memoria me hizo olvidarla.

Las escenas se multiplican. Vi a muchos entrar a despachos y oficinas y entré con ellos. El futuro se abría paso. Los más jóvenes, dentro del Casino de Oficiales del horror, explotaban en arrebatos de euforia que algunos medios calificaron de «*violentos*». Dos adolescentes descolgaban un mapa de una pared y los más grandes,

* Néstor Kirchner, 24 de marzo de 2004.

cordiales, rogamos que no lo rompieran; les sugerimos que lo donaran a una escuela. No nos contestaron, nos miraron perplejos y revelaron lo cierto: ellos no estaban ahí para destruir nada, ellos, en todo caso, buscaban construir. Otros coreaban consignas que hablaban de luchas y venganzas. Después, todos juntos, cantamos el himno, bien fuerte en su final y juramos con gloria morir.

En grupo irrumpimos en los dormitorios de los alumnos de la escuela. Allí aparecieron algunos detalles que nos mostraban la actualidad de lo terrible. Con vergüenza y tristeza les señalamos a unos periodistas las inscripciones en un armario, una decía: «*Acá aprendemos a matar zurdos*», ávidos de imágenes los franceses filmaron. No entendieron nada, pero se llevaron el documento a casa.

Hoy, cuando ya pasó bastante tiempo y sólo me quedan recuerdos, me interrogo acerca de lo que buscaba en esa visita a la ESMA.

Me pregunto cuánto de este país fragmentado y dividido que somos es el resultado de aquel poder *concentracionario* del que esa *escuela* fue parte, o si en todo caso el intento totalizador fue posible gracias a raíces más hondas que nos revelan como pueblo, en nuestra incapacidad de mirar al otro y en nuestros límites para comprendernos. Dice Pilar Calveiro: «*Y es precisamente en los periodos de 'excepción', en esos momentos molestos y desagradables que las sociedades pretenden olvidar, colocar entre paréntesis, donde aparecen sin mediaciones ni atenuantes, los secretos y las vergüenzas del poder cotidiano*».[1]

Los discursos actuales dominantes sostienen como condición indispensable para mirar el pasado la necesidad de interpelarnos como sociedad, revisando y asumiendo las responsabilidades colectivas. Sin pretender objetar esta idea me interesa, en cambio, indagar en las grietas, en las fisuras posibles de aquel poder totalizador. «*No existe una manera posible de comprender los problemas universales si no nos acercamos a ellos por medio de las instancias*

[1] Calveiro, Pilar. *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires, Colihue, 2004, pág. 28.

distintas y particulares, de gente determinada, en un momento particular».[2]

Tal vez desde lo concreto y cotidiano se pueda entender lo que construimos como sociedad a nivel más general, y si asumimos que esta experiencia *concentracionaria* nos constituyó, podemos pensar también que las pequeñitas actitudes de derrota, de esperanza, de miedo, de complicidad y de heroísmo que se dieron en el dispositivo que fue el campo, también se dieron en el país que fuimos y perduran en el que estamos construyendo.

La experiencia *concentracionaria* tuvo múltiples variantes y, más allá del dispositivo común a aplicar, fue única en cada caso porque trataba con seres humanos que también tuvieron reacciones únicas. «*Aunque el dispositivo está preparado para que los individuos obedezcan de manera automática e incondicional, esto ocurre en distintos grados, que van desde la más profunda internalización a un consentimiento poco convencido, sin desechar la desobediencia que, aunque es muy eventual, existe. Aun en el centro mismo del poder, la homogeneización y el control total son sólo ilusiones*».[3]

Lo cierto es que no muchas sociedades crean campos de concentración; en cualquier caso, aun viviendo en el horror, ese horror está conformado por personas que lo validan, lo niegan o lo resisten, y cada ser humano es libre en su elección. Siguiendo esta idea, pensaba que en ese recorrido por la ESMA, en esa visita al territorio del *otro*, esperaba encontrar una respuesta, algo que me ayudara a comprender, tal vez un rastro de lo perdido, alguna prueba o una explicación para tanto dolor. Hoy sé que sólo buscaba una esperanza, una grieta.

[2] Bauer, Yehuda. *El lugar del Holocausto en la historia contemporánea*. Buenos Aires, Fundación Memoria del Holocausto, Museo de la Shoá, 2002, pág. 28.
[3] Calveiro, P. Op. Cit. pág. 13.

La carpetita verde.

«Puedes confiar en las cosas. Nunca cambian su naturaleza. Sus atractivos no palidecen. Las cosas, cosas raras, tienen un valor intrínseco, las personas valen lo que tu propia necesidad les asigna».

Susan Sontag.

De aquel 24 de marzo conservo los recuerdos en mi memoria y la carpetita verde. La encontré de forma casual, sin buscarla; estaba apoyada en un estante, me acerqué y con curiosidad la abrí. De a poco sus hojas me entusiasmaron; era la carpeta de un estudiante y sus dibujos y diseños bien rígidos y esquemáticos me encantaban, la letra y los subrayados mostraban a un principiante.

Seguí leyendo y al final (como en casi todas las carpetas) apareció su verdadero dueño. Las últimas hojas estaban repletas de frases, mensajes y poemas; entendí que en ese aprendiz militar se escondía un ser sensible, alguien que sufría y que por eso también escribía. Recuerdo que me dije: «*Aquí hay un ser humano*» y sin pensarlo dos veces guardé la carpetita en mi cartera. Porque el lugar estaba siendo vaciado y en el futuro sería otra cosa. Porque la vi abandonada y me dio pena. Porque supuse que se perdería y nadie repararía en ella. Por eso y mucho más me la llevé.

Hoy me pregunto por qué la guardo y supongo que lo hago porque me interroga todo el tiempo y sé que por lo que me pregunta y no logro responder la quiero.

Fue después, cuando el tiempo y el fervor pasaron, que entendí la importancia de la carpeta. Porque algunas de mis obsesiones se condensan allí; porque ésa es la carpeta de un alumno de la ESMA, un lugar emblemático dentro del terrorismo de Estado, es cierto, pero también una *escuela*. Si el dispositivo del horror tiene una racionalidad, es bien cierto que también fuga de ella, y como docente me cuesta concebir una imagen más atroz que la de un campo de concentración funcionando en una escuela.

«En la ESMA (Escuela de Mecánica de la Armada) funcionó

durante la última dictadura militar uno de los más grandes centros clandestinos de detención y exterminio. El lugar está ubicado en un predio de 17 hectáreas donde funcionaban diversas instituciones de la Marina.

Por los testimonios de quienes sobrevivieron se conoce que este campo de concentración funcionó desde poco antes del golpe de Estado del 24 de marzo de 1976 hasta finales de 1983. Se calcula que en el lugar estuvieron secuestradas alrededor de 5000 personas. Allí funcionó también una 'maternidad clandestina' que sirvió de base a la sistemática apropiación de los niños que daban a luz las prisioneras embarazadas. Esas madres continúan desaparecidas; sus hijos fueron apropiados por sus desaparecedores.

Si bien las funciones centrales de la ESMA como centro clandestino tuvieron su asiento en el edificio del Casino de Oficiales, todos los terrenos incluidos en los limites del predio estuvieron en función de la actividad represiva ilegal y clandestina llevada adelante por la Armada».[4]

Ante la magnitud del dispositivo impuesto y lo inconmensurable de los hechos ocurridos en este lugar, cualquier propuesta, cualquier opción que busque designarlo, se vuelve insuficiente, incompleta, inacabada. Sin embargo, esta dimensión de imposibilidad debería ayudarnos a lograr una comprensión verdadera.

Intento pensar desde el objeto. Intento pensar a este campo como el paradigma del dispositivo *concentracionario*, porque allí también funcionó una *escuela*.

Como docente, la principal inquietud que me provocó la carpeta fue descubrir en ella a un estudiante de la ESMA bastante parecido a cualquiera de mis alumnos. No vi allí ni un futuro asesino, ni un enemigo de la humanidad, vi en cambio un ser humano. Siguiendo a Calveiro: «*Todos los Estados son potencialmente asesinos pero, para que se pueda instaurar una política de terror a través de un poder concentracionario y desaparecedor, hace falta algo*

[4] Gobierno de la ciudad de Buenos Aires.

más que un puñado de militares crueles y ávidos de poder. Todo autoritarismo de Estado crea y potencia el autoritarismo social que, a su vez, lo sostiene».[5]

Hoy me pregunto: ¿Cuántas huellas de aquel poder *concentracionario* perduran? ¿Cuánto de ese poder nos constituye aun hoy como sociedad? ¿Cuánto de esta vida fragmentada nos impide construir a futuro? ¿Cuánto de todo esto está presente en mí?

Tal vez sea necesario recordar que la lógica del campo de concentración supuso una racionalidad que dio lugar a un sistema burocrático que lo sostuvo y que funcionó muy bien porque cada parte del engranaje cumplió sus funciones sin objeciones, en esto, en la sistematización de las tareas y en la no objeción a las órdenes, entiendo que el campo y la escuela encuentran puntos en común.

Las palabras.

«*No es la sociedad en general la que tiene que 'destruir ese poder que tiene la tiranía de mantener prisioneras a sus víctimas y testigos mucho después de desmantelada la prisión', son los protagonistas de entonces quienes tienen el deber de 'pasar' a los que vienen detrás algo más que jirones de una historia*».[6]

A partir de algunos testimonios de personas que fueron apresadas, torturadas y que salieron con vida, llamados *sobrevivientes*, es posible indagar en la idea planteada por Calveiro, que propone leer al campo y a la experiencia *concentracionaria* como un fenómeno que se reproduce en la sociedad toda.

En este sentido, y a partir de los relatos de experiencias personales, podemos *leer* algunas *miradas* que estas víctimas directas de la acción terrorista del Estado tuvieron y tienen acerca del *afuera*, acerca de *los otros*.

Claudio Tamburrini, sobreviviente que logró fugarse de su cautiverio en la Mansión Seré, dice: «*Parece ser un fenómeno co-*

[5] Calveiro, Pilar. *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*. Buenos Aires, Norma, 2005, pág. 12.
[6] Op. Cit. pág. 22.

mún en la historia porque los vecinos de los campos de concentración nazis cuentan lo mismo también, que no imaginaban, no habían podido imaginar la magnitud de lo que estaba pasando en los campos». En este testimonio, la sociedad aparece como espectadora de lo que sucedía y la distancia entre el clima que se vivía en ese momento y lo que luego se conoció fehacientemente. Al decir: «*No habían podido imaginar la magnitud de lo que pasaba*», habla de una actitud pasiva, de no reacción de la sociedad, y establece una distancia entre la sospecha de lo que puede estar pasando y lo que después se supo verdaderamente que sucedió. Sin embargo, en otro pasaje, dice: «*(...) Yo afirmo que es imposible no sospechar que algo está pasando o no notar que algo está pasando*». *Y para ejemplificar, claramente relata: «Escuchaba yo de afuera al heladero pasar todas las tardes, escuchaba a los chicos de la escuela, (...) los escuchaba claramente (...) Y yo pienso que de la misma forma que yo los escuchaba a ellos, ellos me tenían que escuchar a mí cuando gritaba, los vecinos que vivían ahí o alguien que pasase cerca, nos tenía que escuchar cuando gritaba, cuando nos torturaban*».

El sobreviviente evidencia que es imposible que nadie lo haya escuchado y el punto de conflicto aparece en la negación en que si «*los otros*», el «*afuera*», sabían y no hicieron nada entonces negaron y el mecanismo de la negación se reprodujo luego cuando las evidencias aparecieron y la sociedad en general volvió a afirmarse en el *no saber*.

Podemos leer en sus palabras, en el «*Ellos me tenían que escuchar a mí*», también un reclamo. Seguramente lo que está diciendo también es: *Si me escuchaban, debían hacer algo, si me escuchaban debían haberme ayudado*.

En el final de su testimonio, Tamburrini enfatiza el carácter de lo que ocurrió: «*Es demasiado grande todo, demasiado evidente, demasiado notorio para que no se perciba*».

Esta interpelación, hecha en tiempo presente, produce mucha inquietud; está hablando de algo que ocurrió pero desde el

hoy. De algún modo, hace un reclamo desde el ayer, ahora. Es posible pensar también, que esas palabras son las que se decía a sí mismo mientras estaba en cautiverio, mientras estaba detenido. Sólo que no existía un otro a quien decirle nada.

En su testimonio, este sobreviviente trae el recuerdo de su pasado y lo resignifica desde el hoy; sólo que el conflicto no resuelto, para el que no encontró respuestas en el pasado, aparece inalterable en tiempo presente, aparece en el tiempo que utiliza al hablar.

El planteo de Calveiro acerca de que el país entero reprodujo la lógica *concentracionaria* encuentra un eco en el testimonio de Mario Villani.

Su relato despliega esta idea y deja algunos interrogantes, dice: «*Pero cuando empecé a pensar que por ahí me salvaba, ya la cosa no era sólo llegar al día siguiente (...) ya la cosa era en relación con el país, porque si salía, yo me iba a encontrar al país en la calle (...) Yo no estaba dispuesto a hacer cosas que después me iban a hacer arrepentir de seguir vivo (...) ¿Por qué no hubo fugas? Tiene que ver con la reconstrucción de la identidad (...) Ahora pienso: ¿qué sentido hubiera tenido salir vivo, adónde? ¿Adónde? Porque el país era un campo de concentración, salir de un campo para caer en un campo de concentración*».

Villani explicita claramente que todo el país funcionaba como un campo de concentración. Ante esta realidad, efectivamente no hay salida, no hay lugar al cual fugar. La supervivencia se basará entonces en la resistencia y en la no complicidad. Al afirmar: «*Yo no estaba dispuesto a hacer cosas que después me iban a hacer arrepentir*», hace mención a la posibilidad de futuro que pudo vislumbrar.

Cuando piensa en la fuga como una posibilidad de reconstruir la identidad, los sueños y la esperanza, da cuenta de la derrota en la que los detenidos estaban inmersos; así se explica por qué no hubo fugas, sencillamente porque no había futuro.

Pensando el testimonio de Villani con relación al de

Tamburrini, un detenido que sí se fugó, es posible entender la reacción a la fuga. Mientras que Claudio comprendió que el afuera lo podía escuchar, que podían saber pero que nada iba a pasar y ante ninguna salvación del afuera optó por escapar. Para muchos otros esta posibilidad ni siquiera pudo ser pensada, porque, al margen de las posibilidades practicas de concreción una fuga supone fundamentalmente una esperanza, ir a algún lado, a otro lado y quedarse implica de algún modo asumir *la derrota*.

Otros detenidos intentaron superar la situación de encierro y tortura apelando a la humanidad de sus victimarios. Es el caso de Adolfo Bergerot, cuando dice: «*Mantuve mis convicciones, les hablaba, hablaba con ellos, intentaba apelar a lo humano que pudiera haber (...) En este punto, en que descubría que eso era inapelable, no había nadie. Frente al punto en que no había nadie a quien apelar (...) la locura es una salida*».

En este sentido, la opción de enloquecer es también una forma de evasión y escape de la realidad; no es una evasión concreta, como el acto de la fuga de Tamburrini, pero la actitud supone una mirada común.

En palabras de Calveiro, se trata de «*Un terror que se ejercía sobre toda la sociedad, un terror que se había adueñado de los hombres desde antes de su captura y que se había inscrito en sus cuerpos por medio de la tortura y el arrasamiento de su individualidad. El hermano gemelo del terror es la parálisis, el 'anonadamiento'. Esa parálisis es la que invade tanto a la sociedad frente al fenómeno de la desaparición de personas como al prisionero dentro del campo*».[7]

En los testimonios analizados los protagonistas optaron por resistir, desde lo cotidiano, la evasión a través de la locura o la fuga concreta. Los tres son ejemplos de resistencia ante el terror.

Me interesan estos testimonios porque muestran que siempre existen opciones. Me interesan porque son grietas en el dispositivo que muestran que no existen absolutos, que confirman que

[7] Calveiro, Pilar. Op. Cit. 2004, pág. 53.

siempre hay una cuota de humanidad que rompe con la índole misma del poder.

Y pienso que en estos ejemplos de las *víctimas* se visualizan muy claramente el heroísmo, la resistencia, la humanidad. Entonces vuelvo a interrogarme por *el otro*, por la humanidad arrasada del asesino y por la posibilidad de una grieta.

La mala educación.

«Yo digo que a mí la Armada me enseñó a destruir. No me enseñaron a construir, me enseñaron a destruir. Sé poner minas y bombas, sé infiltrarme, sé desarmar una organización, sé matar. Todo lo sé hacer bien. Yo digo siempre: soy bruto, pero tuve un solo acto de lucidez en mi vida, que fue meterme en la Armada»

Alfredo Astiz.

El campo de concentración sólo es posible cuando el intento totalizador del Estado encuentra un eco profundo en la sociedad.

Cualquier escuela ocupa un lugar fundamental en la vida de las personas que la transitan, porque en ella se aprende básicamente a convivir con el otro, a valorar la propia vida y también la ajena. Desde la escuela siempre sostenemos que educamos en la diferencia, que aceptamos *la alteridad* con todo lo que implica, que educamos en la diversidad con todo lo que ella significa.

Sin embargo, una escuela para la vida y un campo para la muerte pueden llegar a parecerse en forma alarmante. Pueden tener curiosas coincidencias en cuestiones tan pequeñas como sus rutinas o sus *procesos de burocratización*. En la ESMA estos procesos se vieron acentuados fundamentalmente por tratarse de una escuela *militar*, reforzando en los individuos el mandato de obediencia y disciplina que rige en cualquier institución de este tipo. «*Cuando la disciplina se ha hecho carne se convierte en obediencia, en 'la sumisión' a la autoridad legítima. El deber de un soldado es obedecer, ya que ésta es la primera obligación y la cualidad más preciada de todo militar. Es decir, las órdenes no se discuten,*

se cumplen».[8]

Los apuntes en la carpetita son ilustrativos de estas ideas. En una de sus páginas leo: «*La Inst. Militar descansa en la disciplina y el alma de la disciplina es la subordinación y ¿Que' es la subordinación? Es la obediencia conciente, espontánea y voluntaria. La disciplina no nota la personalidad del individuo, sino q' establece pautas de conductas*».

La disciplina busca eliminar la personalidad pero sabemos que esto no es posible. Aunque se lo eduque para obedecer, cada individuo es único y tiene la posibilidad de la duda. En el proceso de burocratización por lo general las órdenes no se cuestionan porque cada individuo se siente parte de un dispositivo más amplio; así las responsabilidades y decisiones personales se diluyen en el conjunto. Sin embargo, siempre existen excepciones, porque el dispositivo funciona con seres humanos y cada cual tiene su respuesta.

La carpetita de la ESMA contiene en sus páginas los contenidos de la escuela, pero también a un ser humano. Después de las definiciones y clasificaciones «*Armas y tiro*», «*Constitución de un arma de fuego*»-; después de los dibujos que las ilustran; después de los «*Factores en que se apoya la Cond. Militar*»; después de tanta norma, después de tan poca vida, en las últimas hojas, casi al final, aparece un adolescente, un ser humano. Alguien que a escondidas escribe poemas como éste:

«*Dicen que avanzan y no retroceden*
La ambición está en sus mentes
El camino hacia la muerte
Hablan y cuentan de tecnología
Quien mira de arriba y quien es el mejor
El esclavo o el bufón
Autodestrucción es lo que están creando
Nadie le hace caso a la razón».

Un chico que se siente encerrado y dice:

«*Cómo salir de esta cárcel*

[8] Calveiro, Pilar. Op. Cit. 2004, pág. 11.

Tengo las llaves y no puedo salir
El guardia se duerme y no me mira
Su arma me habla de poesías».

La carpetita está repleta de poemas y frases. El sol, la lluvia, el amor perdido, la soledad, la muerte rondan por ellos. Pero para pensar en la grieta, para pensar en la humanidad de este estudiante de la Marina, me quedo con uno que se llama «*Madre*»:

«*Manos que crean, la protección*
Cuando el lobo ataca a la oveja
Si alguna vez, llegara el final
Prométeme que no llorarás
Es porque tu amor nunca morirá
Es porque tu voz el silencio vencerá».

Cuando lo leía, pensaba en algunas madres de este país, que ya son madres de todos.

El futuro.(La carpetita de Gastón).

«*Donde estarán mi cuchillo y mi honda,*
el muchacho que fui que responda».
Alfredo Zitarrosa, «*El candombe del olvido*».

«*De pequeño yo tenía un marcado*
sentimiento armamentista,
Tanques de lata de cromo y níquel
y unos graciosos reservistas
De plomo a mano pintados, con morriones colorados
Que eran toda una delicia para mi mente infantil».
Víctor Heredia, «*Aquellos soldaditos de plomo*».

La carpetita me interroga todo el tiempo acerca de lo que construimos como sociedad, acerca de mi rol docente, de lo que transmito a mis alumnos, de lo que pueda perdurar.

Educo porque creo en la transmisión y entiendo que educar es aceptar espacios de resistencias, de mezclas, de disputas. Es entender la diversidad con todo lo que ella implica y, sobre todo, transitar por sus caminos y problemas.

Una frase de Hannah Arendt guía mi tarea: «*La educación es el punto en el que decidimos si amamos el mundo lo bastante como para asumir una responsabilidad por él y así salvarlo de la*

ruina que, de no ser por la renovación, de no ser por la llegada de los nuevos y los jóvenes, sería inevitable».[9]

A veces me pregunto qué pasaría si dentro de muchos años alguien rescatara la carpeta de alguno de mis alumnos, con qué se encontraría, con qué contenidos, pero también con qué valores y con qué país. Por eso, porque creo en la transmisión es que me importan las carpetas y lo que digan y muestren. «*La lucha por el futuro no puede actuar desde la nada, necesita de la memoria y el recuerdo como excitantes vitales*». Entonces me doy cuenta de que también mis alumnos desde sus carpetas me interrogan todo el tiempo acerca de lo que hoy estamos construyendo.

Si el pasado cobra sentido en su cita con el presente, creo que como docentes somos eso: *cruzadores de fronteras*, de saberes, de experiencias y de tiempos.

Y entonces pienso en la carpetita de la ESMA y en la carpeta de Gastón, uno de mis alumnos del año pasado, que dibujaba todo el tiempo soldaditos, tanques, aviones y guerras. Al principio no le di importancia, al fin y al cabo es un varón y la guerra fue siempre un juego de chicos. Pero un día sus compañeros me contaron que su papá era policía. Después él mismo me dijo que le gustaría pelear en una guerra y sentí mucho dolor y volví a interrogarme.

Fue entonces cuando acudió en mi ayuda la carpetita verde; ella tenía las respuestas a muchas de mis preguntas. Ella fue el lazo entre el pasado y el futuro, entre un aprendiz de militar y poeta, y un nene amante de las guerras.

Educo a niños y adolescentes, les muestro que la vida es lo más importante, que nada vale más. A veces la ilusión se me desarma, el pasado vuelve oscuro y complejo, en grietas, de a pedazos y pregunta: *¿Qué hacés por los que no están? ¿Y por los que están? ¿Qué hacés?* Y a veces le respondo: soy un puente, soy docente.

«*Una colección completa es una colección muerta*».

Susan Sontag.

Cuando intento pensar este país vuelve a mi memoria un recuerdo de esa tarde en la ESMA. Mi registro conserva la imagen de una mujer que me pidió que la ayudara a buscar una letra, casi me

[9] Arendt, Hannah. «*La crisis en la educación*», en *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios para la reflexión política*. Barcelona, Ed. Península, 1996, pág. 208.

lo ordenó. Al principio no entendí, las letras de molde de los *marinos* esparcidas en el escritorio decían *CA LOS*. Al fin, en el montón, apareció la *R*, las dos la vimos y la acomodamos, pero ella me dio las gracias con el rostro aliviado. Como si hubiéramos burlado a la muerte y recuperado a Carlos. Pocas veces me sentí tan útil; juntas habíamos traído al pasado.

Pienso que esta imagen vuelve y me persigue porque es una metáfora de lo que somos como país: las letras sueltas de una palabra que nunca se completa, las piezas de un rompecabezas que nunca logramos armar.

Quiero que este recuerdo me acompañe toda la vida, me juré que nunca lo olvidaría pero sé que voy a ir borrándolo. La imagen de la mujer se irá perdiendo, su voz también. Las letras, el lugar y ella aparecerán distintos cada vez que los evoque.

La carpetita, está ahí, en la vitrina, veo su tapa verde todos los días al salir de mi casa y me digo: «*Ahí adentro están los sueños adolescentes de un aprendiz de milico, ahí está la cuota de humanidad que nadie debería perder*». La vida sigue y los amigos solidarios aumentan mi colección y me regalan: «*Te lo paso a vos que juntás de todo*», otras veces se sorprenden: «*¿Todavía lo guardás? ¿No tirás nada?*»

Me callo y no lo digo: «*No, no tiro nada. Porque tengo mala memoria y junto cosas*».

Bibliografía.

Cerruti, Gabriela: «*El asesino está entre nosotros*», en revista *Tres puntos*, Año 1, Nº28, 14 de octubre de 1998.
Huyssen, Andreas. *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*. Bs.As., Fondo de Cultura Económica, 2002.
Sontag, Susan. *El amante del volcán*. Madrid, Alfaguara, 1995.
Sontag, Susan: *Ante el dolor de los demás*. Bs. As., Alfaguara, 2003.
Arendt, Hannah: «*La crisis en la educación*» en *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios para la reflexión política*. Ed Península, Barcelona. 1996.

Fuentes audiovisuales.

CD «*De memoria*». Memoria Abierta, Secretaría de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, Página/12. Vol. 2. «*La resistencia*». Testimonios de Claudio Tamburrini, Mario Villani y Adolfo Bergerot.

La desaparición pública de la memoria: una reflexión personal sobre la impunidad y el nacimiento de una nueva vida.

Claudia Cao

Para Jorge y para nuestros hijos Facundo y Milagros.

«*No todos tienen los ojos tapados, hay quienes se complacen en cerrarlos*».

Máximo Gorki, 1907.

Los laberintos en los que mora la memoria.

En este trabajo me propongo abordar un momento clave,[1] tanto personal como colectivo, de la historia política argentina reciente: los decretos de indulto otorgados tanto a militares como a civiles comprometidos con la violencia política de los años '70 y comienzos de la década de los '80.[2] A pesar del tiempo transcurrido, considero ineludible indagar las consecuencias ético-políticas de aquellas medidas.

Asistimos a una época en que la *memoria tecnológica*, la *memoria archivo* permite recuperar rápidamente hechos, sucesos del pasado y del presente. Las técnicas de almacenamiento facili-

[1] A los fines de mi trabajo, un *momento* histórico es aquel tiempo que condensa los sentidos contingentes de una época.

[2] Decretos 1002, 1003, 1004, 1005 de fecha 7 de octubre de 1989 que alcanzaba alrededor de unas 300 personas con proceso judicial abierto y los decretos 2741, 2742 y 2743 del 30 de diciembre de 1990 referidos a militares y civiles ya condenados.

tan la revisión de las memorias, sin que necesariamente el conflicto ético se haga presente. Pero la pregunta que cabe formular es si esta *memoria tecnológica* alcanza para construir una identidad común y colectiva que atienda a la diversidad.

La historiadora Hilda Sábato recupera esta inquietud preguntándose: «*¿Es posible pensar en una memoria colectiva nacional, que no aplaste la diversidad, que asegure el pluralismo?*».[3] Esta pregunta es central en la constitución de las sociedades actuales, determinadas por la tensión existente entre los imperativos de la globalización y la preservación de las múltiples identidades particulares que conviven en un mismo espacio territorial.

Frente al desafío señalado, Sábato se propone edificar la construcción de la memoria colectiva sobre un piso consensual, básico e inestable pero que aun en su precariedad, pueda ser compartido por el conjunto de la sociedad. Dicha base de acuerdos implicaría el reconocimiento y la asunción de determinados valores que, trascendiendo la diversidad cultural, puedan ser asumidos como propios por el colectivo social y defendidos más allá de cualquier avatar histórico-político.

El historiador Joel Candau plantea la existencia de una diferencia radical entre la memoria de los hombres y aquella de las computadoras y ordenadores personales. Sostiene que «*mientras éstas últimas no manifiestan intenciones, (…) la primera conlleva fines, valores, símbolos, significaciones*».[4]

Entiendo que una memoria se instituye con valores e intenciones cuando admite cierto orden posible en la secuencia de recuerdos, cierta jerarquización en la que determinados hechos del pasado pasan a constituir el patrimonio intangible de la sociedad.

¿Es posible admitir que el porvenir de una comunidad esté ligado a la conservación de ciertos recuerdos y al olvido de otros?

---

[3] Sábato, H. «*La cuestión de la culpa*», en «*Memoria, pasado y futuro*», Revista *Puentes* N°1, agosto de 2000.
[4] Candau, J. *Antropología de la memoria*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 2002, pág. 14.

Los ciudadanos, al igual que los pueblos, tramitan cotidianamente aquello que han decidido recordar y aquello que se han propuesto olvidar. Memorias y olvidos se implican y hacen posible la trabajosa tarea de construcción y reconstrucción de las identidades tanto particulares como colectivas.

Diversos autores se han ocupado de señalar las diferencias existentes entre memoria e historia. Si esta última busca poner en orden el pasado, la primera aparece atravesada por la pasión, las emociones y los afectos. Volviendo a Candau, el autor sostiene que si bien «*la historia puede legitimar, la memoria es fundacional*».

En este sentido, entiendo que al tamizar nuestros recuerdos establecemos una frontera entre aquello que decidimos conservar y capitalizar para avanzar hacia el futuro y lo otro, lo que autorizamos olvidar para poder seguir viviendo. Vivir consistiría entonces en una ecuación compleja en donde las vivencias personales hilvanadas en la trama de acciones colectivas encuentran un significado integrador. Tal como señala Federico Lorenz, existiría un «*proceso de circulación en ambos sentidos*» en donde el yo y el nosotros dialogan y se implican.[5] Si bien la memoria es personal, íntima, inestable, nunca es del todo individual, remite siempre a un afuera constitutivo que completa de significación los sentidos en ella inscriptos.

Parafraseando al autor mencionado, sostengo que si la memoria autobiográfica es finalmente una decisión personal en donde la valoración ético-política de los acontecimientos a recordar cobra completo sentido en una red más amplia de significados colectivos; la construcción de resistencias a los olvidos inducidos desde el Poder demandaría la definición y la implementación de una profunda pedagogía pública, tanto escolar como social, en la que los ecos del pasado y las voces del presente/futuro puedan reconocerse y dialogar mutuamente.

Candau (2002) ofrece una interesante imagen visual para

[5] Lorenz, F. «*La memoria de los historiadores*», en revista *La lucha armada en la Argentina* Año 1 Nº1. Buenos Aires, 2004.

referirse a esos lugares de la memoria que, en tanto selección personal, remiten a la vez a un exterior objetivable. La noción de «*boya de la memoria*» despliega toda su intensidad si la analizamos tanto en su aspecto de objeto material como por su significado simbólico.

Una boya es una especie de baliza flotante que atrae la mirada de los otros. Dos acciones simultáneas convergen en este dispositivo: flota e ilumina. Como tal, direcciona los derroteros posibles para aquellos que quieren ver y conducirse intencionadamente.

Mi «*boya de la memoria*» será el indulto.[6] Mi interpretación personal se unirá así a los recuerdos colectivos buscando posibles explicaciones respecto de las consecuencias ético-políticas de vivir en una sociedad que inscribió, en los albores de la década de los '90, a la impunidad como nuevo acuerdo público transgeneracional. Finalmente, intento asumir en este ensayo el desafío de recuperar la historicidad de lo que recuerdo y conjugar los ecos de mi propia voz en los acordes de la memoria de los otros, porque al decir del historiador «*la semilla de la rememoración necesita un terreno colectivo para germinar*».[7]

El cordón umbilical de la memoria: un testimonio sobre filiaciones.

«*Cuando la noche es más oscura, se viene el día en tu corazón*». Patricio Rey y sus Redonditos de Ricota, «*Juguetes perdidos*».

[6] Si bien he planteado que mi lugar de la memoria lo constituyen los decretos de indulto, en particular y por razones que expondré más adelante, el referido al 30 de diciembre de 1990, establezco en mi relato cierta continuidad entre las llamadas leyes de impunidad (Ley N°23.492 del 23 de diciembre de 1986 o Punto Final y Ley 23.521 del 8 de junio de 1987 u Obediencia Debida) y los citados indultos de la gestión menemista. En otras palabras, interpreto al indulto como expresión final de una política regresiva en el ancho campo de los derechos humanos orientada a consagrar impunidades y olvidos inducidos, luego de los primeros esfuerzos realizados por la administración alfonsinista, caracterizados por el Informe CONADEP (1984) y el Juicio a las Juntas Militares (1985), inédito en la América Latina post dictatorial.

[7] Candau, J. Op. Cit. pág. 66.

Rememorar algunos hechos del pasado que dejaron una marca indeleble en nuestra identidad no resulta ser tarea sencilla. Debo admitir que mientras escribo estas líneas y vuelvo la mirada hacia aquel caluroso diciembre de 1990, reviven en mi memoria afectos entrañables que ya me han dicho su adiós para siempre, junto con las emociones y sensaciones que alentaba mi primera maternidad.

Constituirá este momento de la narración un escrito vulnerable, un relato sostenido desde la pasión y probablemente desde cierta parcialidad. Admito que pueda ser cuestionado por quienes aún hoy, siguen obstinadamente interpretando que tanto las leyes de impunidad como el indulto constituyeron una pragmática política inevitable para sostener la precariedad democrática frente a las presiones que en su momento blandeó la corporación militar.

En otras palabras, no argumentaré aquí respecto al indulto como condición de posibilidad de la incipiente gobernabilidad democrática. Por el contrario, intento volver la mirada hacia atrás, siempre desde este presente, procurando recuperar aquel pasado y analizarlo como punto de articulación de la memoria colectiva y de mi memoria personal, en clave testimonial, pues «*la memoria no existe por fuera de los individuos, pero al mismo tiempo nunca es individual. En su carácter: está condicionada, informada y conformada por el contexto histórico y social*».[8]

¿Quién era yo en diciembre de 1990? ¿Qué sueños concebía y qué dolores sociales empezaba a vislumbrar frente al incierto escenario que proponía el comienzo de los años 90?

Nací a la vida cívica el domingo 30 de octubre de 1983. Dos meses después, el 10 de diciembre, me encontraba en Plaza de Mayo albergando el nacimiento de la democracia. Entre los gritos y cánticos de la muchedumbre enfervorizada que entonaba el clásico «*se va a acabar, se va a acabar, la Dictadura Militar*», sentía que un nuevo tiempo histórico me incluía como protagonista. Cuando los militares tomaron el poder el 24 de marzo de 1976, tenía 11 años e

[8] Lorenz, F. Op. Cit.

iniciaba sexto grado; cuando lo abandonaron en 1983 cursaba mis estudios de magisterio y me preparaba para ingresar a la Universidad pública.

No provengo de una familia militante. Mis padres no adscribían a ninguna posición político- partidaria específica, más allá de alguna simpatía reflejada cada tanto –cuando se lo permitían– en elecciones caracterizadas por fraudes y/o proscripciones incomprensibles. Mi madre, maestra normalista defensora a ultranza de la educación pública y con profundas convicciones sociales, adhería al socialismo. Hijo de inmigrantes gallegos, mi padre, empleado público, se inclinaba por el peronismo. Constituyeron el prototipo de familia de clase media que caracterizó a la Argentina de la segunda mitad del siglo XX, aquella que empezó a diluirse a partir de marzo de 1976 y terminó por ser liquidada con la reconversión económica de los años '90.[9]

Si bien durante los años de gobierno militar, el *afuera social* se distinguía por sus rasgos tenebrosos, deshumanizantes, siniestros, debo reconocer, al mismo tiempo, que mi vida familiar, mis años de infancia y primera adolescencia transcurrieron en un clima de amor y contención. Seguramente, muchos de los hombres y mujeres que hoy tienen mi edad, que rondan los cuarenta, deben haber transitado junto a sus padres, noches y días de profunda amargura y terror. Esa no fue mi historia. Pero debo confesar también que desde hace muchos años elegí comprometerme para siempre con aquella parte de la historia de mi país, con aquellos dolores y padecimientos que aunque fueron de otros, asumí como propios.

Yo elegí mirar aquel pasado de muerte y destrucción, aquel

[9] Cuando aludo a ciertos rasgos prototípicos de clase media, me refiero a la profunda convicción que mis padres sostenían respecto a que el trabajo honesto, el esfuerzo consecuente, la mejora personal a través de los beneficios de la educación y la cultura, redundarían no sólo en el ennoblecimiento propio sino, a la vez, en la construcción de una sociedad mejor, más solidaria e igualitaria. A mi criterio, esos valores fueron seriamente discutidos/confrontados y hasta negados en la década de los '90. Sus profundas consecuencias pueden verificarse hoy tanto en la trama social como educativa del país. Al respecto recomiendo las lecturas que enumero en la bibliografía al final de este ensayo.

quiebre de épocas, como el *Nunca Más* de mi propia vida y construí mis opciones ético-políticas a partir de aquella inscripción profundamente constitutiva de mi subjetividad.

Fue hacia el final de mi tránsito por la educación secundaria, en una escuela Normal del centro de la Ciudad, cuando oí por primera vez la palabra *desaparecidos*. Una compañera que había ingresado en el segundo semestre del 4º año del bachillerato pedagógico y de la que me había hecho muy amiga, nos invitó a su casa para terminar un trabajo práctico de historia. Sabía que vivía con su abuela y con su hermano pero no tenía más datos de la familia y tampoco me animaba a preguntarle por sus padres. Mientras cebaba mate, Sofía, así se llamaba nuestra compañera más reciente, me mostró recortes que sus padres le enviaban desde el exterior.[10] Estaban radicados en Venezuela. Su padre, ingeniero del INTI, había tenido que emigrar del país en los meses posteriores al golpe de estado. Su madre lo había hecho tiempo después con ellos. Instalados en el exterior durante años, Sofía y su hermano habían regresado a nuestro país para vivir con su abuela que empezaba a tener los achaques propios de la edad. Sus padres –según nos relataba– lo harían apenas se normalizara la situación política.

Ávida por saber, permanentemente buscaba en Sofía cierta información que sabía me sería negada tanto por la escuela, empecinada en sostener una educación formal y autoritaria, como seguramente por mis padres quienes, creo, *no conocían* la total magnitud del horror.[11]

[10] Aquellos recortes contenían información que el mundo conocía sobre la realidad política argentina y que mi educación familiar y escolar ignoraba.

[11] Dado que no admito indulgencias posibles, hago propias las palabras de Novaro cuando se interroga respecto a cómo fue posible que en este país, con un desarrollo cultural y social aceptables para la época pudiera imponerse semejante proyecto de barbarie y destrucción. Al respecto responde: «*Una cuestión no puede pasar desapercibida: si esto fue posible es en parte porque esta dictadura no surgió de un día para otro, ni fue la obra exclusiva de un pequeño y aislado grupo de fanáticos. El régimen y sus protagonistas tuvieron raíces profundas en la sociedad y en los procesos previos*». Novaro, M. «*Pasado reciente y escritura de la Historia*». Material de la convocatoria al *Concurso de ensayos: Argentina: Los lugares de la memoria*. CePA. Secretaría de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, 2005, pág. 7.

Luego de la derrota en la Guerra de Malvinas (1982) y frente al anuncio de un posible llamado a elecciones nacionales hacia finales de 1983, la participación en charlas, reuniones o eventos vinculados con la apertura democrática me permitió comprobar que aquella realidad de la que disponía Sofía, hecha de retazos de diarios y revistas extranjeras, había efectivamente existido. Por aquellos años, la muerte se paseó como una vecina más en la cotidianeidad de nuestras existencias.

Ahora bien, ¿cómo recordar entonces lo que no viví y enhebrar los fragmentos de la memoria de los sobrevivientes en mi intento por comprender la época en la que había ingresado?

Cuando el 10 de diciembre de 1983 la dictadura militar huía abucheada por los cánticos de la multitud en La Plaza, yo estaba profundamente convencida de que un nuevo tiempo histórico, desbordante de justicia, de libertad y de bienestar colectivo, empezaba a esparcirse sobre todos los argentinos. Exactamente siete años después, con los mismos sueños, pero con algunas desilusiones ya a cuestas, me encontraba caminando hacia aquella mítica Plaza para dar cuenta de lo que no estaba dispuesta a consentir. La Argentina post dictatorial había establecido un pacto, un acuerdo básico, mínimo, pero acuerdo al fin, en el que la defensa de la vida se instituía como nueva razón de Estado. Los decretos de indulto y las leyes de impunidad que le precedieron sepultaban aquellos anhelos democráticos y abrían a mi criterio, una época de sombras en la que, impunidad e inequidad social desplazaban a la democracia hacia zonas inciertas.

Para la misma época estrenaba mi título universitario. Recién graduada en la carrera de Ciencias de la Educación (UBA), trabajaba como ayudante con dedicación simple en la cátedra de Historia de la Educación Argentina y Latinoamericana. Había sido incorporada dos años antes como ayudante alumna, y por aquellos días había obtenido mi nombramiento en el cargo. Sin embargo, la felicidad personal y familiar por la graduación reciente, la inmediata designación como ayudante, todo eso en nada era comparable a

la experiencia vital, conmovedoramente radical, que me proponía mi primera maternidad. Aquellos momentos personales tan intensos, tan fundantes, de profunda plenitud física y emocional fueron interpelados por un nuevo tiempo de emergencia, nuevos vientos de perdones y olvidos inducidos desde la claudicante lógica del poder estatal.

¿A quién perdonaba la democracia, luego del caudal de información recopilado en el llamado Juicio a las Juntas y en el Informe CONADEP? ¿Qué perdonaba el Estado democrático? ¿Qué otros sufrimientos pasados/futuros exculpaba el Indulto? ¿Cómo escribir una tentativa moral de convivencia social luego de la sanción del indulto? ¿Cuál era el mensaje hacia el colectivo social que difuminaba la inscripción de la impunidad estatal?

Todas estas preguntas retumbaban en mi mente aquella calurosa tarde de diciembre de 1990 en que caminando hacia La Plaza, con mi panza a cuestas, me negaba una y otra vez a aceptar que el fundamentalismo militar hubiera impuesto definitivamente su *lógica amnesiadora*. Me resistía a convalidar que un gobierno elegido por la voluntad popular pudiera traicionar aquel consenso básico, inestable, pero colectivo al fin, que la sociedad argentina suscribió luego del retorno a la democracia, materializado en el Juicio a las Juntas Militares y en el Informe *Nunca Más*.[12] Tal como plantea Hilda Sábato, «*La revisión del terrorismo de estado se convirtó en una instancia clave para la construcción del futuro*».[13]

Me pregunto entonces, ¿Es posible construir futuros incluyentes, soberanos y justos, cuando el poder niega la política,

[12] Según Hugo Quiroga, la opinión contraria al perdón presidencial de los '90 se expresó no sólo en encuestas realizadas en la época y publicadas en diversos medios gráficos, sino que tal oposición fue a la vez ratificada en las concentraciones masivas que tuvieron lugar en todo el país. Sólo en Buenos Aires, la cifra alcanzó a unas 60 mil personas. Para una completa reconstrucción de la búsqueda de impunidad en la Argentina reciente –desde la propia Ley de Autoamnistía concedida por los militares antes de retirarse del poder–, pasando por las leyes de Punto Final y Obediencia Debida y recalando finalmente en el indulto menemista, véase Quiroga, H. y Tcach, C. (comp.).
[13] Sábato, H. Op. Cit. pág. 3.

induce al olvido y deroga el conflicto ético? Estoy convencida de que la sociedad argentina después del indulto es otra; por cierto, educar después del indulto es mucho más difícil. Imponer un límite, promover una justicia independiente, asumir responsabilidades, condenar lo inaceptable, reparar el daño cometido, pedir perdón… todo ello parece haber desertado casi para siempre a partir de los '90. En síntesis, concibo al indulto en su doble aspecto: tanto como frontera, es decir, como cierre de un ciclo histórico iniciado en diciembre de 1983, como de espacio productivo, dador de nuevos sentidos al conjunto social. En su cara y ceca, el indulto que consagra impunidad a los asesinos de ayer le revela a un mismo tiempo a la sociedad argentina que el poder estatal puede transgredir cualquier límite legal. Provocar sufrimiento evitable, negar la humanidad del otro, aplastar lo diferente, pareciera ser una conducta social y políticamente aceptable.

En aquella Argentina transcurría mi maternidad y me habitaban múltiples sensaciones encontradas. A mi criterio, la maternidad constituye un conector vital impresionante entre pasado y futuro; entre una y el mundo; entre la propia subjetividad y la sociedad en la que vivimos; entre herencia y cultura. La llegada de una nueva vida marca un acontecimiento inédito en el mundo. Pero ningún alumbramiento, ni personal ni colectivo, se produce ajeno a una época, a una sociedad, a un contexto material y simbólico que en parte condicionará aquella existencia por desplegar. Ningún ser humano nace y crece despojado de las coordenadas históricas de su tiempo, aunque la conciencia sobre ellas y la responsabilidad de formar parte de un colectivo mayor se construya con el paso de los años, con la templanza y la sabiduría que debería darnos el tránsito hacia la madurez. Nacer y vivir no consiste simplemente en desplegar una ecuación biológica. Si fuera así, ¿por qué sufría aquella tarde de diciembre de 1990 mientras caminaba hacia La Plaza? Si nacer y vivir consistiera simplemente en un dejar pasar los años, ¿Por qué me preocupaba por el país en el que mi hijo iba a dar sus primeros pasos y a conjugar sus primeros balbuceos?

Vuelvo sobre lo dicho y me pregunto: ¿Qué formidable pedagogía pública instaló a futuro el indulto? ¿Es que los tormentos, las desapariciones, los secuestros, el robo de bebés arrancados prácticamente desde el vientre de sus indefensas madres, todo eso puede olvidarse? ¿Es posible que crímenes atroces hayan quedado impunes? Me resistía a aceptar aquella realidad en la cual la justicia se exiliaba para siempre y la muerte estatal se naturalizaba como parte del pasado colectivo; como si no hubiera otra posibilidad más que la de la complicidad con la *lógica estatal amnesiadora*.

Yo quería que mi hijo naciera en un país en el que la memoria constituyera una realidad viva, una red de cotidianeidad que lo envolviera y abrigara para fortalecer su crecimiento. Ese era su derecho y por eso caminaba hacia La Plaza aquel infausto día, porque la búsqueda de la «*pacificación nacional*» no podía ni puede implicar el olvido de lo imperdonable; no se puede perdonar a aquellos que jamás se arrepintieron; no existe razón de Estado posible que lleve a justificar el secuestro, la tortura y la desaparición de los otros.

Mientras caminaba hacia La Plaza, sabía que en algún momento, más temprano que tarde, mi hijo iba a formularme una pregunta demoledora, la misma que después de conocer a Sofía yo le había hecho a mis padres: «*Mami, ¿Dónde estuviste en aquel momento? ¿Qué hiciste para que las cosas fueran distintas?*». Confirmé entonces que mi opción de accionar sobre la realidad para transformarla pacíficamente se jugaba en el aula, en la honestidad de mi trabajo cotidiano, en resistir sin violencias, en imaginar otros futuros posibles, en caminar todas las veces que fuera necesario… porque a pesar de que las infancias necesitan de héroes y superhombres, yo sé que para que mi hijo viva en un país mejor, lo único que se requiere, hoy y siempre, es comprensión y memoria.

Una posible genealogía de la política desaparecedora.

«*Lo que ustedes llaman aciertos son errores, los que reconocen como errores son crímenes y lo que omiten son calamida-*

des». Rodolfo Walsh, «*Carta Abierta a la Junta Militar*», 24 de marzo de 1977.

En el devenir de nuestra compleja historia política es posible reconocer la existencia de autoritarismos, violencias e injusticias múltiples. En este sentido, el golpe de Estado del 24 de marzo de 1976 puede ser interpretado tanto como continuidad de una extensa secuencia de interrupciones cívico-militares iniciadas con el derrocamiento del presidente radical Hipólito Yrigoyen el 6 de septiembre de 1930, como en su propia especificidad, es decir como profundización de la política de *aniquilamiento de la guerrilla* implementada a posteriori de la muerte del Gral. Perón. Sin embargo, la diferencia fundamental entre las discontinuidades institucionales previas y la instalación de la dictadura militar de 1976 fue constituida por la aplicación de un plan sistemático de exterminio desde el poder del Estado, a partir del cual fueron secuestrados, torturados y desaparecidos miles de hombres, mujeres y niños argentinos y latinoamericanos.[14]

La unidad funcional de aquel siniestro plan de exterminio fue el campo de concentración; en tanto dispositivo represor del Estado, los *campos* convivieron durante años secuestrando, torturando y asesinando gente en el seno de una sociedad civil que prefirió en buena medida *no ver*. La politóloga Pilar Calveiro, secuestrada en 1977 y torturada en distintos centros clandestinos de detención, entre ellos en la tristemente célebre Escuela de Mecánica de la Armada, desafía provocativamente la trama del relato oficial construido luego del retorno a la democracia en torno a las responsabilidades de la sociedad civil sobre el pasado político reciente.[15]

[14] Entre 1930 y 1976 se produjeron seis golpes de Estado que quebraron la legalidad constitucional en el país. Sin embargo, los golpes de 1966 y 1976 tuvieron otra finalidad. Coincido con Dussel y otros (1997), cuando sostienen que estos últimos constituyeron un nuevo modelo de intervención militar orientado a tener un rol protagónico en la reestructuración tanto del Estado como de la sociedad civil. Véase Dussel, I., Finocchio, S. y Gojman, S. *Haciendo memoria en el país del Nunca Más*. Buenos Aires, EUDEBA, 1997, pág. 10.

Intentando superar las limitaciones interpretativas impuestas por la teoría de los dos demonios, se interroga respecto a las responsabilidades del colectivo social en los sucesos que estamos abordando. Indagar en torno a los *marcos sociales* que habilitaron el genocidio argentino y facilitaron la diseminación de campos clandestinos por todo el país, muchos de ellos en zonas densamente pobladas, constituye otra de las formas de entender que la violencia desatada en los '70 fue socialmente consentida.[16] Sobre el particular, la autora analiza la existencia de los campos clandestinos de concentración no en su carácter de excepcionalidad, sino por el contrario, como la tecnología específicamente diseñada para eliminar a una porción nada menor de «*población desechable*».[17]

Si algo me deslumbra de su análisis, es la forma de abordar la existencia de los campos de concentración como un dispositivo de carácter público (se sabía de su existencia) cuyos efectos de temor y dolor se difuminaban en el colectivo social.[18]

El campo de concentración y la secuencia siniestra *desaparición - tortura - muerte,* aglutinó a todo aquello que las Fuerzas Armadas y el poder económico de la época definió en su momento como disfuncional, conflictivo, violento, diferente. La Junta Militar encabezada por Jorge Rafael Videla se propuso exterminar todo movimiento *subversivo* extendiendo esta categoría a sujetos sociales múltiples, militantes partidarios, sindicalistas, intelectuales, hombres y mujeres de la Iglesia Católica y de otros credos. La des-

[15] Calveiro, P.: Poder y Desaparición. Los campos de concentración en la Argentina. Buenos Aires, Editorial Colihue, 2004.
[16] Candau, J. Op. Cit. pág. 65.
[17] Recupero esta idea del pedagogo norteamericano Henry Giroux. Si bien el autor la utiliza en referencia a las secuelas sociales y culturales de la implementación del modelo económico neoliberal, su fertilidad para asociar en el análisis que propone este trabajo me parece válida. Estoy convencida de que así como los militares desplegaron desde el poder del Estado una brutal tarea de limpieza social en los años '70, así también el mercado hizo lo suyo durante los '90. Ver Giroux, H. «*El neoliberalismo y la crisis de la democracia*» en Revista *Anales de la Educación Común*. Publicación de la Dirección General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires. Tercer Siglo. Año 1. Nº1 y 2, 2005, pág. 85.
[18] Calveiro, P. Op. Cit. 2004.

aparición física de miles de argentinos durante ese período necrofílico es la prueba concluyente de la trágica ubicuidad de la categoría subversivo como dispositivo conceptual del poder militar.

El 30 de marzo de 1976, en una alocución a la ciudadanía Videla sostenía que entre otras finalidades, el Golpe de Estado venía a convertir a las Fuerzas Armadas en guardianas de las instituciones de la República. Según la interpretación castrense, dichas instituciones habían sido debilitadas por el desorden administrativo heredado de la crisis económico financiera y del accionar subversivo. La *pacificación nacional* requería de la momentánea suspensión de la actividad política, la gremial y las garantías constitucionales. Al respecto insistía:

> «*Sólo el Estado, para el que no aceptamos el papel de mero espectador del proceso, habrá de monopolizar el uso de la fuerza y consecuentemente, sólo sus instituciones cumplirán las funciones vinculadas a la seguridad interna. Utilizaremos esa fuerza cuantas veces haga falta para asegurar la plena vigencia de la paz social. Con ese objetivo combatiremos sin tregua a la delincuencia subversiva en cualquiera de sus manifestaciones, hasta su total aniquilamiento*».[19]

¿Qué significaba en aquel contexto de alteración del orden constitucional el significante *aniquilamiento*? ¿Qué sujetos sociales debían ser aniquilados, desaparecidos de la trama política nacional para que la República sobreviviera? Interrogarnos respecto de quiénes somos después de tamaña operación de ingeniería social no es un dato menor. Tal vez, si extendemos sin autoindulgencia la mirada hacia atrás, podamos (re) encontrarnos con otras escenas desgarradoras en donde la ausencia de muchos hombres y mujeres que habitaron la trama social, cultural y política de nuestro país constituyó un requisito ineludible en la marcha *inevitable* hacia la civilización y el progreso. Desde el fundacional *Facundo*.

[19] De Privitello, L. y Romero, L. *Grandes Discursos de la Historia Argentina*. Buenos Aires, Editorial Aguilar, 2002, pág. 383.

Civilización y barbarie escrito por Sarmiento durante su exilio en Chile en el año 1845 hasta la actualidad, lo irregular, *la barbarie* en su sentido más laxo constituyeron categorías conceptuales con las que seleccionar, interpelar y excluir lo diferente. La modalidad represiva concentracionaria que se instituyó como práctica de exterminio desde el propio poder estatal aniquiló durante los años del llamado Proceso de Reorganización Nacional aproximadamente a unas 10 mil personas.[20]

Entre 1976 y 1982 funcionaron en nuestro país 340 campos clandestinos de exterminio. Por allí pasaron una variedad de actores sociales a los que la tortura y la muerte les esperaba con implacable porfía.

Tamaño volumen de asesinados permite confirmar en buena medida el sentido de mi argumentación: el accionar represivo de las Fuerzas Armadas constituyó una *tecnología* instrumentada desde el poder del Estado, racional y centralizadamente, a los efectos de hacer desaparecer a una porción importante de *población desechable* comprometida con otras visiones de la política y con un compromiso concreto de cambio y/o revolución social.

Si el campo de concentración expuso con evidencia la contundente implementación de una *política desaparecedora,* las llamadas leyes de impunidad (Punto Final y Obediencia Debida), así como los decretos de indulto, constituyeron –ya en democracia– la expresión más visible de lo que me animo a denominar, *políticas amnesiadoras*. Unas y otras conformaron una formidable pedagogía pública que licuó el valor constitutivo de la condición humana en tanto eje central de la organización de la vida social.

[20] La Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas recibió 8960 denuncias, aunque se sabe que muchos de los casos no fueron registrados por los familiares. Existen evidencias de que algo similar ocurrió con un cierto número de sobrevivientes que, por temor u otras razones, nunca efectuaron la denuncia de su secuestro. Organizaciones comprometidas con la defensa de los derechos humanos refieren una cifra mayor, la lista de la Secretaria de Derechos Humanos de la Nación se acerca a los 14 mil por lo que la estimación que se hace es de 30 mil desaparecidos. Ver Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP), *Nunca Más*. Buenos Aires, EUDEBA, 1984, págs. 479-482. Se puede consultar también: Dussel y otros. Op. Cit. pág. 104.

El indulto en tanto condensador de *las políticas amnesiadoras* habilitó a partir de su sanción la inscripción de un tiempo de crueldad institucional inédita en la República Argentina, un paso más hacia la declinación de las memorias.

Reflexiones en torno al indulto.

«El engaño y la complicidad, de los genocidas que están sueltos, el Indulto y el Punto Final a las bestias de aquel infierno, todo está guardado en la memoria, sueño de la vida y de la historia».

León Gieco, «*Canción de la Memoria*».

Han pasado ya treinta años del Golpe Militar de 1976 y un poco más de veinte desde aquel 6 de diciembre de 1983 en que los hombres del *Proceso* hicieron pública el Acta de Disolución de la Junta Militar a través de la cual, la Argentina clausuraba formalmente un ciclo histórico de violencias de todo tipo sobre el cuerpo social caracterizado por el terrorismo de Estado, la represión generalizada, persecuciones y censuras múltiples, vaciamiento económico, cultural, guerra externa con derrota nacional incuestionable, otros jóvenes, otras vidas, otros sueños, también tragados por la demencia sin límites del poder estatal devastador.

El retorno a la democracia con la posibilidad de elecciones periódicas permitió la apertura de un nuevo tiempo, individual y colectivo, en el que la sociedad argentina se propuso resolver sus problemas de convivencia político-social dentro de los márgenes que ofrecía la gobernabilidad democrática.

El *desocultamiento* de los horrores del pasado reciente constituyó un escarmiento feroz para una sociedad como la nuestra que durante años miró con desdén el ciclo de continuidades y rupturas, alteraciones y/o violaciones al orden legal constitucional. En la tarea de (re)conexión con el horror/dolor tuvieron un rol protagónico los organismos de derechos humanos, cuya tarea inclaudicable sos-

tuvo durante años la memoria sobre los desaparecidos.

Porque si algo se violentó hasta el hartazgo durante los años del llamado Proceso de Reorganización Nacional fue la vida, la condición humana a la que la «*comunidad del terror*» sometió y humilló de múltiples formas.[21] En un párrafo estremecedor de su dramática «*Carta Abierta a la Junta Militar*», Rodolfo Walsh desnudó aquella realidad lacerante y avanzó un paso más en su reflexión sobre el poder como organización mafiosa. Walsh, quien al momento de escribir la carta se sabía perseguido y en peligro de muerte, destinó las últimas horas de su vida a reflexionar sobre la tortura, la muerte, el terror. Aquellas meditaciones en el límite de su existencia, convirtieron a su misiva en un alegato histórico inalterable sobre los límites éticos que una sociedad no debe avasallar jamás. Así sostiene:

> «*Mediante sucesivas concesiones al supuesto de que el fin de exterminar a la guerrilla justifica todos los medios que usan, han llegado ustedes a la tortura absoluta, intemporal, metafísica en la medida que el fin original de obtener información se extravía en las mentes perturbadas que la administran para ceder al impulso de machacar la sustancia humana hasta quebrarla y hacerle perder la dignidad que perdió el verdugo, que ustedes mismos han perdido*».[22]

Sus reflexiones sobre la tortura trascienden el hecho concreto, brutal, materializado en la aplicación del tormento para dar cuenta de un sentido más profundo, más esencial, a partir del cual todo aquel que tortura, todo aquel que provoca sufrimiento innecesario en los otros, ése humano también pierde su condición de humanidad.

Si toda muerte entraña el dolor infinito e irrevocable de la

[21] Recupero esta expresión de la obra de Nicolás Casullo. El autor incluye a todos aquellos personajes que por acción u omisión, fueron cómplices del terrorismo de Estado: militares, sacerdotes, periodistas, empresarios, políticos, intelectuales y obviamente, buena parte de la sociedad civil, la que para el autor nunca podrá volver a ser lo que era antes.

[22] Walsh, R. *Operación Masacre*. Incluye «*Carta Abierta a la Junta Militar*». Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1984, pág. 206.

ausencia, el terrorismo de Estado ejercido durante los años pretorianos del gobierno militar, hizo de *la muerte argentina* un drama infinito e imposible de asumir para nuestra sociedad.

El retorno a la vida institucional alentó miradas y reflexiones múltiples sobre el pasado violento argentino. Las preguntas sobre la memoria, la búsqueda de verdad y justicia, el reclamo por conocer dónde estaban los desaparecidos, todos esos temas constituyeron prioridades cívicas de la primavera democrática. Pero a medida que la información sobre el genocidio se revelaba y la Justicia aún precariamente, intentaba delimitar fronteras entre las distintas espesuras del horror, una serie de intentonas y levantamientos militares jaquearon al incipiente orden democrático hasta hacerlo hocicar mansamente. Las leyes de Punto Final (1986), Obediencia Debida (1987) y posteriormente los dos decretos de indulto constituyeron una práctica política destinada a desfondar a la democracia de su sentido ético más profundo.

Si la democracia es la forma de gobierno en la cual el reconocimiento y la aceptación del otro entraña su realidad constitutiva, indultar aquel pasado ominoso, exculpar a los asesinos, implicaba ciertamente desproteger a las nuevas herencias, legitimar las alteraciones del devenir humano[23], convertir la tragedia del genocidio argentino en una parodia en la cual las responsabilidades se diluían lentamente hasta perderse en el cenagoso pantano de los olvidos inducidos. Si la dictadura había botado a la democracia, negado la política y promovido la involuntaria ausencia carnal de miles de compatriotas asesinados, las leyes de impunidad –en tiempos constitucionales– (re)situaron a la política en un permanente estado de deserción y desencanto.

¿Es posible argumentar que en nuestro país, la construcción de impunidades haya constituido una opción de política pública alentada desde el propio poder del Estado? Me propongo recuperar aquí, las palabras de un ex presidente para quien la construc-

[23] Debo admitir que siempre sucitó mi reflexión la expresión antinatural de Hebe de Bonafini «a nosotras nos parieron nuestros hijos».

ción de futuro implicaba necesariamente legitimar una política de olvidos inducidos, de cegueras voluntarias. En su discurso inaugural ante el Congreso de la Nación el 8 de julio de 1989 Carlos Menem sostenía:

> «*Ha llegado la hora de un gesto de pacificación, de amor, de patriotismo. Tras seis años de democracia no hemos logrado superar los crueles enfrentamientos que nos dividieron hace más de una década. A esto yo le digo basta. A esto el pueblo argentino le dice basta, porque quiere mirar hacia delante, con la seguridad de estar ganándose el futuro, en lugar de sepultarse en el ayer. Entre todos los argentinos vamos a encontrar una solución definitiva y terminante para las heridas que aún faltan cicatrizar. No vamos a agitar los fantasmas de la lucha. Vamos a serenar los espíritus*».[24]

¿Es posible asociar pacificación con amnesia? ¿Es posible que lo imperdonable pueda ser arrumbado en el arcón de la desmemoria? Promover olvidos para garantizar injusticias es una de las formas posibles de habilitar procesos de desciudadanización y precarización de la conciencia colectiva.

Si admitimos que la dictadura militar instaló como marca fundante de su accionar perverso lo siniestro, me pregunto: ¿Qué indultaba la democracia? ¿A qué hombres y mujeres concretos, traficantes de la muerte y el dolor ajeno, perdonaba? El Indulto como condensador de impunidades previas anestesiaba la memoria colectiva y absolvía sin remordimientos la capacidad humana de provocar sufrimiento infinito, dolor evitable en los otros. En definitiva, el Estado se indultaba a sí mismo en su capacidad –potencial o concreta– de habilitar lo irreparable y este auto perdón de profundas implicancias ético-políticas promovió la construcción de un entramado de impunidades múltiples cuyos ecos alcanzan a este presente.

Las claudicaciones ético-jurídicas frente al terrorismo de Estado no murieron en diciembre de 1990. Por el contrario, es des-

[24] De Privitello, L. y Romero, L. Op. Cit. pág. 430.

de lo siniestro de aquel pasado que habitamos nuestro conmovedor presente. Es desde la impunidad de aquel pasado desde la que desplegamos nuestra cotidianeidad, desde la que sostenemos nuestra mirada ante el dolor ajeno, desde la que impugnamos o relativizamos –según convenga– al poder en su inagotable capacidad de excluir, de corromper, de silenciar, de comprar lealtades, de habilitar lo indecente. Resulta imprescindible repetir una y otra vez hasta horadar las conciencias que nuestro pasado hiere nuestro presente; nuestro pasado es nuestro presente y desde él transitamos nuestro devenir cotidiano. Embestir todas las veces que resulte necesario *la política amnesiadora* que impuso la lógica de la impunidad estatal, es establecer una frontera infranqueable entre lo lícito y lo ilícito, entre lo asumible como comunidad histórica y lo imperdonable; es bregar por la construcción de redes sociales de experiencias concientizadoras en la memoria.

Durante muchos años me he preguntado cómo procesa una sociedad particular las consecuencias culturales y espirituales de vivir bajos los efectos narcotizantes del perdón estatal; en otras palabras, cómo se vuelve de la experiencia histórica de haber admitido un holocausto, de haber consentido crímenes de lesa humanidad. Si aceptamos que el pasado hiere nuestro presente, la pregunta por el mañana reviste enorme responsabilidad. ¿Desde qué lugar podemos empezar a pensar la posibilidad histórica de construir futuros sustentables para las nuevas/viejas generaciones de argentinos?

Entiendo que la urgencia de los interrogantes no se resuelve solamente creando una conciencia itinerante que nos invite a recorrer, a visitar, cual didáctica decimonónica, los lugares visibles de la memoria. Coincido con el historiador Pierre Nora cuando sostiene que «*Cuanto menos se vive la memoria desde el interior, más se necesita de apoyos externos y puntos de referencia tangibles*».[25] Así las cosas, el desafío que enfrenta la democracia argentina desde comienzos de los años '80 en torno a las secuelas degradantes

[25] Pierre Nora en Candau, J. Op. Cit., pág. 94.

del terrorismo de Estado, es construir una tentativa conciencia pública, individual y colectiva, que enfrente las penumbras del pasado, los pactos de silencio, la degradación de los valores, las múltiples impunidades de la corporación económica y política. Encarnar un proyecto de memorias colectivas en el que la centralidad de la condición humana se convierta en sedimento indiscutible de la organización política y social del país. Más allá de la materialidad de museos, archivos y registros de los que no discuto su valor, apuesto a la construcción de una *antropología de la memoria* en la que cada sujeto de manera personal, única, asuma como propios un núcleo de acuerdos básicos, que hagan de la vida, la felicidad y la protección y cuidado del otro su propia preocupación.

Sin lugar a dudas, le cabe a la escuela una responsabilidad particular en la construcción de una *antropología de la memoria* que tramite las herencias colectivas. La Argentina del Bicentenario tiene que construir otra gramática social que garantice un horizonte de derechos al conjunto de la sociedad y establezca nuevas subjetividades identitarias forjadas al calor de un nuevo humanismo; un humanismo para el tercer milenio asentado en la doble premisa de: *Memoria para no repetir y Justicia para no olvidar.*

Conclusiones provisorias.

En este ensayo me propuse abordar un suceso de la historia argentina reciente, los decretos de indulto como expresión culminante de una política de construcción de impunidades que impactaron en mi vida revisando sueños juveniles y conjugándose al mismo tiempo con mi primera maternidad.

El 30 de diciembre de 1990, caminando hacia la Plaza de Mayo para rechazar la política de derechos humanos que alentaba la administración menemista, tuve la certeza de que algo nuevo empezaba a gestarse como condición de posibilidad de la democracia argentina. A mi criterio, el indulto constituyó un *momento* histórico de envergadura en el tramo final del siglo XX argentino. Implicó el cierre de un ciclo en el cual las tensiones existentes entre el orden de lo político y la búsqueda de justicia terminaron resol-

viéndose a favor de la consagración de múltiples impunidades.

El politólogo argentino Guillermo O'Donnell ha planteado las diferencias existentes a su criterio entre la brutalidad del orden autoritario y el débil presente que viven las democracias latinoamericanas, de la cual la nuestra no es una excepción. Caracterizadas como democracias de «*baja calidad*», su relativa estabilidad a lo largo del tiempo no deja de constituir un logro, luego de la tragedia vivida en la región durante los años '70.[25]

Tal vez sea eso lo mejor que podamos decir. Estoy convencida de que a pesar de las claudicaciones de la democracia argentina en el ancho campo de la esfera pública de derechos hoy somos más ciudadanos que ayer. Debo confesar también, que probablemente no sea ésta, la democracia que hace algunos años soñé para mi hijo. Pero al mismo tiempo debo reconocer que *su* adolescencia es infinitamente más libre y más plena que la que yo viví durante la larga noche de la dictadura militar.

Quizás, si conservamos la memoria de lo que *Nunca Más* debe consentir nuestra sociedad, podamos *heredarle a todas las infancias y a todas las adolescencias* que habrán de venir, una democracia más incluyente y fraternal.

Bibliografía

Aspiazu, D. y Nochteff. *El desarrollo ausente*. Buenos Aires, FLACSO – Tesis Norma, 1994.

Calveiro, P. *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años '70*. Buenos Aires, Editorial Norma, 2005.

Calveiro, P. *Poder y Desaparición. Los campos de concentración en la Argentina*. Buenos Aires, Editorial Colihue, 2004.

Candau, J. *Antropología de la memoria*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 2002.

Casullo, N. *Pensar entre épocas. Memoria, sujetos y crítica intelectual*. Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 2004.

Comisión Nacional sobre Desaparición de Personas –CONADEP–: *Nunca Más*. Buenos Aires: EUDEBA, 1984.

[25] Guillermo O'Donnell, diario *La Nación*, el domingo 19 de febrero de 2006.

De Privitello, L. y Romero, L. *Grandes Discursos de la Historia Argentina*. Buenos Aires, Editorial Aguilar, 2002.
Dussel, I. y otros. *Haciendo memoria en el país de Nunca Más*. Buenos Aires, EUDEBA, 1997.
Forster, R. «*De batallas y olvidos: el retorno de los setenta*», en revista *Confines* Nº14, Buenos Aires, 2004.
Giroux, H. «*El neoliberalismo y la crisis de la democracia*», en Revista *Anales de la Educación Común*. Dirección General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires.
Tercer Siglo. Año 1, Nº1 y 2. Septiembre de 2005.
Historia de las Madres de Plaza de Mayo. Documentos. Diario *Página 12*, Buenos Aires, 1995.
Historia de las Abuelas de Plaza de Mayo. Documentos. Diario *Página 12*, 1996.
Human Rights Watch: Informe Anual. *Argentina. Un socio renuente*. 2001.
Ibargüen, M. «*Memorias, lugares y cuerpos*», en Revista *Athenea* Digital. México: UNAM, 2004.
Lorenz, F. «*La memoria de los historiadores*», en revista *Lucha Armada en la Argentina*. Año 1, Nº1. Buenos Aires, 2004.
Mignone, E. *Los decretos de Indulto en Argentina*. Buenos Aires, Centro de Estudios Legales y Sociales, (s/f)
Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología: *Escuelas por la Identidad*. Colección Educar Nº10.
Minujín, A. y Kessler, G. *La nueva pobreza en Argentina*. Buenos Aires: Editorial Losada, 1997.
Novaro, M. (s/f). *Pasado reciente y escritura de la Historia*. Publicación aparecida en Concurso de ensayos: Argentina: Los lugares de la memoria. CePA. Secretaría de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.
Pigna, F. Entrevista a Julio César Strassera en Revista digital *El Historiador*, 2002.
Quiroga, H. y Tcach, C. *A veinte años del Golpe. Con memoria democrática*. Rosario, Editorial Homo Sapiens, 1996.
Sábato, H. «*La cuestión de la culpa*», en Memoria, pasado y futuro, Revista *Puentes* Nº1, agosto de 2000.
Schvarzer, J. «*La política económica como política de poder*» en Quiroga, H. y Tcach, C. (comp.) *A veinte años del Golpe. Con memoria democrática*. Rosario, Ediciones Homo Sapiens, 1996.
Svampa, M. *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Buenos Aires, Edit. Taurus, 2005.
Walsh, R. *Operación Masacre*. Incluye «*Carta Abierta a la Junta Militar*». Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1984.

Las locas de la puerta.

Arnaldo Sergio Tacacho

«En las noches de mayo, cuando tantas puertas están cerradas, hay una apenas entreabierta. ¡Bastará empujar tan suavemente! Los goznes están bien aceitados. Entonces un destino se dibuja».

Gastón Bachelard.

Las puertas de las escuelas son sitios concretos que se constituyen fundamentalmente en espacios de orden simbólico, donde se juegan cuestiones de conflicto, jerarquía y poder. Sitios concretos por lo que ellas representan desde lo institucional, en tanto boca del escenario, en el que se construye cotidianamente nada menos que la memoria de una Nación; una Nación que debe constituirse en «*la fuerza más poderosa para unir a la gente*»; construcción ésta que continuó aún en los momentos donde reinó la desmemoria y en los que los docentes fueron los juglares que atesoraron y dijeron todo aquello que no era dado escribir, al modo de una cruenta representación verídica del bosque de *Fahrenheit 451*.[1] Espacio simbólico también, en tanto que en la práctica, es lugar de entrega y de espera de los alumnos que concurren a ella, a la vez que representa el ingreso a la educación formal y la concreción del derecho a estudiar según reza el artículo 14 de la Constitución Nacional, dere-

[1] Sábato, Hilda. En *Conferencia*, Normal de Lenguas Vivas. Buenos Aires, 25 de noviembre de 2005.

cho que en muchas oportunidades, es conculcado por la propia realidad.

Las escuelas son así, un convocante de múltiples aspectos y tareas. Toda vez que en lo formal su función es única y en sus accesos se enclava y se juega la dialéctica *dentro-fuera*, todo lo que ocurre en ese interjuego, queda reflejado en sus puertas.

Dice Leonardo Schvarstein:

«*Convocar, etimológicamente, se relaciona con 'llamado' y definimos provisionalmente como tal, a aquella organización en la que el sujeto se siente llamado a ser sujeto productor. Es allí donde la persona ejerce, ejerció o concibe la posibilidad de ejercer esa relación mutuamente transformadora con su contexto, determinante de su adaptación activa a la realidad. Relacionamos tal posibilidad con la existencia de una necesidad, la que la persona posee de recuperar lo más esencial de su condición humana, la posibilidad de cuestionar, de ser partícipe de la elaboración de su propio devenir, la puesta en escena del deseo de ser reconocido*».[2]

Sobre todo, esta posibilidad, la de cuestionar, adquiere relevancia en este sitio tan particular, como ya ha sido caracterizado, y porque en él, están las madres. Aquí aparece una primera cuestión nodal: ¿Los padres en general son convocados, a la construcción del sentido y la significación del hecho escolar?

La Dra. Silvina Gvirtz, Directora de la escuela de educación de la Universidad de San Andrés advierte, que «*las escuelas de gestión oficial se manejan con un mercado cautivo. Más bien expulsan al padre o le dan un espacio poco atractivo para participar. Los convocan para que pinten las aulas, realicen colectas, pero no para preguntarles si están conformes con la educación que reciben sus hijos*».[3]

---

[2] Schvarstein, Leonardo. *Psicología social de las organizaciones*. Paidós, Buenos Aires, 1992, pág. 94.

[3] Dra. Gvirtz, Silvina. «*La participación de los padres en las escuelas*» en *Informes periodísticos* N°13. Buenos Aires, UNESCO, noviembre de 2002.

Entonces al ser *obligadas* a observar desde el afuera la construcción de lo semiótico, las madres de la puerta reflejan como ningún otro indicador las contradicciones, las paradojas, los éxitos y fracasos de la escuela real, aquélla que interroga y se interroga, la que desarrolla acciones concretas en lugares concretos, con personas de carne y hueso, portadoras ellas de historias, pesares y alegrías que necesariamente, integran y se integran en el proceso de construcción social del conocimiento. Nadie mejor que estas madres, agolpadas en las puertas de las escuelas, todos los días, a veces todo el día, subrayan y simbolizan el vínculo de la escuela con el afuera. Madres que, con sus preguntas, con sus requerimientos, con sus lágrimas, con sus alegrías, con sus reclamos y con sus insistencias, mantienen en estado de alerta a la institución escolar. Esto ocurre así, a pesar de que aceptemos con Schvarstein que todo lo que ocurra dentro del marco de significación de acontecimientos dentro de la organización *«no puede quedar abierto a la libre interpretación del observador»*.

¿Por qué elegirlas como pantalla de proyección de las actividades escolares, en todas las épocas, en todas las modalidades, en todas las gestiones? Porque el sitio de referencia constituye un único y muy especial espacio de igualdad y figuración ciudadana; allí se encuentran todas, las amas de casa y las profesionales, las primerizas y las mayores, las desocupadas y las que trabajan, las que quedaron solas y las que alternan con sus compañeros esa tarea. Esas madres que creyendo que su hijo es el único alumno, reclaman muchas veces que la escuela cubra lo que ellas no pueden hacer. Madres de la puerta, para la pregunta de último momento; para decir que no o que sí, cuando la nena quiere llevar a Florencia a su casa; para escuchar el último rumor sobre la de quinto; para valorizar a la suplente de tercero; para solicitar la tarea, ya que la maestra borra rápido; para llevarse a Juancito sin avisarle a nadie, ya que supone que quedar en la escuela significa el abandono; para hablar entre ellas durante las ceremonias de la Bandera; para juntar firmas, como por ejemplo, para pedir que destituyan a la de

primero. Y también, por qué no, están aquéllas, las que llegan después de hora a entregarlos o a retirarlos, muchas veces demasiado tarde.

Esta igualdad en la diversidad preanuncia el carácter de permanente del reclamo a la escuela; la utilización de guardapolvos blancos, «*signos de inclusión y exclusión*»,[4] anticipa y determina la equiparación formal de los alumnos y crea una percepción de unicidad, que se convierte en sí misma en un serio obstáculo para plantear proyectos de educación en la diversidad; frente a la puerta, la igualdad de las madres se corresponde con la igualdad formal de sus hijos dentro de cada edificio escolar. Quizás sea por ello, que sean ellas las que intenten, casi siempre, iniciar las acciones para separar a los alumnos diferentes en algún sentido. ¿Será porque ellos, los diferentes, atacan a la fantasía de igualdad?

Simultáneamente se reconoce también la existencia de madres, que esperan a sus hijos en las esquinas o enfrente de las escuelas, precisamente para que no las confundan con las que están en la puerta. Madres que condenan a otras madres, ¿Porque no son como ellas? Aunque resulte paradojal, es precisamente esta señalización externa la que confirma la importancia del *sitio* en cuestión y la de *sus habitantes*. Por otra parte y esto aparece como interrogante, ¿No será que las señoras que esperan en otros lugares no quieren ser *confundidas* con la postura de reclamo permanente? ¿Se alejarán de la puerta para estar cerca de las decisiones de la escuela?

Es en la puerta, entonces, donde se encuentran y desencuentran todas las que son madres de los alumnos de esa escuela elegida por ellas, para sus hijos; por eso, a pesar de las críticas y demandas, esa escuela *tiene que ser la mejor de todas*. Porque ellas necesitan que sea así, porque no puede haber lugar para las equivocaciones o incertidumbres. A propósito, dicen Fitoussi J. y Rosanvallon P: «*La verdadera pregunta, entonces, es: ¿Qué igual-*

[4]Dussel, Inés en *Conferencia*, Normal de Lenguas Vivas, Buenos Aires, 25 de noviembre de 2005.

dad o, más precisamente, la igualdad de qué? Efectivamente, no hay teoría social, ni siquiera las más críticas en lo que respecta a ciertos criterios de igualdad, que en si misma no esté fundada sobre la exigencia de igualdad por lo menos en una dimensión».[5]

Unidas entonces por esa única dimensión, las madres de la puerta, -observadoras privilegiadas del proceso interno de las organizaciones escolares- representan y simbolizan a su modo, el reclamo y la demanda de la sociedad a la escuela, en tanto expresión concreta de la obligación del Estado para impartir educación. Seguramente hay que profundizar más en qué consiste el reclamo y la demanda de la sociedad que simbolizan estas madres. En general, los padres ponen el acento en lo cotidiano de la vida escolar, más que en la naturaleza del mismo acto de enseñar. Respecto de él, se advierte una cruel paradoja entre el requerimiento social hacia la escuela y lo ofrecido por ella, y no se está hablando sobre si prepara para la vida o para el trabajo o si éstas son sus únicas funciones específicas. Ellas, las madres, insisten para que sus hijos sepan lo que aprendieron ellas. ¡Para qué decirles que el mundo para el que se prepararon ya no existe, si igual van a seguir insistiendo!

Sin embargo sostenemos que «*La escuela no debe renunciar a proyectos de transformación (...) La sociedad contemporánea nos demanda sujetos que no se congelen, con capacidad de conocer y de conocer contra lo conocido, con la capacidad para resolver problemas, pero también para hacerse preguntas nuevas. El desafío es ver si la escuela puede proveer y proveerse, de experiencias que habiliten para la constitución de estos sujetos*».[6]

Se nos aparece otro desafío, ¿Cómo se lo decimos a las madres (y en verdad, a algunos docentes)? A lo que se hace referencia es al hecho que el reclamo social, fuertemente ligado todavía al modelo positivista, exige un *quantum* de conocimientos, alejado

---

[5]Fitoussi J.-Rosanvallon P. *La nueva era de las desigualdades*, Cap. 2. Buenos Aires, Manantial, 1997, pág. 89-90.
[6] Carusso, M.- Dussel, I. *De Sarmiento a los Simpson*, Buenos Aires, Kapelusz, 1995, pág. 53.

por mucho de los sucesivos modelos didácticos que los especialistas han tratado de introducir en nuestras aulas. Esto se expresa a través de los medios de comunicación, que en sus programas de entretenimientos premian *el saber* de algunos datos históricos, geográficos, de cultura general que supuestamente deberían aprenderse en la escuela. Hay que reconocer que la escuela positivista lo hacía y es por ello que la sociedad todavía lo solicita como un hecho innegable y valioso. Los sucesivos exámenes de admisión en las distintas universidades, también dan, año tras año, prueba de ello.

Para reforzar lo afirmado en párrafos anteriores, apelaremos a la memoria individual, para afirmar que hace bastante tiempo ya, las madres llevaban cada mañana a sus hijos a la escuela, lo hacían a un lugar respetado y querido, donde entrañables personas, que sabían mucho más que ellas en temas que sus hijos necesitaban conocer, se los iban a brindar. El sistema educativo, a través del cruce de las vocaciones y los sacrificios que encarna la función docente, se encargaba de los niños y de las niñas, sin revoluciones maternales en las puertas de la escuela. En los cincuenta, la rotura de algún vidrio era vivida con gran algarabía, ya que anunciaba el tiempo de limpiar los viejos pupitres. Los trozos redondeados eran los más buscados y con mucho cuidado se pasaban una y otra vez sobre la superficie de la vieja madera, a la que luego se empapaba con limón. La responsabilidad civil no había entrado a la escuela, cuya confiabilidad no era puesta en tela de juicio si algún chico se cortara o no con un pedazo de vidrio. A ninguna madre de aquel entonces se le hubiera ocurrido presentar algún reclamo, aún cuando alguien se lastimara.

Resulta más que interesante, saber qué sucedía por aquella época con las niñas, las futuras «*madres de la puerta*» de las generaciones posteriores. Sus madres se encargaban de mandarlas a la escuela almidonadas casi desde los moños blancos que adornaban su pelo, siempre recogido si era largo, hasta una especie de cuello alto con una pechera que usaban debajo del guardapolvo. Aquellas que prestaron testimonio aseguran también que el guardapolvo de-

bía ser tableado y largo por debajo de las rodillas. Las niñas debían responder a un mandato de género impuesto por la cultura y la sociedad. Como era *natural*, debían aprender tareas adecuadas a su *femineidad* tales como labores y confección de algunas prendas de vestir. Todas ellas, sin excepción, tenían una o dos veces a la semana, que llevar una bolsita con todos los elementos necesarios para practicar sobre un trozo de tela, distintos tipos de costuras, bordados o vainillados, entre otras habilidades que se consideraban más que necesarias para la época y que toda niña que se preciara de ello, debía dominar.

En sexto grado llegaba el momento de hacer el molde de un vestido, cortarlo, coserlo y estrenarlo, por supuesto. Cuántas de ellas tal vez miraban hacia el patio, donde los varones que los había hasta tercer grado, practicaban tareas reservadas a los varones, y mientras ellas se pinchaban los dedos tratando de hacer ese punto que se negaba a salir como lo exigía la profesora, se preguntaban si realmente el mundo estaba dividido en cosas adecuadas para *nenas* y otras para *nenes*.

Quizás algunas de ellas lograron vencer tantos prejuicios sociales y hoy son jugadoras de hockey o árbitros de fútbol o astronautas o juezas, boxeadoras o estén desarrollándose en otras tantas ocupaciones o profesiones tradicionalmente reservadas para varones. O quizás estén peleándole a la vida, codo a codo, lágrima a lágrima o cartón sobre cartón junto a ese hombre que ya no puede ser el proveedor de su familia. Cabe consignar que aprendieron a pesar de todo y de todos. Supieron defender derechos ejerciendo responsabilidades. Cuestionaron todo un orden de cosas impuesto a lo largo de la historia que determinaba los roles que debían ejercer ellas, sólo por ser mujeres.

La desigualdad se agudiza cuando la cuestión laboral «*se conjuga con la disolución de la familia o la degradación de las capacidades integradoras de la escuela, puesto que lo que puede aceptar una mujer casada cuyos hijos tienen una buena escolaridad, no*

puede aceptarlo una mujer aislada en un barrio mal atendido por los servicios públicos».[7]

Para testimoniar con lo sucedido en otra década, respecto a la actitud de los padres frente a la escuela, alguien recordó que por los '60 llegó al país, en visita oficial, uno de los héroes de la segunda guerra mundial, el General Degaulle. Por supuesto el acto de bienvenida fue en la Plaza Francia y estuvo también presente el Presidente de entonces, el Doctor Humberto Illia. La experiencia fue alucinante así como impensable desde la abundante y razonable normativa del hoy. Se tomará como base para el posterior análisis un testimonio:

> *«Me designaron para concurrir con abanderado, escoltas y una delegación de alrededor de veinte alumnos. Yo solo, a los diecinueve años, con semejante responsabilidad. Solo porque a nadie se le ocurrió en ese entonces que era imprescindible otro docente, ni hablemos de Seguros de ningún tipo, porque también es verdad que a ningún padre se le hubiera ocurrido demandar legalmente por algún siniestro que ocurriera.*
>
> *El contexto de ese acto fue realmente controvertido, Los sostenedores del voto en blanco en las elecciones del '62 levantaban una consigna muy fuerte: DEGAULLE, PERÓN, TERCERA POSICIÓN, por lo que decidieron hacerse presentes en gran número en ese acto, repitiendo todo el tiempo la consiga ya dicha, acompañada por el palpitar de los corazones emocionados y sobre todo por los ya históricos bombos.*
>
> *Los organizadores le otorgaron a los alumnos de las muchas que fueron convocadas, un lugar privilegiado: las escalinatas del Museo de Bellas Artes, ubicado justo enfrente a dicho monumento.*
>
> *Todo fue bien al principio. En un momento dado, cuando los militantes estaban realmente enardecidos y peligrosamente entusiasmados, la policía montada, que en número de veinte estaba en la mitad de la calzada, obedeciendo una orden de*

[7] Fitoussi J.-Rosanvallon P. Op.Cit. pág.89.

un trasnochado jefe, se abalanza sobre la multitud manteniendo a sus cabalgaduras con las patas delanteras bien altas y apoyadas en los cuartos traseros.
Los chicos, cuando vieron los primeros movimientos de los jinetes comenzaron a gritar y a vociferar a favor de esta acción. Ninguno se dio cuenta que entre los exaltados militantes podría haber estado su padre. Minutos antes, un policía se acerca los maestros presentes y nos comunica que en caso que el desborde alcanzara niveles peligrosos, se abrirían las puertas del Museo, para alojar a los niños. Confieso que me preocupé por los cuadros del Museo, los había visto unos pocos días antes, y realmente, había una exposición excepcional. Por suerte no hizo falta. Vimos a los dos presidentes desde muy cerca, demasiado cerca para mi gusto y para la seguridad de todos».[8]

A las madres de la puerta de aquel entonces, ni se les ocurrió que ellas pudieran ser acompañantes, ni expresaron la más mínima preocupación porque al fin y al cabo sus hijos iban con un muchacho de diecinueve años. Simplemente lo consideraron suficiente, porque el acompañante era un maestro de la escuela. Aquí aparece una segunda cuestión nodal: la confianza en la escuela. Porque era segura, infalible y actuaba con ternura, a la vez que con firmeza. Esa confianza se fue transformando con el tiempo y con problemas nuevos de muy difícil abordaje, que atacaron directamente a la organización de la escuela y trastrocaron su semiótica.

En los comienzos de los '60, y esto se debe también a experiencias particulares, los padres y madres, participaban de todas las ceremonias y rituales de la escuela, los de la Cooperadora y los de la puerta, impregnados con su espíritu y adherentes al proyecto general del que se sentían en cierto modo, no solo observadores, sino también protagonistas. Fueron poco demandantes, porque la escuela brindaba casi todas las respuestas, aún la de las preguntas que no se formulaban. Aunque se reconoce también, que esto dependía bastante (y lo sigue siendo), de las personas responsables de

[8] Tacacho, Sergio. Apuntes para *Con alma* y *tiza* (en preparación).

cada establecimiento escolar.

Los años posteriores también fueron absolutamente referenciales para la historia de nuestro país y para la escuela, la realidad golpeaba también con crudeza a través de falsas alarmas de bombas y de amenazas varias. «*La noticia de la muerte de Rucci pegó una mañana en las paredes de mi aula y en los ojos de Osvaldo, uno de mis alumnos, llenándolos de lágrimas, furor y rabia. Antes había sido la matanza de Ezeiza que retumbó en las paredes de todo el país*».[9]

Mientras esto ocurría, los porteños podíamos disfrutar de las delicias del balneario municipal, lejos aún de convertirse en un gran basural, depósito de los restos de las demoliciones efectuadas para permitir la construcción de las autopistas. Era imposible por entonces imaginar que la vida jugara semejante partido con la destrucción y la muerte.

Entonces al interrogante ¿Cómo se pudo haber instalado la desconfianza justo en el lugar querido y elegido? podemos intentar una primera respuesta. Las amenazas de bombas, la inseguridad institucional y el clima de caos que se vivía, hicieron medrar el concepto de seguridad en las escuelas. Seguridad y confianza: los primeros atributos que debe mostrar la escuela, aún antes de proponer su proyecto.

Como consecuencia directa de ello, las puertas de las escuelas se convirtieron a pesar de los docentes y de los mismos padres en el lugar del *reclamo permanente*, a la vez que también la escuela misma se constituyó en el único lugar en él que esos reclamos fueron escuchados, contenidos y en la mayoría de los casos, resueltos. Por cierto, algunas escuelas se convirtieron en una gran *oreja verde*, porque desde su interior, solieron recibir a esos reclamos, mostrando voluntad de cambio y de progreso.

Y entonces… Quizás todavía falte una última pregunta que abra la tercera cuestión nodal, en este ensayo: ¿Cuándo fue que las madres de los chicos se convirtieron en aquello en que a efectos de

[9] Íbidem.

este trabajo se ha denominado *las locas de la puerta*?

Indubitablemente este proceso de paulatina transformación sea algo más de todo lo que le debemos al *proceso militar* comenzado el 24 de marzo de 1976, inicio de la dictadura más sangrienta de nuestra historia, que fue gestándose a partir de un frágil gobierno democrático, socavado por propios y extraños. Comienza entonces un período de imperio del silencio, donde se quiebra el par dialéctico memoria-olvido, en favor del último polo. «*En la Argentina, las políticas de la memoria y el olvido han sido un tema central de las dos últimas décadas*».[10]

«*Que la memoria elige sus propios caminos para insistir es algo que la sociedad argentina no ha dejado de comprobar a lo largo de su compleja y dolorosa historia (…) Que allí se produjo una inflexión de la historia nacional es indudable. Hoy todavía estamos envueltos en sus consecuencias. Somos su producto*».[11]

A propósito, la Lic. Da Silva Catela (UNC) se interroga e interroga:

> «*Qué factores entran en juego en el esbozo del tema frontera entre lo decible y lo silenciable, en la investigación sobre situaciones límites. Este recorte permite reflexionar sobre un campo donde lo no dicho, lo censurado, lo corregido, está íntimamente ligado a la significación que toma el hecho del pasaje de la palabra privada al mundo de lo público, donde los acondicionamientos sociales, culturales y políticos, atraviesan la expresión de las historias singulares y sus identidades*».[12]

Si bien esta afirmación se hace sobre la base de entrevistas privadas sobre situaciones límites con familiares de desaparecidos políticos de la última dictadura, su validez puede impactar sobre el

---

[10] Dussel, Inés, En. *Enseñar lo in-enseñable,* texto propuesto a los efectos del Concurso «*Los lugares de la memoria*».
[11]Foster, Ricardo. *De batallas y olvidos: el retorno de los setenta,* ídem anterior.
[12]Lic. Da Silva, Catela (UNC). «*Conocer el silencio*» en *Revista Oficios Terrestres,* Año X N°15/16. UNLP, ídem anterior.

colectivo general, en el cual el pasaje de lo privado a lo público, toma inconmensurabilidad con la presencia de «*Las madres de la Plaza de Mayo*» (Foster), a quienes la dictadura buscó estigmatizar con el mote «*Las locas de la Plaza de Mayo*» (recogido por Jean-Pierre Bousquet en su libro homónimo).

Ahora bien, si partimos del supuesto de que las puertas de las escuelas se constituyen en el espacio mediatizador entre la institución y *el afuera*, siempre tormentoso, cabe plantear entonces una cuarta cuestión nodal. ¿Cómo repercutió este tremendo dolor en nuestras aulas y como se reflejó en este sitio tan particular que nos ocupa? Frases como «*de eso no se habla*», «*hablar de eso es hacer política*», dominaron el espacio simbólico, para influir decisivamente sobre toda una generación, ahora desconectada de su realidad y sumida en un siempre presente, que anticipa dificultades futuras, lo que no sería tan grave, si no estuviéramos hablando de nuestros propios hijos y alumnos.

> «*La política oficial hacia el pasado reciente ha reavivado discusiones aparentemente sepultadas desde los años '80, fundamentalmente centradas en el papel jugado por la violencia política en nuestra historia, en las actitudes sociales frente a ésta y la dictadura militar, y en la identidad política de los desaparecidos. Numerosos actores sociales tienen algo que decir acerca de ese pasado, tanto desde sus heridas como desde un presente urgente que obliga a definiciones. Y lo dicen apelando a categorías aparentemente perimidas y desde paradigmas políticos e ideológicos cuya partida de defunción había sido firmada hace tiempo.*»[13]

En el acto escolar que establece la Agenda Educativa de la Secretaría de Educación del GCBA, para los *24 de marzo* de todos los años, suelen surgir voces en la puerta -rara vez se plantean en la Dirección– que condenan dicho acto refiriendo que los alumnos son

[13] Federico Guillermo Lorenz. *La memoria de los historiadores*, ídem anterior.

«*demasiado chicos*», para escuchar y saber de estas cosas, que ya van a tener tiempo, que hay que mirar hacia adelante. En no pocas salas de maestros o profesores se da una argumentación similar, dado que las contradicciones y las controversias se dan también en el colectivo docente.

A propósito de ello, el Licenciado Jorge Apel, ex Director de la escuela Jean Piaget, reflexiona sobre la angustia docente:

> *«He observado la utilización frecuente de las siguientes conductas: Sostener alguna forma de disociación. Es un sentimiento conocido por querer, muchas veces, nos refugiamos en nuestra labor para escaparnos de angustias cotidianas (…) Pero ¿Qué hacer cuando esta angustia vital tiene que ver con el futuro? (…) Procuramos sostener cosas técnicas con ilusión de que servirán para siempre: nos sentiremos mejor con matemáticas, lectura y escritura, algunos conocimientos de biología. Nuestras emociones se complican con geografía argentina, con historia y cívica. No enseñar los presidentes de los últimos veinte años, podría ser una solución, para no entrar en el tema. No leer los diarios, no hablar de lo que acontece del lado de afuera de la puerta de la escuela».*[14]

Entiendo que estas afirmaciones están desfasadas en tiempo, ya que espero, no se refieran a los veinte años de la democracia que llevamos desde aquella tormenta. Justamente, esa *solución* que fue ordenada por las autoridades educativas durante el proceso militar, da cuenta de ellos, los colegas desaparecidos. Pero, a pesar de todo, devela algo más que importante, más allá del propio deseo del autor de la nota, aparece el contrato implícito para acallar y para crear una fantasía de estabilidad, de armonía y de igualdad en el espacio educativo. Por fortuna, en las escuelas públicas actuales se leen los periódicos y se conoce a todos los presidentes, entre otras tantas cosas más.

Hubo un tiempo, entonces, en que algunas madres, no pu-

[14]Lic. Apel, Jorge. «*Tiempos de desaliento*», www.jeanpiaget.esc.edu.ar/notas.

dieron ir a buscar a sus hijos a las puertas de la ESMA o a las puertas de otros lugares, porque no sabían que estaban allí. Será por eso quizás, que los fueron a esperar a la Plaza de Mayo. La asociación de las palabras escuela y muerte se debe también al proceso militar, mucho más que los hechos actuales de violencia que se observan en nuestras escuelas. Y ya podemos aventurar algunas respuestas a tantos interrogantes planteados. El reclamo y la protesta ganaron las calles; las madres de la puerta ya no esperan pacientemente a sus hijos en la puerta, ahora algunas quieren adelantarse y retirarlos antes de la culminación de la jornada y otras hacen *piquetes* e ingresan vociferando y agrediendo a veces de palabra y otras de hecho, si los nenes les relatan alguna desventura vivida por ellos. Es que, la mayoría de ellas, criaturas en los '70 o los '80, en algún lugar de su inconsciente tienen *inscripto* que los hijos que dejan cada mañana en la puerta de la escuela *desaparecen*, quedan en manos extrañas que los modifican –o por lo menos lo intentan- y ellas vuelven cada tarde a recuperarlos, y de allí el beso y el abrazo o el saludo como si hiciera mucho tiempo que no los vieran.

En esta imagen de despojo *cotidiano, que se repara cada tarde en la recuperación no sólo con vida sino, con la esperanza de que sean mejores, en este entramado de experiencias, fantasías, contradicciones, paradojas, motivaciones conscientes e inconscientes, se encuentra la semilla del cambio producido en los últimos tiempos en las actitudes generales y particulares de los padres en general respecto de* lo qué se hace en la escuela, cómo se lo hace, qué pasa ahí adentro con sus hijos, en una permanente vigilancia crítica sobre una institución que jamás ha sido tan cuestionada como ahora. Y he aquí la paradoja, ahora no se quiere a la escuela, se la necesita en tanto espacio de contención social y comunitario, la contradicción principal ya no es vida-muerte, ni mucho menos la imprescindible saber-ignorancia, la que se privilegia es necesidad-satisfacción, lo que conturba la tarea específica de los docentes porque saben que las madres, son tan imposibles de satisfacer como

[15]Proverbio árabe.

las arenas del desierto.[15]

Leemos con asombro en el diario La Razón del 22 de marzo de 2006: *«ASESINAN A UNA EMBARAZADA EN LA PUERTA DE UN COLEGIO.*

Ocurrió esta mañana. La mató otra mujer, de una puñalada, luego de una discusión, ambas eran madres de dos alumnos».

A pesar de este pesar y de todo lo consignado, sostenemos y creemos firmemente en las escuelas de puertas abiertas, sin guardias de seguridad en ellas; porque por Bachelard, sabemos que *«la puerta esquematiza dos posibilidades fuertes, que clasifican con claridad dos tipos de ensueño. A veces, hela aquí bien cerrada, con los cerrojos echados, encadenada. A veces hela abierta, es decir, abierta de par en par».*[16]

Y nuestro ensueño, acabamos de decirlo, es claro, explícito y contundente y por sobre todas otras cuestiones, se construye cotidianamente en la tarea concreta, sabiendo que las madres siempre estarán allí, porque en el fondo, no dudan del valor sustantivo de la escuela y, seguramente, cuando sean abuelas, volverán a estar, para seguir con el ritual una y otra vez.

[16]Bachelard, Gastón (1864-1962). Poeta Francés, *La poética del espacio.*

¿Qué ves cuando me ves?

Kamchatka / Los Rubios.

Raquel Susana Waldhorn

«Tú ya no puedes volver atrás
porque la vida ya te empuja
como un aullido interminable…».
José Agustín Goytisolo, «*Palabras para Julia*».

La razón nublada por la emoción / las razones de la emoción.

Kamchatka.

Este fue un juego que yo también jugué: larguísimas noches de sábado bajo la dictadura, cuando uno se juntaba con los pocos amigos que quedaban para ficcionar un poco la realidad tan amarga.

Juego de triunfos y de derrotas, ilusión de conquista de un mundo mejor –un mundo para todos-, furia y exaltación en batallas indoloras que hacían olvidar el sufrimiento cotidiano.

El TEG se juega con amigos, con varios. Sólo se juega de a dos cuando uno está en las últimas. Es un juego para hacer alianzas: complicidades breves, fugaces, que anticipan traiciones inmediatas -imposible ganar sólo con las propias fuerzas-, es el conflicto social sobre el tablero.

El TEG se juega en una casa, no es juego a cielo abierto.

Casas que podían ser trampas, pero que también eran refugios: el último lugar seguro que quedaba, mínimo territorio transitoriamente liberado.

Kamchatka me habla de todo esto, de las acciones individuales que sólo se entienden en la trama social: uno es en tanto hay otros que también están siendo: se está a salvo, se está tabicado, se está escapando, se está guardado, chupado, desaparecido, clandestino, caído, llevado...

El miedo lo cubre todo: el amor, la alegría, los planes, hasta el nombre verdadero. El miedo es la sensación permanente que está en el fondo de todos los actos.

Lo sucedido sólo puede ser comprendido desde aquel presente. Desde aquí, desde hoy, parece absurdo, casi un ataque colectivo de ingenuidad, irracionalidad y sin sentido.

Teníamos miedo, pero seguíamos haciendo, cuidándonos, cobijándonos...

La solidaridad no era un discurso, era un acto cotidiano. Era tener un lugar seguro donde dormir esa noche.

Los Rubios.

Cuando la vi por primera vez sentí malestar, enojo, ternura y una pena inmensa (...) ¿Cómo podemos haber quedado tan lejos de esos hijos que eran el futuro por el cual luchábamos? ¿Qué sucedió entre nuestra juventud y la de ellos? ¿Por qué esta mirada sobre el pasado me incomoda? ¿Es la de todos? ¿Es la de algunos? ¿Es sólo la mirada de una joven herida por un pasado incomprensible?

Cruel espejo, imagen que se intenta evitar y de la cual es imposible quitar la vista. ¿Quién o qué de nosotros morirá al ver el bello rostro desfigurado por el tiempo?

Lo que sabemos ahora no pudo ser sabido entonces, la dictadura que nos quitó presente y futuro hoy sigue produciendo dolorosos efectos: ¿Cómo tolerar y encontrarme con la mirada de estos jóvenes que no ven lo que yo vi?

Siento una responsabilidad generacional para con ellos, no

porque tenga que disculparme, no porque hoy crea haberme equivocado (hablo de mí y de mi generación). Había un proyecto social, colectivo, que auguraba un nuevo tiempo, un tiempo para la creación, para la superación de las personas, para salir de la opresión, para que la felicidad fuera algo tangible y no un estribillo de canción. La revolución, el socialismo, la liberación de los pueblos, la emancipación de las clases sociales, no fueron discursos vacíos, los jóvenes de entonces nos habíamos comprometido firmemente en su construcción. La historia era un acontecer (...) se la construía día a día, con la militancia, la discusión, el pensamiento y la acción.

Creíamos –ni siquiera se planteaba como creencia–, estábamos seguros que construíamos algo valioso para nosotros y para la humanidad toda.

En Los rubios hay un *pase de factura* que duele infinitamente (...) ¿por qué no te ocupaste de mí? Y hay amor, la historia es reconstruida con amor y en esa reconstrucción se confirma el vacío del presente: la cárcel fue reformada (...) los padres ya no están aquí (...) los vecinos pueden mentir, olvidar, alterar (...) y yo ya no estoy aquí.

Entonces no podíamos saberlo; hoy podemos y debemos saber otras cosas...

Las películas como lugares de la memoria.

Las películas en tanto construcciones simbólicas articulan una narración sobre un tiempo y espacio determinados, expresando formas específicas de comprensión de esos sucesos: otorgan, dotan, agregan sentido a la experiencia social. Son, al mismo tiempo, expresión de sus creadores e intérpretes de discursos que circulan en la sociedad. Están fechadas por sus condiciones de producción, no necesariamente por variables temporales –las películas que he seleccionado para este trabajo fueron estrenadas con sólo un año de diferencia–, sino, principalmente, por la posición conceptual en la cual se ubican sus creadores. Así expresan espacios de conflicto y de lucha de sentidos que construyen la memoria social.

No es posible pensar en una sola memoria, una memoria-nosotros ya que, como plantea Hugo Vezzetti (2002), no hay memoria colectiva única, hay diversas memorias asentadas en experiencias particulares, individuales o grupales, apoyadas en valores e ideologías. Siguiendo a este autor, tomo las películas como soportes materiales de representaciones elaboradas que ponen en evidencia «*los límites de lo significable y lo pensable*», que dan cuenta de «*cierto estado de la memoria y del pensamiento*» en relación con la última dictadura militar, a treinta años de su comienzo.[1]

Cada película muestra un recorte, un fragmento; y en este sentido es, en su misma estructura, solidaria con la idea de memoria ya que «*(...) el restablecimiento integral del pasado es algo por supuesto imposible (...) y, por otra parte espantoso; la memoria, como tal, es forzosamente una selección*».[2]

En tanto selección admite la multiplicidad de puntos de vista, de enunciadores, de testimonios, de formatos, y demanda encontrar una comprensión abarcadora, un lugar para que todos estos restos puedan entrar en diálogo.

El presente condiciona la recuperación del pasado: «*el tiempo propio del recuerdo es el presente: es decir, el único tiempo apropiado para recordar y, también, el tiempo del cual el recuerdo se apodera haciéndolo propio*», en este presente toman la palabra nuevos portadores, tan legítimos como otros, abriendo a nuevas preguntas sobre el pasado, a algunas zonas opacas que será necesario, más tarde o más temprano, abordar.[3]

¿De qué manera estas películas construyen memoria?

La elección de dos películas que se presentan tan distintas, tanto desde lo estético como desde los contenidos y el enfoque que desarrollan, busca explorar construcciones de memoria circulantes

---

[1] Vezzetti, Hugo. *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2002, pág. 12.
[2] Todorov, Tzvetan. *Los abusos de la memoria*. Barcelona, Paidós, 2000, pág. 16.
[3] Sarlo, Beatriz. *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2005, pág. 10.

en algunos sectores de la sociedad.

No con el afán de aunar en una memoria única y abarcadora, sino para pensarlas como necesariamente complementarias, tratando de comprender la compleja etapa de la dictadura.[4]

No para realizar un ejercicio de sumatoria, de agregación, sino para hacer *legibles* las diferencias, comprender sus orígenes y colocarnos como interlocutores en la heterogeneidad. Es una posición intelectual y ética en relación con la memoria: recordar para entender y para pensar la actualidad.[5]

Propongo entonces dar cuenta de distintas memorias en una construcción albergadora, abarcativa, que nos permita (a todos, a cada uno) entrar en diálogo con otros, en particular con las nuevas generaciones que hoy reescriben el pasado.

No intentaré tratar de responder las preguntas sobre el pasado, ni buscar algún principio organizador simple, no busco nitidez argumentativa ni asegurar un sentido, ni dar consuelo ni sostener ninguna acción.[6]

No busco hacer una narración de la dictadura, sino justamente, aceptar los restos, los retazos, lo desmembrado. Porque esto es justamente, no sólo la materia de la memoria sino lo que la dictadura dejó en la sociedad toda.

Kamchatka.

La dictadura desde la vida cotidiana de los militantes de clase media.

Argentina, 1976. Matías es un chico de 10 años que vive con su papá abogado, su mamá, una científica que trabaja en la universidad y su pequeño hermano. Los secuestros/desapariciones de gente cercana y la persecución política van cerrando un círculo alrededor de la familia. Deben huir y ocultarse en una quinta prestada.

Allí, dejando pertenencias, colegio y amigos, los integran-

[4] En el sentido de *complexus*: lo que se ha tejido junto.
[5] Vezzetti, H. Op. Cit. pág. 35.
[6] Sarlo, B. Op. Cit. pág. 15-16.

tes de la familia deben borrar su pasado, sus profesiones y sus nombres. De la serie de televisión *Los invasores* y de un libro sobre las hazañas del famoso escapista Houddini, toman sus nuevos nombres: el padre será David Vicente -por David Vincent, de *Los invasores*- y Matías se pasa a llamar Harry -por Houddini.

Entre otras cosas, Harry y su papá juegan largas horas al TEG. Kamchatka es un sitio remoto, desconocido, ubicado en algún lugar del mapa, el lugar preciso «*desde donde resistir*» para ganar en el juego bélico.

Un joven, apodado Lucas, llega a la quinta también huyendo de la represión, hasta que debe volver a escapar. «*Lo único que temo es no volver a verlos*», dice la madre. Los padres deciden llevar a los niños con sus abuelos -un lugar seguro- y emprenden un viaje cuyo final entonces era incierto.

Kamchatka transcurre en el reino de lo sólido, tanto por lo sólido de la búsqueda del cambio que pretendían sus protagonistas como por los vínculos familiares y el intento desesperado por mantener los *enlaces* fuertes: pese al cambio en el espacio (la mudanza) tratan de estirar/cancelar el tiempo (que dure un poco más).[7]

En tanto sólidos dejan en sus hijos el peso, la densidad del recuerdo. Se preocupan por acelerar la construcción de un legado. La fuerza exterior que puede quebrarlos deberá ser -como efectivamente lo fue- tremenda, brutal, inhumana. Una fuerza que hizo estallar los sólidos en mil pedazos.

Una generación que se planteaba la tarea de construir un nuevo (y mejor) orden para reemplazar al viejo defectuoso, era parte de la agenda de acción política de extensos sectores sociales. Son absolutamente claros «*los vínculos entre las elecciones individuales y los proyectos y las acciones colectivas*»: todo tenía un propósito, las acciones individuales se explicaban en la medida en que articulaban con el (esperado) destino de las mayorías. Lo que se buscaba disolver eran «*las instituciones existentes, los marcos*

[7] Tomo el concepto de modernidad sólida de Bauman, Zygmunt: *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2002, pág. 12.

que circunscribían los campos de acción y elección posibles».[8]

Para los militantes de entonces el orden debía ser la regla y el desorden la excepción: el mundo estaba mal organizado, controlado por la burguesía, los capitalistas, la derecha, los dominadores, etc., y podía ser bien organizado por el pueblo, la vanguardia comprometida, la clase obrera y sus aliados, etc.

Las organizaciones políticas populares eran fuertemente jerárquicas: responsables, direcciones, cuadros medios, comités centrales o cúpulas. Había sistemas de ingreso y de ascenso bien estipulados. El *centralismo democrático* como metodología de funcionamiento interno de muchos partidos centralizaba justamente la verticalidad en las cadenas de mando, al tiempo que garantizaba la discusión política y la participación conciente de todos los militantes.

Por eso el impacto y el desconcierto ante la ferocidad implacable de la dictadura. Porque la lucha cambia de reglas y de armas sin avisar: ser niño, ser embarazada o ser anciano, ser abogado o profesional, ser un trabajador responsable y cumplidor, ser cura, tener propiedades o relaciones con el poder, nada de eso protegía ante los asesinos y torturadores.

Las prácticas represivas anteriores al '75 tenían como riesgo esperable la cárcel, una golpiza, la picana, en pocos casos el asesinato (...) de golpe aparecieron nuevas entidades: ser secuestrado, estar desaparecido, tortura de bebés y ancianos, campos de concentración, vuelos de la muerte (...) la violencia de la represión salía del orden, lo quebraba. Por eso el espanto, porque podía acontecer lo inimaginable...

El ámbito del trabajo conservaba las características del «*universo de la construcción del orden y del control del futuro*».[9] En esta familia, un padre abogado, probablemente comprometido con los trabajadores o la política –de ahí la persecución– y una madre científica, muestran posiciones laborales vinculadas a las nece-

[8] Ibidem.
[9] Bauman, Z. Op. Cit. pág. 148.

sidades del prójimo y al bienestar de las futuras generaciones. También por eso, la pérdida de los lugares de trabajo –a través de cesantías y exoneraciones– logró no sólo quebrar las estructuras sindicales de resistencia sino atacar la identidad, la estabilidad, la solidez personal.

Los protagonistas tuvieron que dejarlo todo –y lo que dejaban era tan valioso que las fuerzas represivas se adueñaron de sus casas y objetos–. Harry deja el libro fechándolo; sabe que sólo puede llevar lo que aprendió de él y deja su marca de identidad falseada, por si hubiera algún futuro...

Esta decisión da cuenta de la internalización de la expropiación de la memoria y su control hasta en los ámbitos íntimos, producto de la persecución política de la dictadura: el propio nombre es peligroso, debe ser ocultado, no sólo en las relaciones cotidianas sino hacia el futuro: quien encuentre el libro nunca conocerá la identidad verdadera del último lector.[10]

La persecución convertía las fugaces relaciones personales en algo intenso, indispensable para mantenerse vivo e íntegro. Interesante y cruel fenómeno: ¿Qué tipo de relación era posible entre quienes no podían contarse casi nada? Las preguntas de Harry a Lucas muestran esa dificultad de construir y presentar la propia identidad: se trataba de ocultarla justamente para preservarla. «*Las huellas de lo que ha existido son o bien suprimidas, o bien maquilladas y transformadas; las mentiras y las invenciones ocupan el lugar de la realidad*»,[11] de esto se ocupan tanto los perseguidores como los que tratan de escapar: apodos y seudónimos, *minutos* (explicación *legal* ficticia de alguna situación o relación), ocultación de los domicilios, escritura en clave de teléfonos y direcciones, artilugios para disimular citas, envases fraguados para transportar materiales de lectura. Decenas de artificios, recursos de protección que también generaron innumerables anécdotas tragicómicas.

[10] Utilizo la expresión *expropiación* extendiendo el sentido de *apropiación de la memoria*.
[11] Todorov, T. Op. Cit. pág. 12.

¿Con qué fuerza sostenían su militancia aquellos que ya eran padres? ¿Por qué hubo una apuesta tan generalizada a la paternidad cuando la represión ya se había desatado? Dos ideas salvadoras protegían a los hijos: «*Vamos a triunfar (pronto) y en ese triunfo tu futuro está asegurado, nuestra militancia es la posibilidad de una nueva y mejor sociedad para todos los que vendrán* -y- *Aunque nosotros ya no estemos, los compañeros siempre estarán a tu lado*».[12] La idea de los compañeros como hermandad, una comunidad de iguales que podría hacerse cargo de los hijos de todos. Cuando el círculo estuvo cerrado, recién entonces se pudo ver que todos estaban corriendo el mismo riesgo, todos escapando y/o cayendo, y quienes sostendrían y cobijarían serían, principalmente, las familias, que generalmente se mantenían ajenas a la vida de los militantes...

Los Rubios.

La experiencia vital de los jóvenes. Nuevas significaciones que se agregan y complejizan la mirada.

> «*Argentina, 1976. Roberto Carri y Ana María Caruso, intelectuales militantes montoneros, son secuestrados en el conurbano bonaerense. Sus tres hijas son llevadas por sus tíos al campo. La directora del film es la hija menor de este matrimonio de desaparecidos quien busca, a través de diversos artificios (documentos y testimonios, ficción y representaciones, duplicaciones, fragmentos, fantasías, relatos y fotos) no sólo recuperar versiones del pasado, sino construir desde esas representaciones, y no agotada en ellas, su propia identidad.*
>
> *Un equipo de filmación a la deriva, una actriz y unos Playmobiles felices construyen el universo fracturado en que la protagonista descubre una y otra vez lo imposible de la memoria*».[13]

[12] Éstas son ideas que circulaban como parte del discurso cotidiano de los militantes; casi lugares comunes. En testimonios de la época (tanto entrevistas documentales como escritos) aparecen explícitamente.

Vezzetti (2002) ubica un primer momento de producción de memoria centrado en los testimonios y denuncias de los crímenes cometidos y un segundo momento centrado en la reivindicación de los militantes populares en tanto luchadores sociales, donde se ubicaría, entre muchas otras producciones, *Kamchatka*.

Los rubios presenta un giro, una nueva perspectiva: cómo construyen su memoria /identidad las nuevas generaciones, víctimas inermes del terrorismo de Estado. Aporta nuevas imágenes, ideas y discursos sobre ese período y sobre sus protagonistas. No niega la tragedia individual y social, no busca dar vuelta la página, ni comenzar de cero, pero no se coloca en el mismo lugar de la generación que la precede, ni asume sus ideales y discursos. En un único movimiento se reconoce descendiente y distinto. No necesita *una* memoria, está *exponiendo* ante nosotros su *identidad*.

Abre un espacio para nuevos interrogantes, sin por eso anular la memoria sobre los crímenes, ni sobre sus ejecutores (la rememoración del secuestro, la visita al lugar de detención, los relatos del cautiverio), tampoco deja de lado la evocación de la figura de sus padres como militantes e intelectuales (presente a través de los compañeros de militancia), pero no coloca estas cuestiones en un lugar principal, no es su centro, es su pasado, es lo que la precede, no es el hoy.

Pone a prueba cómo esos hechos quedaron instalados en la generación que la preexiste: vecinos, amigos de sus padres, ex detenidos-desaparecidos. Y encuentra vacíos (...) En esos relatos actuales parece haberse detenido el tiempo, las palabras suenan igual que en los años de terrorismo de Estado.

Toma «*la decisión de poner en crisis la memoria habitual (...) se trata de promover una suspensión, un borramiento de las representaciones manifiestas como una condición para la rememoración de las escenas latentes (…) Se trata de una rememoración capaz de cierto olvido, de la suspensión de las certezas que forman habitualmente una coraza defensiva frente a la irrupción de las*

[13] www.cinenacional.com/peliculas/index.php?pelicula=3053

preguntas capaces de renovar el pasado».[14] Y es esa suspensión justamente, lo que permite la aparición de la pregunta más dolorosa a sus padres, la pregunta por su elección...

En la búsqueda por saber qué fue de ellos (los padres) y quiénes son ellos (los hijos), Carri y su equipo de filmación se encuentran con un discurso demasiado armado, demasiado monolítico: lo que ofrecen los testimonios de amigos y conocidos es reaseguro, compasión. No podía ser de otra manera, para esos jóvenes militantes la historia era monolítica, sólida, tenía un sentido y era el que guiaba todas las acciones.

Por eso *Kamchatka*, como película es monolítica, organizada, narrativa, didáctica, posición en la cual *Los rubios* no puede (ni busca) colocarse. Es un filme sobre lo que no está, lo que falta, por eso lo fragmentario, la reiteración, los quiebres temporales y narrativos. En palabras de su directora en una entrevista:

> «(…) *claramente, yo creo que la película más que tratarse sobre mis padres, se trata sobre mí, o más bien sobre cómo una persona se construye con una ausencia tan grande, es un poco eso, un recorrido sobre la ausencia, creo que alguien dijo que es una* road movie *de la ausencia. Es una película sobre la memoria, y la memoria tiene como todas esas trampas, ¿no? un poco documental, un poco ficción, un poco animación. Qué es esto del recuerdo y cómo el hecho de recordar va variando. Me resultaba imposible contarlo en un formato lineal, hacer tan solo un documental, o tan solo una ficción*».[15]

La mirada (el sentimiento, el pensamiento) de la generación joven (nuestros hijos) sobre la experiencia de la juventud militante durante la dictadura le agrega nuevos sentidos a esa experiencia, la transforma en nuevas cosas, que no podían ser pensadas antes de que acontecieran. ¿Cómo poder saber lo que todavía no

[14] Vezzetti, H. Op. Cit.
[15] Entrevista a Albertina Carri, revista *Toma Uno*, www.toma-uno.com.ar/entrevistas/losrubios.htm

sucedió? ¿Cómo anticipar lo que sucedería por primera vez? Inevitable levedad del ser (...) enfrentar esta mirada, encontrarnos en ella es el desafío, ahora ineludible para los que hoy somos los adultos.

La dictadura destrozó proyectos, familias, cuerpos; diseminó sus restos; arrasó identidades personales y colectivas. Sus víctimas somos todos: los muertos, los detenidos-desaparecidos, los presos, los torturados, los que se fueron, los que nos quedamos, los hermanos y amigos que perdimos, los hijos que nos sacaron, los jóvenes que todavía no saben quiénes son, los que todo el tiempo lucharon, los que se hicieron los distraídos, los silenciados. Todos somos una sociedad masacrada. Quienes tenemos que reconstruir una identidad somos todos, no son ellos, los otros. El otro soy yo.

Así como la verdad del campo de concentración del nazismo fue la muerte masiva,[16] tal vez la verdad de la dictadura fue el miedo, la desconfianza del otro, el silencio.

Trabajar con esos restos, con los quiebres, para armar algo volumétrico, algo tal vez más lábil, más permeable, que incluya el vacío, las ausencias, que nos admita, que nos incluya, que acepte todas las preguntas, aún las que incomodan.

Hacer lugar a los nuevos, darles la bienvenida, albergarlos, aceptar la reescritura que hacen de nuestro pasado sin diluir nuestra voz y sin tapar la suya...

«*Nuestra esperanza siempre está en lo nuevo que trae cada generación; pero precisamente porque podemos basar nuestra esperanza tan sólo en esto, lo destruiríamos todo si tratáramos de controlar de ese modo a los nuevos, a quienes nosotros, los viejos, les hemos dicho cómo deben ser*».[17]

Bibliografía.

Arendt, Hannah. «*La crisis de la educación*», en *Entre el pasado y el*

[16] Sarlo, B. Op. Cit. pág. 43.

[17] Arendt, Hannah. «*La crisis de la educación*», en *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política*. Barcelona, Ediciones Península, 2003, pág. 196.

futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política. Barcelona, Ediciones Península, 2003.
Bauman, Zygmunt. *Modernidad líquida*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002.
Bleichmar, Silvia. «*Asimetría y responsabilidad*», conferencia organizada por la Escuela de Capacitación Docente – CePA.
Kohan, Martín. «*La apariencia celebrada*», en revista *Punto de Vista* Nº78, abril 2004.
Kundera, Milan. *La insoportable levedad del ser*. Buenos Aires, Tusquets Editores, Colección Andanzas, 1990.
Meirieu, Philipe. *Frankenstein educador*. Barcelona, Editorial Alertes, 1998.
Morín, Edgar. *Articular los saberes ¿Qué saberes enseñar en las escuelas?* Buenos Aires, Ediciones Universidad del Salvador, 1998.
Sábato, Hilda. Conferencia organizada por la Escuela de Capacitación Docente – CePA, el 28 de noviembre de 2005, con motivo del inicio de la convocatoria al Concurso de Ensayos *Argentina: los lugares de la memoria*.
Sarlo, Beatriz. *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2005.
Todorov, Tzvetan. *Los abusos de la memoria*. Barcelona, Paidós, 2000.
Vezzetti, Hugo. *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2002.

Páginas web consultadas.

www.celuloide.com.ar/
www.cine.ciudad.com.ar/kamchakalapelicula
www.cinefreaks.com.ar/VDVD_losrubios.htm
www.cineismo.com/criticas/rubios-los
www.cineismo.com/criticas/rubios-los.htm:
www.cinenacional.com/peliculas/
www.cineojo.com.ar/films.htm
www.elamante.com/nota/2/2059.shtml
www.kamchatkalapelicula
www.lanacion.com.ar
www.okupasenlared.com
www.otrocampo.com
www.po.org.ar/po/po827/espectac.htm: Sitio de LuchArte
www.toma-uno.com.ar/entrevistas/losrubios.htm

Artículos en páginas web.

Maccari, Bruno. «*Felices juntos*», en www.cinelatinoamericano.org/texto.aspx?cod=186
Lerer, Diego. «*La fábula de la reconstrucción*», en www.clarin.com/diario/2003/10/23/c-00909.htm
López, Fernando. «*Para entender la propia historia*», en www.lanacion.com.ar/Archivo/Nota.asp?nota_id=538097
Yolis, Ivonne. «*Los rubios*», en www.cineismo.com/criticas/rubios-los.htm
Croft, Lara. «*Los rubios*», en www.celuloide.com.ar/archives/2005/11/10/los-rubios/
Cervine, Felipe Andrés. «*Intento de construir una historia*», en http://lucharte.com.ar/node/23
Carri, Albertina. «*Los rubios*», en El Amante: www.elamante.com/nota/2/2059.shtml
Pestanha, Francisco José. «*Los rubios*», en http://www.pensamientonacional.com.ar/pancho.php?idpg=0056_los_rubios.html
Zapata, Hugo, Julieta Rozas y Diego Gasparini, entrevista a Albertina Carri, revista *Toma Uno* www.toma-uno.com.ar/entrevistas/losrubios.htm
Arahuete, Pablo E. «*La voz de la ausencia*», en http://www.cinefreaks.com.ar/VDVD_losrubios.htm

ANEXO.
Fichas técnicas de las películas tratadas.

Kamchatka.
Dirección: Marcelo Piñeyro.
Estreno en Buenos Aires: 17 de octubre de 2002.
Argentina, Castellano, color, 104m. ATP.
Guión: Marcelo Figueras, Marcelo Piñeyro.
Intérpretes: Ricardo Darín, Cecilia Roth, Héctor Alterio, Fernanda Mistral, Tomás Fonzi, Mónica Scapparone, Milton de la Canal, Matías del Pozo, Evelyn Domínguez, Leticia Bredice, Nicolás Cantafio, Gabriel Galíndez, María Socas, Juan Carrasco, Demián Bugallo, Oscar Ferrigno, Alberto Silva, Valentín Barrio.
Dirección artística: Jorge Ferrari, Juan Mario Roust; Música: Bingen Mendizábal; Fotografía: Alfredo F. Mayo; Montaje: Juan Carlos Macías; Vestuario: Ana Markarián; Producción: Pablo Bosi, Oscar Kramer, Francisco Ramos; Compañía productora: Patagonik; Distribución en la Argentina: Buena Vista Internacional.

Los rubios.
Título alternativo: Documental 1 (notas para una ficción sobre la ausencia).
Título internacional: The Blonds.
Dirección: Albertina Carri.
Estreno en Buenos Aires: 23 de octubre de 2003.
Argentina, Castellano, color/blanco y negro, 89 m. ATP.
Guión: Albertina Carri, Alan Pauls.
Intérpretes: Analía Couceyro, Albertina Carri, Santiago Giralt, Jesica Suarez, Marcelo Zanelli.
Asistente de Dirección: Marcelo Zanelli Y Santiago Giralt; Cámara: Carmen Torres y Albertina Carri; Sonido: Jésica Suárez; Música: Ryuichi Sakamoto, Federico Moura y Charly García; Fotografía: Catalina Fernández; Montaje: Alejandra Almirón; Títulos: Nicolás Kasakoff; Tape to film: Emiliano López; Producción: Albertina Carri y Barry Ellsworth; Producción ejecutiva: Pablo Wisznia; Jefe de Producción: Paola Pelzmajer; Compañía productora: Primer Plano Film Group.

Otras películas:
Nietos (Identidad y Memoria) (2004), de Benjamín Ávila.
Por esos ojos (1997), de Virginia Martínez y Gonzalo Arijón.
Historias clandestinas (h) (1998/2000), de Andrés Habegger.

Puentes.

Mariana López Piuma

Este trabajo intenta mostrar al golpe del ‘76 como parte de una historia en la que el autoritarismo y la violencia estatal primaron desde su origen.

Repensar el golpe implica repensar la historia.

En una primera parte se tienden puentes entre los tiempos, buscando continuidades hacia atrás y hacia adelante. Desde la construcción del Estado nacional, a partir del exterminio y la expulsión, hasta la política de descarte y exclusión neoliberal de los ’90. En una segunda parte, los puentes unen dos momentos de un mismo texto, *Potestad*, del dramaturgo y psicoanalista Eduardo Pavlovsky. En un extremo, su versión teatral de los ’80; en el otro, la versión cinematográfica de 2003. Uniéndolos, las transformaciones en la mirada que se fueron dando en la forma de narrar la época de la dictadura durante los años de democracia.

El último puente une los principales acontecimientos del año ’98 con las reflexiones, los desafíos e incertidumbres de la democracia ante ese nuevo aniversario.

Continuidades.

En julio de 1979, la revista *Todo es Historia* Nº146 presentaba como tema de tapa «*La Argentina soñada*». Son tres los momentos elegidos para indagar en los sueños: 1910, «*Centenario de la Revolución de Mayo*»; 1966, «*Sesquicentenario de la Independencia*»; 1979, «*La Patria que ansiamos para el año 2000*». Como ilustración, cuatro hombres sonrientes representantes de la oligarquía de comienzos del siglo XX. En las primeras páginas se anuncia

la reedición de un número agotado por segunda vez. Es el de mayo: «*La Conquista del desierto. Una epopeya argentina*», con motivo de sus doscientos años.

El golpe de Estado de 1976, como muchos han señalado, fue un momento de quiebre,[1] irrupción,[2] bisagra.[3] Más allá de esto, es fundamental preguntarnos por las continuidades, tanto en relación con el pasado como con el presente.[4] En el sentido en que Tomás Abraham indaga sobre *las Argentinas deseadas*.[5]

La lectura historiográfica de los procesos es ineludible, como afirma Certeau: «*Un tipo de sociedad se revela también en el modo como se combinan la discursividad del comprender y el repudio de lo que pasa*».[6]

En 1979 el discurso historiográfico *oficial* ve *epopeya* en el exterminio. La nota sobre 1910 habla del «*sentido imperial*» del destino de la Patria. Nada de la Ley de Residencia, de las huelgas urbanas y rurales, de la represión violenta. La de 1966, culpa al peronismo de «*todos los males*», inclusive del derrocamiento de Illia. Nada de los fusilamientos a trabajadores rurales en la Patagonia en 1921, nada de los de José León Suárez en 1956. Será porque, como se afirma en la tercera nota (cómo es la Argentina que en 1979 se desea para el año 2000), el argentino «*olvida lo malo*».

Pero, ¿Qué es «*lo malo*»? Indudablemente, un Estado que

---

[1] Novaro, M. *Pasado reciente y escritura de la historia*. Buenos Aires, Escuela de Capacitación Docente CePA, 2005, pág. 5.

[2] Vezzetti, H. *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2003, pág. 11.

[3] Romero, L. A. *Breve historia contemporánea argentina*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001, pág. 297.

[4] «*Cuando Juan se pregunta diría que nos está incitando a volvernos más lúcidamente hacia el pasado para después ser más lúcidos frente al futuro. No hemos sabido hacer las preguntas a tiempo, esas que desnudan, que violan, que rasgan de arriba a abajo las telas del conformismo y de la buena conciencia. No hemos sabido mirarnos al espejo de nuestra verdadera realidad argentina*». Prólogo de Julio Cortázar en Gelman, J.: *Interrupciones 1*. Buenos Aires: Seix Barral, 1997.

[5] Abraham, T. *Historias de la Argentina deseada*. Buenos Aires, Sudamericana, 1995.

[6] De Certeau, M. *La escritura de la historia*. México, DF, Universidad Iberoamericana, 1999, pág. 64.

hace del monopolio de la fuerza la base de su «*consenso*». Como afirma Oszlak, «*(...) hay un sino trágico en este proceso formativo. La guerra hizo al Estado y el Estado hizo la guerra. La 'unión nacional' se construyó sobre la desunión y el enfrentamiento de los pueblos y banderías políticas. La unidad nacional fue siempre el precio de la derrota de unos y la consagración de privilegios de otros. Y el Estado nacional, símbolo institucional de esa unidad, representó el medio de rutinizar la dominación impuesta por las armas*».[7]

No son casualidad el número agotado de la revista, el actor social elegido «*para soñar*» y las fechas seleccionadas. Como tampoco lo es el nombre dado por los militares al golpe. Justamente el «*Proceso de reorganización nacional*» remite, se emparenta, se asume heredero del proyecto oligárquico militar que significó el crecimiento y desarrollo de un sector a costa del exterminio, la marginación, la explotación de muchos.

El golpe del '76 es, como afirma Novaro, «*el desenlace de procesos más remotos y la agudización de muchos problemas en ellos contenidos*».[8] Cabe preguntarse entonces, si la democracia significó la resolución de los mismos o si siguen apareciendo latentes o pujantes según las circunstancias.

Más doloroso que reconocer continuidades hacia el pasado (fundamentalmente las relacionadas con las características del Estado, la violencia imperante, la forma de resolución de los conflictos y la actitud hacia los *otros*), es encontrar las que lo enlazan con el presente, pues sólo su conciencia permitirá la construcción de una sociedad verdaderamente democrática. Como afirma Castoriadis (1999), «*La autotransformación de la sociedad concierne al hacer social –y, por lo tanto, también político, en el sentido más profundo del término– (...) el pensar la sociedad como haciéndose a sí misma es un componente esencial de tal autotransformación*».[9]

---

[7] Oszlak, O. *La formación del estado argentino. Orden, progreso y organización nacional*. Buenos Aires, Plantea, 1997, pág. 275.
[8] Novaro, M. Op. cit. pág. 5.
[9] Castoriadis, C. *La institución imaginaria de la sociedad. Vol. 2. El imaginario social y la institución*. Buenos Aires, Tusquets, 1999, págs. 333 y 334.

Una sociedad que no se victimiza para eludir responsabilidades. Una sociedad haciéndose cargo de sus acciones como tal. Penetrando «*en la madeja de tensiones que la constituyen*».[10]

El modelo económico, social, cultural y político neoliberal comienza a instalarse gracias a la dictadura. Scavino (1999) afirma que la dictadura atacó los derechos de la comunidad en tanto que desolar es «*des-solidarizar*».[11]

La dictadura fue el brazo armado de un proyecto más amplio que permitió la instalación de la «*modernidad líquida*», según el concepto desarrollado por Bauman.[12] Aquella en la que «*se derriten los vínculos entre las elecciones individuales, los proyectos sociales y las acciones colectivas*».

En el libro *Sin Patrón* se retoma la carta que Rodolfo Walsh escribiera a la Junta Militar a un año de la toma del poder.[13] A través de ella denunciaba la política económica liberal como el peor de los crímenes que se estaban cometiendo. Luego se afirma que ya en democracia, durante el gobierno de Carlos Saúl Menem, «*Argentina había entrado en la era del pensamiento único. Ya no hacía falta el terrorismo de Estado para aplicarlo (...)*» Grüner (2002) y Canclini (1999) aportan elementos estructurales a este planteo sobre las continuidades.[14]

El primero señala que las democracias en América del Sur «*fueron diseñadas para legitimar mejor la concentración del poder y las nuevas formas de explotación*».[15] El segundo afirma que al transferir las instancias de decisión de la política nacional a economías trasnacionales se atrofia la imaginación socio-económica, se

[10] Chartier, R. *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*. Barcelona, Gedisa, 1999, pág. 70.
[11] Scavino, D. *La era de la desolación. Ética y moral en la Argentina de fin de siglo*. Buenos Aires, Manantial, 1999, págs. 75 a 77.
[12] Ver Bauman, Z. *Modernidad Líquida*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.
[13] *Sin patrón. Fábricas y empresas recuperadas por sus trabajadores. Una historia, una guía*. Buenos Aires: Lavaca, 2004.
[14] Ibídem, pág. 15.
[15] Grüner, E. *El fin de las pequeñas historias. De los estudios culturales al retorno (imposible) de lo trágico*. Buenos Aires, Paidós, 2002, pág. 389.

olvida la planificación a largo plazo. Hay un vaciamiento simbólico y material que lleva al desaliento en la planificación.[16] Como señala Lyon, «*La libertad se reduce a la libertad de consumo*».[17]

Ahora bien, ¿Es posible aceptar estas afirmaciones de lleno? ¿No sería una forma de afirmar lo que denuncian? ¿Se articulan democracia y neoliberalismo? ¿Cómo se construyen alternativas? ¿Cómo se recupera la posibilidad de preguntarse?[18]

Las formas en que la sociedad elabora lo sucedido. Lo que silencia, oculta, permite. Lo que se anima a debatir y lo que no. Certeau afirma que la escritura de la historia «*exorciza a la muerte al introducirla en el discurso. (...) Utilizar la narratividad que entierra a los muertos como medio de fijar un lugar a los vivos*».[19]

Estas palabras adquieren un significado especial al aplicarlas a la historia argentina. Hay una necesidad concreta una herida abierta, imposible[20] de cerrar. Porque gestando la violencia y perversidad más extrema, los militares no sólo negaron la vida sino la muerte y la propia existencia.

Veintidós años después, el director de *Todo es Historia*, redacta el editorial del número dedicado a recordar los veinticinco años del golpe militar de 1976[21]: «Las enseñanzas de marzo del

---

[16] García Canclini, N. *La globalización imaginada*. Buenos Aires, Paidós, 1999, pág. 21.

[17] Lyon, D. *Posmodernidad*. Madrid, Alianza, 1996, pág. 120.

[18] «*¿Cómo pensar lo político, pues, a la intemperie? ¿Cómo recuperar el deseo de pensar lo impensable, de sostener la tensión y el conflicto entre el deseo y su imposible satisfacción?*». Y más adelante, dice: «*las preguntas 'últimas' ya no son siquiera las que no tienen respuesta, sino las que no atinan siquiera a plantearse*». En Grüner, E. Op. cit. págs. 295 y 296.

[19] De Certeau, M. Op. cit. págs. 116 y 117.

[20] «*(...) se trata más bien de desmantelar el aparato de represión y extorsión que hizo posible aquellas desapariciones. Y es lo que no comprenden quienes piensan que las Madres siguen atadas al pasado. Lejos de esto, su empecinamiento ético y político tiene que ver con el futuro, con que se transformen las cosas en el país. Justamente a pesar de esas dos imposibilidades, las Madres insisten en reclamar justicia como Antígona de Sófocles (...) las Madres se mantienen fieles a una lucha trágica (...)*». En Scavino, D. Op. cit. p. 149. Para el concepto de «*lo trágico*», ver Grüner, E. Op. cit. págs. 305 a 316.

[21] *Todo es Historia* Nº404, marzo 2001. Cabe destacar la diferencia notable entre el discurso adoptado en la editorial por Félix Luna y el de la nota principal: «*Memorias de aquel veinticuatro*» de Federico G. Lorenz.

'76". El eje es la falta de fe en la democracia de «*los actores de aquel drama*»: *los guerrilleros* y las Fuerzas Armadas. Encarna la teoría de los dos demonios en su máxima expresión.

La experiencia en sí no supone enseñanza ni aprendizaje. Es necesaria la conciencia, el debate, la justicia, el cuestionamiento. La falta de fe en la democracia es uno de esos ejes para abordar las continuidades del golpe «*hacia atrás*». Pero no la falta de fe de los guerrilleros y los militares, sino la de gran parte de la sociedad.

Como señala Caletti, «*Hay que hacerle lugar a los fantasmas*».[22] La sociedad debe dejar de construirse a sí misma como ausente. «*Lo olvidado no son los desaparecidos, ni la ESMA, ni mil formas que asumió la tarea de exterminio. Eso siempre lo supimos, aunque lo calláramos (...) Sobre lo que nos negamos en cambio a recordar es respecto a los episodios y fenómenos que deberían permitir que nos interroguemos, que pensemos y que nos digamos qué factores contribuyeron a generar las condiciones de posibilidad de tamaño horror*».[23]

La construcción de la memoria es un proceso activo. Un constante movimiento en el que se resignifica lo recordado en función de lo que se vive en el presente. Es un proceso complejo, en el que surgen tensiones entre diversos discursos. Por eso es conveniente hablar de memorias, en plural.

Recordar el golpe hoy, treinta años después, implica una lectura distinta a la de años anteriores. El informe de la CONADEP, el juicio, las leyes, su nulidad, los levantamientos militares, las distintas actitudes tomadas por los gobiernos democráticos, las políticas económicas. El trabajo de Madres, Abuelas e HIJOS; el del Equipo de Antropología forense. Lo escrito, lo pensado, lo descubierto, lo filmado. La *crisis del 2001*, la participación social, etc. Todas estas experiencias transforman nuestra mirada, nuestras lecturas, nuestros discursos, nuestras preguntas.

---

[22] Caletti, S. «*La crítica política y los descentramientos de la memoria. Apuntes en torno a la valoración de los años '70*" en *Pensamiento de los confines* Nº1 segundo semestre de 1998, págs. 17 a 22.
[23] Caletti, S. Op. Cit. pág. 19.

Otros han puntualizado ya los cambios en este sentido.[24] Los universos simbólicos son productos sociales e históricos que ayudan a vincular los tiempos en la historia a través de la memoria, son problemáticos en el sentido de que la sociedad genera sus propias representaciones que le dan identidad, la legitiman.[25] Los imaginarios sociales organizan y dominan los tiempos colectivos.[26]

Es entonces tarea de los historiadores «*actuar contra las cristalizaciones de la memoria individual y colectiva, abrirlas a la interrogación, cuestionar el conformismo, luchar contra la complaciente 'memoria hábito'*».[27]

Transformaciones.

Así como he esbozado las continuidades del proceso militar comenzado en el '76 hacia el pasado y hacia el presente, es fundamental delinear ahora aquellas transformaciones que en veintitrés años de democracia hemos ido vivenciando en nuestra forma de mirar, recordar, narrar. A la luz de los acontecimientos, de la reflexión y la maduración como sociedad, más allá de todos los *pendientes*.

Dos ejemplos: el primero, la versión cinematográfica de una obra de teatro sobre la dictadura, porque el arte, en su valor de metáfora, condensa la complejidad de la experiencia social; y el segundo, una mirada por los principales hechos ocurridos en 1998.

***Potestad*, del teatro al cine.**

El cine en democracia ha hecho muy buenos trabajos que analizan los cambios durante estos últimos veintitrés años. Aquí

[24] A modo de ejemplo, dos trabajos: el ya mencionado de Federico Lorenz y el de María Sonderéguer: «*Estrategias de la memoria*» en *Pensamiento de los confines*, Op. Cit.
[25] Ver Berger, P. y T. Luckmann. «*La sociedad como realidad objetiva*» en *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires, Amorrortu, 1994 (Capítulo II).
[26] Baczko, B. *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1999.
[27] Sábato, H. *Memoria, pasado y futuro*. Buenos Aires, Escuela de Capacitación Docente - CePA, 2005.

sólo intentaré mostrar las variaciones entre el texto escrito para teatro y el de la versión cinematográfica de *Potestad*.

Antes de pasar al análisis, me parece necesario esbozar algunas cuestiones fundamentales. Siguiendo a Clara Krieger, podemos definir dos grupos de películas relacionadas con la dictadura: las que aluden directamente a los hechos ocurridos y aquellas que lo hacen en forma indirecta.[28]

Al mismo tiempo existe otra clasificación que excede la realidad histórica argentina y refiere a procesos más globales dentro de los cuales se enmarca la situación nacional. Gonzalo Aguilar señala dos vertientes: aquellas que «*narran los descartes del capitalismo*» y las que muestran «*la descomposición de las instituciones sedentarias*».[29] En el ámbito nacional, en lo que se denomina «*nuevo cine argentino*», ambas encarnan un cine que «*se pregunta sobre la caducidad de los viejos ordenamientos y la posibilidad de construir otra mirada*».[30]

A modo de breve síntesis podría decirse que en el cine de los '80 el discurso político es explícito, en cambio, en el de los '90, no. Esta diferenciación puede verse como *secuela* de los efectos de las políticas socio-económicas neoliberales, ya que muestra la incidencia no sólo en la forma de narrar, sino en el contenido a narrar. Es imposible separar para el estudio cómo hemos ido construyendo socialmente durante la democracia *nuestros discursos*, nuestras memorias sobre la dictadura, del momento histórico que nos toca vivir.

Memoria versus olvido podría ser una disyuntiva abordada por el cine tras el regreso de la democracia; pero en el nuevo siglo, en el nuevo milenio, progresivamente más líquido que el anterior, ganan los matices, la sutileza de la trama que advierte sobre la complejidad de cualquier proceso que involucre la construcción de

[28] Krieger, C. «*La revisión del proceso militar en el cine de la democracia*», en España. C. (comp.). *Cine argentino en democracia (1983-1993)*. Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes, 1994, págs. 54-68.
[29] Aguilar, G. «*Los precarios órdenes del azar*» en revista *Mil palabras* Nº1, 2001.
[30] Ibidem, pág. 18.

la memoria, entendida como un procedimiento de selección que necesariamente implica olvido.[31]

De hecho basta con leer el texto de la obra de teatro, escrito en 1985, en el que se basa la película *Potestad*, para constatar las diferencias con respecto al tema «*memoria-olvido*».[32]

Lo que en la puesta en escena aparece como un *recuerdo*, en el film se recrea como vivencia real, como parte de la confusión temporal –producto del hecho traumático– que aqueja al protagonista. Éste, al comienzo del largometraje cuestiona la lógica temporal de ese pasado que lo interpela, pero lo termina aceptando como natural.

Un ejemplo: la escena en que aparecen los amigos, jugadores de rugby, *retándolo* por no llegar a tiempo e introduciéndolo en el auto, para luego mostrar el partido –en el que él juega desde sus posibilidades físicas de su verdadera edad–, en la obra de teatro aparece como recuerdo: «*Yo he sido deportista, jugador de rugby, segunda línea (orgulloso), tenía un físico bastante excepcional(...)Tengo cincuenta y tres años(...) pero me acuerdo cuando tenía veinticinco años, gran jugador de rugby(...) cuando saltaba en el lineout, yo me elevaba(...)*».

Pierde entonces el sentido de la angustia y de la lástima que genera ver a ese *pobre viejo* cayéndose una y otra vez, voraz detrás de un pasado que lo seduce y lo expulsa –como en la escena con *la joven*–, para terminar tropezando y hundiéndose en un osario. El protagonista de *Potestad* no se debate entre el olvido y la memoria sino que parece a merced de la interacción entre ambos.

---

[31] «*(...) la memoria no se opone en absoluto al olvido (...) la memoria es, en todo momento y necesariamente, una interacción entre ambos*» en Todorov, T. *Los abusos de la memoria*. Barcelona, Paidós, 2000, págs. 15 y 16.

[32] Pavlovsky, E. *Potestad*. Buenos Aires, Ediciones Búsqueda, 1987. Trama: Eduardo es médico. Durante la dictadura colabora con los grupos de tareas expidiendo certificados de defunción falsos para encubrir los asesinatos de los militares. A través de este *contacto*, obtiene en forma ilegal a una beba, Lucía, a la cual llamará Adriana. Tanto la película como la obra de teatro, muestran su dolor, sus recuerdos, su crisis matrimonial y su transformación a partir del hecho de que Lucía recupera su identidad y su familia, gracias a la búsqueda de su abuela.

Excede el planteo de Todorov en *Los abusos de la memoria*; aquí se trata de un duelocópula entre ambos universos, los que *torturan*, *arremeten* contra Eduardo. ¿Cómo se expresa esta puja?

La película comienza con el protagonista sentado en el subterráneo, y se escucha su voz en *off*. Ésta será el referente concreto, a lo largo del film, del tiempo presente –cada quince minutos–; un tiempo que será dilatado por la memoria que comienza a colarse por las fisuras del propio recuerdo, del propio olvido.

Eduardo, un hombre de más de cincuenta años, expresa, narra su situación, su dolor, el hecho de que *Adrianita* se haya ido, modifica su relación matrimonial, su vida. Entre tiempo presente y tiempo presente, los recuerdos se precipitan confusos –en apariencia– pero existe un hilo conductor entre determinados objetos, imágenes y frases (ventilador, ducha que gotea, la calesita de juguete, «*¿En qué mejores manos (...) doctor?*», el brazo en la camilla ensangrentado, algunas caras) que remiten a un pasado que ha intentado taparse, protegerse del hurgar de la conciencia. Ésta aparece exteriorizada en la sensación de complot que acusa el protagonista.

El doctor Eduardo, colaborador de los *grupos de tareas* durante la última dictadura militar (1976-1983) obtuvo a su hija *Adrianita* como favor/paga de sus servicios (certificados de defunción con el motivo de deceso fraguado).[33] Tras las primeras polaridades lógicas que encarna el cine a partir del '83, la posibilidad de explorar *todos los grises* de la trama es el desafío para el momento posterior y *Potestad* lo asume. Y es fundamental que así sea para poder reflexionar y asumir la responsabilidad social en la dictadura, tema que aún hoy queda por afrontarse con madurez y profundidad en la esfera pública. Vezzetti nos advierte sobre su importancia radical: «*(...) ese episodio agudo de barbarización política y degra-*

[33] «*Es claro que en esa colaboración podía mezclarse la adhesión doctrinaria con la conformidad resultante de la presión de arriba y las formas diversas, más o menos miserables, de búsqueda de beneficios, ascensos o prebendas (...) todos ellos formaron parte necesaria de las condiciones que hicieron posible el despliegue del terrorismo dictatorial*», Vezzetti, H. Op. cit. pág. 49.

dación del Estado no hubiera sido posible sin el compromiso, la adhesión, la conformidad de muchos. (...) Se trata, entonces, de mirar el rostro visible de la acción dictatorial a la luz de una trama menos visible de condiciones que la sostenían».[34]

El mismo autor y la crítica puntualizaron este tema. Pavlovsky afirma: «*(…) intenté enfocar el tema de la complejidad de la represión, convencido de que el imperialismo recurre a métodos cada vez más sofisticados para mantener la dominación de Tercer Mundo. El represor se nos aparece cada vez más sofisticado, más científico, más 'ambiguo'. Más difícil de caracterizar que otras veces*».[35] Dentro de las numerosas críticas nacionales e internacionales hechas a la obra de teatro, es muy interesante, en este sentido, la de Madres de Plaza de Mayo (julio de 1986), que dice: «*Potestad es un extenso monólogo que desnuda con patética belleza de ritual, pensamientos y actitudes propias de una personalidad a la que pocos son capaces de enfrentar: el represor, pero no el que maneja la picana, sino quien anida en esa mentalidad egoísta y autoritaria, inescrupulosa y cómplice causa y efecto de un contexto que la fomenta y la sostiene*».[36] Por último, en una nota reciente Jorge Dubatti analiza «*La ética del cuerpo*» en Pavlovsky, se refiere a *Potestad* aludiendo al núcleo temático del autor: «*la normalidad de los monstruos*».[37]

La película intenta entonces mostrar un hombre normal, que puede llegar a inspirar, en un comienzo, sentimientos hasta de piedad, justamente para que la sociedad tome conciencia sobre su actuación en la dictadura y en la vuelta a la democracia. Una sociedad que, como bien señala Vezzetti, «*ha encontrado en la figura de los 'demonios' la confirmación de su inocencia y su ajenidad frente a la barbarie que se desplegaba ante sus ojos*».[38]

Eduardo no es un *monstruo*; o, siguiendo a Dubatti, es un

[34] Vezzetti, H. Op. cit. pág. 13.
[35] Pavlovsky, E. Op. cit. pág. 13.
[36] Ibidem.
[37] Dubatti, J. «*La ética del cuerpo*», en *revista Ñ* Nº18, 31 de enero de 2004.
[38] Vezzeti, H. Op. cit. pág. 15.

«*monstruo normal*».[39] El director y el autor intentan entonces lograr una primera aceptación del personaje para luego ir mostrando quién es verdaderamente y mostrarnos en experiencia concreta el papel jugado por la sociedad. «*En un sentido profundo, la dictadura puso a prueba a la sociedad argentina, a sus instituciones, dirigentes, tradiciones; y hay que admitir que muy pocos pasaron la prueba (...) la representación, ampliamente instalada después del renacimiento democrático, de una sociedad víctima del poder despótico es sólo una parte del cuadro y pierde de vista que la dictadura fue algo muy distinto de una ocupación extranjera, y que su programa brutal de intervención sobre el Estado y sobre amplios sectores sociales no era en absoluto ajeno a tradiciones, acciones y representaciones políticas que estaba en la sociedad desde bastante antes*».[40]

La responsabilidad colectiva y la *culpabilidad moral* –siguiendo a Jasper–, la *miseria moral* a la que hace referencia Vezzetti,[41] se relacionan estrechamente con el planteo de Scavino en *La era de la desolación*[42] cuando, por el contrario, y en sintonía con el mismo Pavlovsky, afirma que «*la crisis en nuestro país es más ética que moral*».[43] Eduardo 'actúa de forma moral' ya que representa su rol social.[44] Encarna la moralidad de la época; todo su discurso justificatorio de la época, lo es. La voz en *off* afirma: «*eran*

[39] «*(...) quizá la mayoría de los perpetradores eran gente ordinaria, parte de una burocracia que realizaba su trabajo con un empeño rutinario, empujados por motivaciones y cálculos igualmente ordinarios. Algo que, por supuesto, es más intranquilizador que la imagen de verdugos depravados y disociados de la gente común*», Vezzeti, H. Op. cit. pág. 50.

[40] Vezzeti, H. Op. cit. pág. 38 y 39.

[41] «*¿Culpa colectiva? El papel y la responsabilidad de la 'gente corriente' no pueden ser eludidos en un examen de las relaciones entre dictadura y sociedad*». Vezzeti, H. Op. cit. pág. 48 y pág 41.

[42] Scavino, D. Op. Cit.

[43] En el Prólogo de *Potestad* (pág. 15), Pavlovsky afirma: «*No sólo asesinaban o eran cómplices directos de asesinatos, sino que además justficaban los raptos con una nueva ética. Eran los nuevos 'papás buenos'. Los 'salvadores' de niños del 'infierno rojo' (...) esta nueva falla 'ética', que contó con tantos cómplices*». Eduardo dice: «*los papás de 'Adrianita' eran capaces de volarte la casa*», y las palabras chocan contra la imagen de dos jóvenes padres brutalmente masacrados.

[44] Idem. Ver el concepto de moral en pág. 53.

tiempos de mierda, una época violenta, irracional, había que estar allí, todos los días un enfrentamiento, ataques por la espalda, los subversivos habían trastocado todo».

Sólo *choca* discursivamente con el calesitero, quién da cuenta de la crisis ética. Hay un *choque* mucho más sutil en «*la ética de los cuerpos*», que puede llegar a pasar desapercibido, cuando Adrianita se va con sus verdaderos familiares: tomada de la mano izquierda y sin violencia.

La insistente, reiterada y compulsiva mención del nombre de *Adrianita* desnuda el nombre falso, el silencio atroz, identidad arrancada con la pulserita de la beba, de Lucía.

No hay vuelta al pasado, porque no existe el pasado como material concreto a poder sopesar entre las manos, existe un presente-memoria que construye narraciones sobre el pasado trastocando un orden cronológico, creando un nuevo orden semántico que subvierte la experiencia de las madres –y de los padres– que sufrieron la desaparición de un hijo/a durante la dictadura.[45]

La *subversión* opera en la vivencia de Eduardo desde sus palabras, sus recuerdos (es imposible no ver en la escena en que es subido al auto por los amigos un paralelo con el *trabajo* de los grupos de tareas al *chupar* gente y trasladarlas en los *Falcon verdes*), desde sus sentimientos de desolación: «*le dimos tanto amor y nos las quitaron así de golpe (...) nos robaron la vida*». Es él el que ahora sufre en su propio cuerpo, a partir de ser separado de Adrianita, una doble desaparición, la de su hija y la de él mismo. Esto no sólo por el hecho concreto en sí, sino que a partir de este hecho los recuerdos, la memoria hecha presente, hasta el mismo *olvido* se estructuran bajo esta lógica de sentirse perseguido, cuestionado, atrapado, torturado, desaparecido (esta terrible angustia generada

[45] «*(...) la anacronía de un momento temporal en cuya presencia resuena la concordancia de unas y otras fechas. Anacronía como grieta o factura del tiempo, cono eso que, habiendo acontecido una sola vez, acontece siempre otra vez -de nuevo- y sólo -ahora- y sólo aquí.*» Cuesta Abad, J. M. *La palabra tardía. Hacia Paul Celan.* Madrid, Trotta, 2001, pág. 55 y 56.

por una experiencia/ concepto entre la muerte y la vida).[46]

Esto se genera por una interacción entre dos fenómenos, que Vezzetti plantea como posibles y excluyentes el uno del otro, pero aquí juegan juntos: la amnesia y la alucinación.[47] Al explicar *el exceso de memoria* afirma que se «*revive el pasado sin distancia ni olvido normal (...)*».[48]

Cuando Todorov analiza el duelo –particular, claro está, en este caso– dice: «*la recuperación del pasado es indispensable; lo cual no significa que el pasado deba regir el presente, sino que, al contrario, éste hará del pasado el uso que prefiera*». En el caso de Eduardo parece estar a merced de este presente. Más adelante explica: «*Experimentar una tremenda revelación sobre el pasado, sintiendo la obligación de reinterpretar radicalmente la imagen que uno se hacía de sus allegados y de sí mismo, es una situación peligrosa que puede hacerse insoportable (...)*».[49] En la historia del film es al revés, pero las consecuencias son las mismas.

Potestad, según el diccionario, significa «*dominio (poder, facultad, autoridad) que se tiene sobre algo*». En este caso la relación entre tres Patrias potestad (la de los padres de Lucía, la de él sobre Adrianita, la que recuperan los familiares sobre Lucía) generan la pérdida de *potestad* sobre la realidad, sobre la memoria y el olvido.[50]

Es una metáfora interesante entonces la del nombre de la película que lleva nuevamente a la sociedad a cuestionarse sobre cómo se construyen las narraciones, los discursos, las *memorias* de una época.

---

[46] Todo lo contrario sucede con la mujer, paradójicamente, marcando la diferencia con Madres y Abuelas. La reacción de ella es la del encierro, la negación, se la pasa escuchando clases de inglés en el walkman.
[47] Vezzeti, H. Op. Cit. pág. 16.
[48] Op. Cit. pág. 36.
[49] Todorov: Op. Cit., págs. 25-26.
[50] Según la definición del diccionario: «*Autoridad que los padres tienen con arreglo de las leyes sobre sus hijos no emancipados*». Ambos términos extraídos del Diccionario Enciclopédico Espasa, Tomo III, Madrid, Espasa - Calpe, 1985.

1998, un año bisagra.

Parecería tomado al azar pero un recorrido por lo sucedido en esos doce meses demostrará que no fue un año más. El menemismo venía intentando, por todos los medios, olvidar, eliminar, silenciar todo aquello que hiciera presente lo que no podía dejar de serlo. Cada uno de los meses de este año iría construyendo un grito de memoria, verdad y justicia. Cada uno de esos meses ayudará a generar fisuras en esa idea de *imposibilismo* que el neoliberalismo con su cantinela globalizada intenta imponer.

Astiz *se va de boca* y aquel que debería estar preso por homicida, pierde la impunidad por sus dichos. Comienza a cuestionarse la constitucionalidad de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida. Los escritores denuncian lo ocurrido en la Feria del Libro, las provocaciones sufridas. Hay un escrache en la plaza Ramón Falcón (a raíz de la desaparición de una placa que los vecinos habían colocado para conmemorar el Día del Trabajador). El golpe es, con sus particularidades, la expresión más macabra del mismo estado violento de comienzos del siglo XX. En junio aparecen archivos. El robo de bebés permite encontrar una herramienta legal para que vuelvan a la cárcel los asesinos. Videla va preso. La agrupación HIJOS comienza a tomar fuerza. Las escuelas comienzan a hacer objeto de debate y reflexión sistemática la experiencia de la dictadura. Se declara inconstitucional el decreto presidencial para demoler la ESMA y pasa a ser Patrimonio del Pueblo. Comienza a plantearse el desafío de cómo transformarla en Museo. En noviembre Massera es detenido.

Sin querer anclar en un optimismo ingenuo, creo que esta mirada *a vuelo de pájaro* sobre los principales acontecimientos de 1998 en relación a la última dictadura y al proceso democrático iniciado a partir de 1983, permite romper con esa sensación tan presente en los noventa y que en palabras de J. P. Feimannn es la de que vivimos en «*la era del imposibilismo*».[51] Volver a sentirnos sujetos de la historia, capaces y responsables de transformarla, no

[51] *Página/12*, 15/11/97.

es un desafío menor para hacer crecer la conciencia democrática.

30 años.

Creo que este nuevo aniversario del golpe tiene que convertirse en una verdadera oportunidad de reflexión de la sociedad sobre sí misma. Una pregunta fundamental: qué herramientas desarrollar y poner en juego para construir y fortalecer la democracia dentro de un contexto ideológico-económico adverso. Esto necesariamente llevará a revisar las prácticas autoritarias y egoístas de pasados lejanos y cercanos. Como también a crear verdaderos espacios para la confrontación y el diálogo en todos los ámbitos.

Y porque el desafío mayor es a nivel educativo –en el sentido más amplio de esta palabra (que excede a la educación formal en todos sus niveles)– elijo para cerrar este texto las palabras de Paulo Freire, quien encarnó en nuestro continente el sentido más profundo de esta necesidad.

«*Sólo la conciencia crítica de nuestra responsabilidad social y política en cuanto miembros de una sociedad civil, no para sustituir las tareas del Estado dejándolo dormir en paz, sino aprendiendo a movilizarnos y a organizarnos para fiscalizar mejor el cumplimiento o incumplimiento, por parte del Estado, de sus deberes constitucionales, podrá llevarnos a buen término(...)*».[52]

[52] Freire, P. *Cartas a quien pretenda enseñar.* México, Siglo XXI, 1997, pág. 19 y 20.

Mitos y rituales de los actos escolares a lo largo del siglo veinte en la educación argentina.

Verónica Liliana Demko

«*Las fechas históricas fueron escritas con tiza en la memoria del hombre porteño y al primer sacudón se borraron. Él conserva solamente los recuerdos de sus emociones…*»

Raúl Scalabrini Ortiz.

Al idear este trabajo me propuse como objetivo reflexionar sobre un aspecto que hace a nuestra cultura escolar y de formación cívica, el acto escolar, profundizando en sus orígenes, tradiciones y mitos subyacentes a lo largo del siglo XX. Para ello me basé en distintas fuentes: reflexiones, relatos, opiniones, entrevistas y artículos en los cuales el concepto de nacionalidad, política, conciencia cívica y mito atravesaban y rodeaban una historia de conveniencia cultural, donde el niño construía y construye su idea de Patria *al compás de la época que le toca vivir*.

Los actos escolares no siempre fueron considerados de la misma forma en su tratamiento.

A lo largo de los años, algunos aspectos formales, como la presencia de la bandera, la entonación del himno nacional, los discursos alusivos a la fecha y demás prácticas que daban cuenta de la evocación del hecho histórico, se mantuvieron. No obstante, los significados que se enseñaban y formaban a los educandos, respondían a sentidos muy diversos y más ligados a intereses de la conducción gobernante.

«En el caso argentino, se trata de la identidad construida a partir de la decisión de parte de los pueblos rioplatenses en el siglo pasado, de constituir una Nación independiente y generar la correspondiente lealtad política al Estado nacional, proceso que pudo sortear con éxito las frecuentes tentativas de forzada uniformidad cultural promovida por prejuicios raciales, confesionales o ideológicos».[1]

Pero, ¿Cuál fue entonces el origen de los actos escolares? ¿Qué sentido tiene en la actualidad su vigencia?

En 1884 se sancionó la Ley de Educación Pública. Hasta ese momento las currículas escolares estaban regidos por la Iglesia, quien determinaba qué era lo que debían aprender los niños. La ruptura que se produjo entonces, definió al aparato administrativo del Estado como el organizador de los programas escolares. Sin embargo, la subjetividad de carácter religioso se resignificó en la permanencia de formas rituales y de comportamiento que se adoptaron con los símbolos patrios en los años posteriores.

Antes de la organización del sistema educativo argentino, los actos patrios representaban un espacio público destinado a producir una puesta en escena, en la que su sentido explícito refería a un sentimiento de argentinidad como forma de identificación colectiva, en tanto que en su trasfondo implicaba la aceptación de una determinada visión de los momentos fundacionales y posteriores de la sociedad argentina, pensado para legitimar a través de modelos idealizados ciudadanos educados y buenos patriotas.

A fines del siglo XIX, desde el Consejo Nacional de Educación, se produjo la primera asociación entre esos objetivos estratégicos y la construcción de mecanismos de carácter instrumental, en donde el acto patrio se convertía en el espacio simbólico de la Patria, con ritos iniciativos, sobre la base de dogmas oficiales y de sacrificio, que intentaba profundizar la adhesión de los ciudadanos y de los educandos al dogma cívico de la Patria.

---

[1] José C. Chiaramonte. «*En qué consiste hoy el ser nacional de los argentinos*», Diario *Clarín*, 31/08/2003.

Era el momento justo para iniciar dicho diseño, teniendo en cuenta la inmigración masiva con la que después de intentos fallidos anteriores se había querido sustituir a *las masas bárbaras y salvajes autóctonas*.

En los años que rodearon el paso del siglo XIX al siglo XX, se ingresó a lo que el historiador Alejandro Cattaruzza denominó «*la era de las políticas de las masas*» en donde el Estado buscó la organización de identidades colectivas en claves de la pretendida Nación que se buscaba construir.[2] Pero esas identidades no estaban ya allí, debían imponerse a las que existían, que solían ser aldeanas, o quizás de alguna otra etnia. Éstas debían ser reemplazadas, y su punto de encuentro sería la existencia de un pasado en común.

La invención de tradiciones fue una acción para construir esa identidad, y la escuela su herramienta. En el sistema escolar, que funcionaba como un ámbito de estandarización cultural, el Estado se empeñaba en enseñar y celebrar el pasado de la Nación, en versiones que rozaban el mito y cuya última finalidad era dotar de legitimidad al incipiente orden estatal.

A comienzos del siglo XX, el mercado editorial fue concentrándose y especializándose en tres o cuatro empresas que compitieron por abastecer el inmenso mercado escolar. Una de ellas ofrecía láminas de gran tamaño y color, enfatizando los colores celestes y blancos, con imágenes de los próceres y de hechos históricos cuya finalidad era fijar aquella versión de la historia.

> «*(…) que la escuela aspire a formar los hábitos que necesitamos en estos momentos de distensión del sentimiento a fin de que gracias a ella, por sola presión de su contagio colectivo, el hijo de quien venga de los confines extremos del mundo sienta en él el alma de la Patria, como debe sentirse el descendiente de un prócer de mayo (…)*».[3]

---

[2] Alejandro Cattaruzza. «*La historia en tiempos difíciles*» en *Revista Todavía*. Buenos Aires, Fundación Osde, Año 1, Nº2, septiembre 2002.
[3] Ramos, J. P. *Historia de la Instrucción Primaria en la Argentina*. Buenos Aires, Consejo Nacional de Educación, Libro 1, Cap. 8, 1910, pág. 163.

El gran número de población inmigrante provocaba temor en la clase política. Se suponía que la diversidad de nacionalidades y acentos generaría una distorsionante identidad nacional.

Es por ello que los actos escolares aparecían como la mejor idea para homogeneizar la base cultural de los educandos. Sobre ejes definidos de acuerdo a posiciones políticas y del interés liberal de ese entonces se definieron las efemérides: el origen de nuestros antepasados (12 de octubre), el nacimiento de la Nación (25 de mayo y 9 de julio), el respeto por los próceres que participaron de las gestas (San Martín y Belgrano) y la defensa de los símbolos patrios como la Bandera y el Himno.

Sin embargo no todo era sumisión en la creciente población del sur del Río de La Plata. Había sectores contestatarios como los anarquistas, quienes hasta principio de siglo tenían sus propios colegios ya que estaban en contra de la enseñanza competitiva de la escuela pública. Ellos no celebraban los actos que tuvieran relación con la formación del Estado, ni sentían apego a los símbolos patrios. Pero fue tan fuerte el peso simbólico que tuvo en la sociedad el hecho de concurrir a la escuela estatal, que los mismos anarquistas cerraron sus instituciones, posiblemente por la dificultad de separarse de la legitimidad que otorgaba el compartir enseñanzas y rituales.

El Estado oligárquico ritualizó los actos patrios, estableciendo rigurosamente un ceremonial que regulaba las características, tratamiento y uso de los símbolos nacionales, especialmente la bandera. A lo largo de los años éstos se constituyeron en una tradición a la que las políticas gubernamentales de nuestra historia nacional supieron darle su impronta particular.

Dos medidas del Consejo Nacional de Educación, demostraron en 1908 y 1910, la convicción de los razonamientos antes expuestos. La primera tuvo que ver con un decreto llamando a concurso para seleccionar un catecismo de la doctrina cívica o sea ligado a «*la impartición de la ideología patriótica (...)*». Para ese entonces José María Ramos Mejía era presidente del Consejo Nacional

de Educación. Durante su gestión, se diseñó e implementó «*la liturgia escolar*» con su doctrina y rituales: la pedagogía y la didáctica serían puestas al servicio de esos ideales y el resultado final devendría en la internalización de los valores patrióticos.

Hacia 1910, el Consejo Nacional de Educación se propuso asociar en el imaginario colectivo el amor a la Patria con el amor de la madre. Con esta finalidad de gran madre colectiva, se incitaba a que en las familias sea la madre quién fomente el culto a los símbolos patrios.

Pero, si el concepto de Patria como núcleo de este civismo patriótico se erigía como fuertemente posicionado, ¿Cuál era entonces el lugar de los próceres dentro de este nacionalismo sin diferencias? Los próceres vendrían a ser parte de esos grandes ideales religioso-patrióticos ubicados a nivel de inmortalidad. Su pensamiento habría sido lo suficientemente justificado mientras estuvieron, y eventualmente existía siempre la posibilidad de adherir a los principios que sostuviesen con total nobleza dichos hombres.

Podría decirse que en 1916 comenzó el ciclo de la Nación real sustentada en la participación ciudadana popular, pero la concepción de idea de Patria como la influenciaron desde todas las formas pedagógicas posibles, continuó aun en los gobiernos que precedieron el comienzo del sistema educativo argentino.

> «*(…) los actos escolares eran para los del colegio, la familia no asistía. Me acuerdo que se hacían en el patio grande con la bandera. Estaban todos los grados, la maestra, la directora (…) siempre llevaban la bandera los que tenían mejores notas; después alguna maestra decía unas palabras muy serias; nosotros estábamos todos quietitos y en silencio (…)*».[4]

En las primeras décadas del siglo XX resultaba muy común

[4] Entrevista a A .T., nacida en Buenos Aires el 26 de febrero de 1915, citada en Martha Amuchastegui: «*Escolaridad y rituales*», en Sandra Carli (comp.) *De la familia a la escuela. Infancia y Socialización y Subjetividad.* Buenos Aires, Santillana, 1999, pág. 114.

que se realizaran grandes actos en las plazas, donde concurrían miles de estudiantes con sus maestros y directores:

> «*En la época de Yrigoyen, hubo celebraciones que congregaron hasta 80.000 chicos que desfilaban tomando el modelo militarizado. Algunos docentes protestaban por la utilización política de los actos y defendían la idea de que se realizaran en espacios abiertos, pero a nivel comunitario*».[5]

El escritor positivista Carlos Octavio Bunge, sostuvo en varios trabajos que en el patriotismo se cimentaba el sentimiento de disciplina social, y que el conocimiento y amor a la Patria eran los frenos para los impulsos antisociales de los ciudadanos. Desde esta posición y si repasamos lo antes expuesto, al carácter de unificación nacionalista, se le suma el comportamiento patriótico de obediencia y subordinación.

Instalado el mito (la Patria por sobre todas las cosas), el ritual lo perpetuó en una tradición donde el escenario simbólico de la efeméride destacada, llámese acto escolar, lo dramatizaba y concientizaba:

> «*(en los actos escolares) se cantaba el himno nacional, eso era lo primero; después se recitaban poesías sobre San Martín, y a veces se solía hacer como una pequeña obra donde trabajaban todos; unos representaban a San Martín y otros a Merceditas y se recitaba por ejemplo los consejos que le daba a su hija; hacían como una novelita (…) Había que ir con la escarapela, y el guardapolvo bien blanco y almidonado, ¡que brillara!*».[6]

A partir de la década del treinta, la lucha contra la heterogeneidad cultural e idiomática empezó a reemplazarse por un na-

---

[5] «*¿Qué idea de Patria reciben los chicos en los actos escolares?*» Entrevista de Carlos Ulanovsky a Marta Amuchástegui, Diario *Clarín*, 21/09/1997.

[6] Entrevista a M. G., nacida en Buenos Aires en 1922, cursó la escuela primaria entre 1928 y 1933, cit. en Marta Amuchástegui: «*Escolaridad y rituales*» en Sandra Carli (comp.) *De la familia a la escuela. Infancia y Socialización y Subjetividad.* Buenos Aires, Santillana, 1999, pág. 114.

cionalismo que enfrentaba el peligro encarnado en el comunismo.

Se reforzó el respeto por los símbolos nacionales, poniéndolos en oposición con la amenaza del resto del mundo. Se reglamentó la versión oficial y obligatoria del Himno Nacional para las escuelas, y se estableció el Día de la Escarapela y el de la Bandera.

En 1936, la Iglesia logró que se incluyera la instrucción religiosa en las escuelas de la provincia de Buenos Aires, en tanto que los textos escolares mostraban páginas y páginas de batallas militares, como la respuesta argentina frente a la amenaza de una influencia internacional de carácter izquierdista.

Esto nos da una idea de cómo la Iglesia intentó recuperar espacios educativos perdidos a partir de la ley 1.420, lo que a su vez se inscribía en un intento por volver a tener presencia en otros ámbitos públicos.

El espiritualismo y la reacción antipositivista se implementaron en la educación a nivel nacional a partir del gobierno militar de 1943, aunque esto no fuera nuevo en algunas provincias como Catamarca o Buenos Aires.

A partir del gobierno peronista, en su primera época, hubo una presencia absoluta de las imágenes de sus dos figuras fuertemente simbólicas: la del presidente Perón y su esposa Eva Duarte (Evita para sus seguidores).

En las escuelas, se impuso la celebración del Día del trabajo (1º de Mayo) y del Día de la Lealtad (17 de octubre). El Ministerio de Educación fijaba pautas sobre la forma de desarrollar los actos. «*(…) para ser dignos de nuestra tradicional señorío debemos vivir arrogantemente; somos una Nación libertadora e institutora. Por eso tenemos el derecho ineludible de desempeñar una función rectora en Latinoamérica. Quién niegue o retacee la función monitora de la Argentina, es un enemigo del país*».[7] Estas declaraciones nos dan cuenta del clima que reinaba en la esfera educativa en esos

[7] Pitelli, C. A.; Somoza Rodríguez, M. «*La enseñanza religiosa en las escuelas públicas durante el primer peronismo (1943-1955)*» en *Estudios de la Historia de la Educación, durante el primer peronismo 1943-1955*. Universidad de Luján, 1997, pág. 55.

años: se debía brindar a los niños una imagen ejemplificadora de lo que representaba el esfuerzo humano al servicio de la Nación, con el fin de que los alumnos se formasen en un sentimiento de gratitud y emulación.

La idea peronista convergía en la creencia de que en la *Nueva Argentina*, la Nación era Patria, y la Patria peronista. Su intervención en el aparato escolar formal implicó la modificación en los contenidos curriculares; en cómo se recordaba a los próceres, en una versión épica de sus conquistas como héroes solitarios e intachables sin vicios humanos, capaces de alcanzar el mito de la honra nacional. Para ello se utilizaron diferentes manuales (de hecho el manual *Estrada* fue retirado de circulación por alejarse de la visión histórica que el gobierno intentaba inculcar a la *Nueva Argentina*).

Al llegar la Revolución Libertadora, una parte de la Nación festejó y la otra quedó fuera, los actos patrióticos quedaron circunscriptos a la escuela, en donde la ausencia de consenso se reflejaba en la imposibilidad de modernizar los ritos patrios escolares, y se continuaban las tradiciones. En las disertaciones rituales se excluyeron a Perón y Evita, aunque permanecieron algunos símbolos católicos.

A partir de 1955, tanto el proyecto educativo como su ideología, entraron en una creciente crisis de sentido, aunque los docentes iban abandonando la ritualidad normalista. Sin ideales de unidad, ni proyectos hegemónicos, el discurso entró en un notorio desgaste.

En las décadas posteriores los actos escolares empezaron a caracterizarse por su falta de legitimidad. El descreimiento hacia las instituciones era coincidente con el malestar de un sentido patriótico discutible que, a diferencia de décadas anteriores, no conmovía a sus concurrentes. De ahí que no fue raro escuchar alguna risa antes de comenzar a entonar el himno, o el rumor de conversaciones ajenas a los discursos que durante el acto escolar se escucharan al hablar de la independencia Nacional. «*La construcción de*

identidades políticas y culturales tendió a desplazarse hacia afuera, a espacios inciertos, hacia la educación llamada por entonces 'no formal', en particular la televisión y hacia la militancia social, gremial y partidaria».[8]

En los últimos años del siglo, la idea metafísica oficial de la Patria fue desapareciendo de la escuela. Durante la primera etapa democrática post dictadura, comenzaron a producirse innovaciones impulsadas por los propios docentes en su tarea cotidiana, estimulados por el creciente interés de los alumnos en la historia argentina, y en el descreimiento de la visión que presentaban los manuales sobre la historia.

La reflexión crítica, los planteos menos solemnes, la devaluación de ideas tanto económicas como culturales, de una sociedad que se acercaba al fin de siglo, pero que padecía las viejas heridas de un pasado que no cicatrizaba, se tradujeron en una revisión de los contenidos y estrategias metodológicas, que impulsó una nueva forma de ver al hecho histórico y sus actores.

Según Javier Trímboli, profesor de historia y coordinador de las Cátedras Abiertas de CePA, «*Un buen acto es aquel que logra que ese acontecimiento del pasado aparezca cercano. Sin que pase a ser algo absolutamente cotidiano, porque el riesgo es una excesiva simplificación. El acto puede ayudar a poner de relieve ciertos personajes históricos que son sobresalientes. Hay un uso virtuoso de los mitos, pueden ayudar a la construcción de una sociedad democrática*».[9]

Cuando me refiero al ritual en el acto escolar, me encuentro que su eficacia en los distintos momentos históricos radicó en la convergencia de los valores y prácticas tradicionales que se suponía todos aceptaban, y en el ideal de escuela que se tenía. Aunque todavía se sustente el diseño original de su práctica en las escuelas,

---

[8] «*¿Qué idea de Patria reciben los chicos en los actos escolares?*», entrevista de Carlos Ulanovsky a Marta Amuchástegui, Diario *Clarín*, 21/09/1997.
[9] Brunstein, Carolina. «*Los actos escolares del siglo XXI*», diario *Clarín*, 31/08/2003.

su permanencia, a través de las décadas, denotaría la idea de pertenencia e integración. «*Es formar parte de…*», pertenecer a una Nación, transmitir la norma social.

Martha Amuchástegui, al referirse al tema de la tradición y ritual en los actos escolares, se preguntaba si acaso no habría «*otra forma de representar la inclusión, poniendo en juego otras formas de mostrar el lazo social*».[10]

Abrir los mitos implicaría desarmar la idea de que el tiempo pasado fue mejor y que ya nada se puede hacer, es humanizar al prócer acartonado de los manuales de historia, es darle apertura a otros enfoques de considerar al hecho histórico.

Como plantea Perla Zelmanovich, el guión implícito involucrado, el del quehacer cotidiano, el de la ideología que sustenta la institución, impondrán su sello, que marcará la permeabilidad o no para aceptar la revisión de los textos en juego.[11]

Al momento de evocar una efeméride a través de un acto escolar, la escuela también se siente interpelada en la idea que transmite, y en cómo enfoca y recuerda el hecho histórico.

En una entrevista del diario *Clarín*, Roxana Perazza, entonces Secretaria de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, opinaba que «*los actos son parte de un proyecto mucho más amplio, que tiene que ver con la responsabilidad de los chicos y docentes como ciudadanos. Siempre aparecen de algún modo la construcción de la ciudadanía y la valoración de las tradiciones culturales*».[12]

Y en ese proceso de construcción, a diferencia de lo que se sostenía en otros momentos históricos, el niño junto con su docente tiene un rol más activo, la participación aparece como algo positivo a diferencia de la obediencia indiscutible de antaño, ya no se trata

---

[10] «*¿Para que sirven los actos que hacen en las escuelas?*», entrevista a Martha Amuchástegui, *Diario Río Negro online*, 05/10/2003.
[11] Zelmanovich, Perla. *Efemérides entre el mito y la historia*. Buenos Aires, Paidós, 1997.
[12] Brunstein, C. «*Los actos escolares del siglo XXI*», diario *Clarín*, 31/08/2003.

de *argentinizar*, de *homogeneizar*, de *adoctrinar* es, a través de su relato, que el maestro le ofrece al niño un puente con su cultura. «*El mito, con su estructura de historia cerrada, que vino a rellenar el lugar abierto para la pregunta imposible de responder, dará lugar, de este modo, a la construcción de una historia abierta a nuevas significaciones*».[13]

En los mitos que albergan las efemérides, también el alumno puede encontrar el lugar de pertenencia a la comunidad. Pero aún así, hay que tener en cuenta que el siglo veinte con todos sus cambios sociohistóricos de avances y replanteos, no pudo terminar de resolver la forma en que la escuela planteaba el origen del conflicto en determinados hechos históricos. Para aprender a través de ellos, no solo cómo se originó sino también cómo se superó; los acuerdos que mediaron como una alternativa posible, las actitudes y valores que se sostienen en él. Para no quedar detenido en el mito que lo generó, sino abrir a distintas líneas significativas, indagar en el conflicto, producir cambios, debatir, preguntarse.

La intención de la escuela, que comenzó a gestarse en los últimos años del siglo XX, fue la de lograr que el alumno pudiera abordar las efemérides, de una forma tal que encontrara relaciones significativas con su realidad actual, se pudiera apropiar de los símbolos patrios, mas allá de la influencia de mercadeo o de un campeonato mundial de fútbol, en donde el uso de la bandera distingue y representa el nacionalismo que la misma competencia estimula.

Como señala Roxana Perazza, «*Los actos son parte del proceso de aprendizaje. Para algunos chicos puede ser el comienzo de algo, para otros un cierre. Siempre tienen un significado pedagógico*».[14]

Conclusión.

¿Las fechas históricas fueron escritas con tiza?

En los tiempos en que la idea de Nación contemplaba ser

[13] Zelmanovich, Perla. Op. Cit.
[14] Ibidem.

todos iguales, «*(…) uniformar los distintos métodos y sistemas de la enseñanza primaria en vigor en la República y de dar a ésta la caracterización eminentemente nacional que el subscripto le ha dado ya con los mejores resultados en las escuelas de su dependencia, propendiendo a la formación de la raza y nacionalidades argentinas (…)*».[15]

Cuando vemos en perspectiva lo que nuestros antepasados quisieron forjar, el camino más fácil es el de las críticas a las ideologías de antaño. Y ahí está el error, porque con total despreocupación de las consecuencias quedamos atrapados en el mito. «*Hay que crear nuevas palabras y nuevos vínculos para nombrar todo lo que nos está pasando, y para poder habilitar nuevas experiencias*». (Carusso, Dussel).

A lo largo de esta reflexión, intenté hacer un recorrido por las distintas miradas de Nación que atravesaron nuestra historia educativa, los mitos y tradiciones que representaron el sentido de unidad pretendida desde finales del siglo XIX, y cuya puesta en acto más representativa se concentró en el acto escolar.

Al fijar una fecha de celebración, quedó adherido en ella el valor de la acción pasada, en tanto que los rituales que la acompañaban fueron necesarios para generar el sentimiento de comunidad. El tema fue que dicha fecha se concentró solo en el referente histórico y no en el movimiento político que la generó. Esto redujo la tradición de transmisión escolar a pensar la historia en términos de triunfos y derrotas, de actos heroicos de hombres patrióticos, quedando en un segundo plano otras dimensiones sociales que fueron el entramado contextual de esos sucesos, cuyo conocimiento aportaría una mirada más amplia que el recorte del suceso en sí.

En los últimos años el criterio pedagógico ha revalorizado las numerosas relaciones que se desprenden no sólo entre sus actores y escenarios sociales, sino entre esos sucesos lejanos y la reali-

[15] José María Ramos Mejía, citado en Ramos, J. P. *Historia de la Instrucción Primaria en la Argentina*. Buenos Aires, Consejo Nacional de Educación, Libro 1, Cap. 8, 1910.

dad del alumno que la *descubre*.

Hoy en día, el acto escolar intenta ser el resultado, el producto cultural que se desprende del trabajo previo escolar por el que los docentes y alumnos transitan la efeméride que los convoca.

Aunque la tradición preserve el estatuto solemne de su práctica, no deja de ser ese espacio de la memoria colectiva escolar, en la que el alumno pueda no sólo «*conservar solamente los recuerdos de sus emociones*», sino apostar a un futuro que no descrea que el pasado puede enseñarnos a mejorar nuestro presente.

Bibliografía.

Amuchástegui, Martha. «*Escolaridad y rituales*» en Carli, Sandra (comp.) *De la familia a la escuela. Infancia socialización y subjetividad*. Buenos Aires, Editorial Santillana, 1999.

Amuchástegui, Martha. «*¿Qué idea de Patria reciben los chicos en los actos escolares?*», entrevista de Daniel Ulanovsky Sack en diario *Clarín*, 21/09/1997.

Amuchástegui, Martha. «*Para qué sirven los actos escolares que hacen las escuelas*», entrevista en el diario *Río Negro online*, 05/10/2003.

Brunstein, Carolina. «*Los actos escolares del siglo XXI*», diario *Clarín*, 31/08/2003.

Cataruzza, Alejandro. «*La historia en tiempos difíciles*» en *Revista Todavía*. Buenos Aires, Fundación Osde, año 1, nº2, septiembre 2002.

Chiaramonte, José Carlos. «*En que consiste hoy el ser nacional de los argentinos*», diario *Clarín*, 31/08/2003.

Puiggrós, Adriana. «*Espiritualismo, Normalismo y Educación*» en *Historia de la Educación Argentina (1955-1983)* tomo 8, Buenos Aires.

Somoza Rodríguez, M. «*Una mirada vigilante. Educación del ciudadano, Hegemonía en Argentina*», en *Estudios de la Historia de la Educación durante el primer peronismo, 1943-1955*, Universidad de Lujan, 1997.

Schulmaister, Carlos. *La construcción oficial de la idea de Patria y patriotismo en la escuela argentina*, www.monografias.com

Zelmanovich, Perla. *Efemérides entre el mito y la historia*. Buenos Aires, Paidós, 1997.

La casa de la calle Corro.

Alicia Laura Cabrera

«El que no sabe llevar su contabilidad por espacio de 3000 años se queda como un ignorante en la oscuridad y sólo vive al día».

Goethe.

29 de septiembre de 1976. Siete de la mañana. Una casa en la calle Corro número 105, en el barrio de Villa Luro. El altavoz exige la rendición de quienes están adentro de la casa. Es un operativo dantesco, un despliegue de violencia, poder y locura. Cientos de soldados, tanquetas, un helicóptero sobrevuela continuamente sobre las siempre tranquilas calles de mi barrio. Ese día la violencia se hizo carne en Villa Luro. Los vecinos no comprenden lo que pasa; aún hoy son muchos los que siguen sin comprender.

En el recuerdo colectivo del barrio ha quedado *«una mezcla de querer saber y miedo a preguntar»*, me dijo Juan Carlos, un vecino. Como símbolo de una época nefasta, la casa de Corro aún sigue en pie. El edificio en sí continúa igual, la fachada ha ido cambiando. Durante muchos años podían verse los agujeros de las balas. Quizás fuera una forma de recordarnos quiénes eran los dueños del poder, de la vida y de la muerte, armas mediante. La casa de la calle Corro es símbolo de una época llena de violencia, odio, angustia, silencio, ausencias, susurros y miedo.

Quiero evocar esos años, son recuerdos borrosos. Sentimientos encontrados: una infancia feliz y una sensación de peligro. Trato

de recordar mi niñez: sábados por la mañana en la plaza Derechos del Hombre, mi abuelo sentado en su sillón en la calle Virgilio, carnavales multicolores sobre la calle Aranguren; calle que servía las veces de feria municipal en donde se podían encontrar puestos de verduras multicolores, con las frutas más variadas, pescado fresco, panadería con grandes exquisiteces y hasta ropa. Todos eran acontecimientos que propiciaban el encuentro entre vecinos, unían, congregaban.

A pocos metros de allí se llevaría a cabo el operativo que terminaría con una de las casas clandestinas de la organización Montoneros más buscada por las fuerzas militares: la oficina nacional de prensa, dirigida por la hija mayor del escritor y periodista Rodolfo Walsh, Victoria.

Pero, ¿Qué será recordar? ¿Es necesario recordar? ¿Cuánto habrá de verdad en lo que recordamos?

Pilar Calveiro se refiere al recuerdo: «*(...) la memoria se encarga de deshacer y rehacer sin tregua aquello que evoca. Y, sin embargo, no deja de inquietarse con razón, por la fidelidad de su recuerdo*».[1] La memoria es selectiva, recordamos lo que queremos, lo que podemos. En general, vamos estructurando la personalidad con jirones de nuestras mejores vivencias, nos vamos haciendo con lo mejor de lo vivido. ¿Qué hacer con esas vivencias y recuerdos que nos causan dolor, angustia, tristeza? Borges dirá al respecto que «*lo mejor de la memoria es el olvido*». Para la teoría psicoanalítica de Freud, todas las experiencias perturbadoras son «*guardadas*» en nuestro inconsciente, a pesar de estar presentes en la vida diaria; quizá mucho más presente que aquello que podemos recordar. Tal vez como sociedad quisimos negar aquello que no podíamos soportar. Una ignorancia suicida. Mario Benedetti dirá «*el olvido está lleno de memoria*». El gran esfuerzo es atreverse a recordar.

Ante una amenaza constante y continua, cuando nuestro

[1] Calveiro, Pilar. *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*. Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 2005, pág. 11.

pueblo, nuestro barrio, nuestra calle se vuelve algo inhóspito, inseguro, peligroso; cuando no sabemos quién es el verdadero enemigo y todos somos sospechosos, ¿Qué nos queda más que enloquecer o negarlo?

Pero cuando despertamos del sueño ya era demasiado tarde, ya eran 30 mil desaparecidos.

Mordechai Benyakar le pondrá nombre a este proceso de negación: Síndrome de Ansiedad por Disrupción. Las personas saben qué los amenaza, pero no saben cómo defenderse. El medio presenta un grado tal de aleatoriedad que obstruye el potencial humano para adaptarse a la nueva situación, es allí donde surge lo disruptivo. La amenaza o situación amenazante «*es todo aquello que actúa en el psiquismo de un sujeto como señal de un peligro que atenta contra la integridad de su cuerpo, su psiquismo o su existencia misma*».[2] Durante los años '70, aún antes del golpe de Estado perpetrado en marzo del '76, se vivía en un medio de violencia y amenaza crecientes. Pero, a partir de ese año, el nivel de violencia y agresión aumentaría a niveles nunca antes vividos. A partir de marzo del '76, todos éramos sospechosos y ya nadie se sentía a salvo.

Sigmund Freud, en su libro *Por qué las guerras*, definirá a la agresión como una pulsión o tendencia que lleva al hombre a destruir y a matar, y que se actualiza en conductas dirigidas a dañar, a destruir, a humillar a otro. Pero existe una diferencia entre conductas agresivas y conductas violentas, que es importante comprender para interpretar nuestro pasado. En las conductas agresivas el hacedor del daño se presenta abiertamente como tal. En las conductas violentas, la fuente productora de violencia (social o personal) no se puede identificar, no se muestra abiertamente. Así la confusión social es mayor, ¿Quiénes son las víctimas y quiénes los victimarios? La violencia permanente y solapada, escondida en una aparente racionalidad, le confieren una fachada de normalidad,

[2] Benyakar, Mordechai. *Lo Disruptivo. Amenazas individuales y colectivas: el psiquismo ante guerras, terrorismos y catástrofes sociales*. Buenos Aires, Editorial Biblos, 2003, pág. 43.

que sólo puede ser presentida, vagamente percibida, afirmará R. Girarden en *La violencia y lo sagrado*.[3] ¿Será esta la clave para descifrar la conducta social de esos años? O quizás queríamos ver el afuera, la *fachada*, por miedo a ver el adentro; miedo a ver una parte de nosotros mismos, una parte de nuestro interior. Odio y miseria son partes también de la condición humana. O como dice Freud, en el hombre coexisten dos pulsiones: vida y muerte, *eros* y *thanatos*.

¿Tendrá acaso razón T. Hobbes, cuando sostiene que la condición natural del hombre es la guerra, la violencia de unos contra otros, la competencia y la desconfianza?[4] ¿Será el hombre lobo del hombre? ¿Será la política del terror la única capaz de conducir y dominar a la sociedad humana? De lo que no se puede dudar es de que el Leviatán, el monstruo del que habla el filósofo inglés, habitaba en nuestro país, y con distintas máscaras, camuflado con diferentes uniformes. Para los vecinos de Villa Luro, ¿Dónde estaba el verdadero enemigo? ¿Adentro o afuera de la casa de Corro? ¿Quién era el Leviatán?

Ahora, quizá sea el momento de separar las aguas, de reflexionar. Estos deben ser tiempos de autocrítica para que verdaderamente no ocurra *Nunca Más*. «*Se trata de entender qué pasó, es decir, qué nos pasó, a todos nosotros, desde el lugar que cada uno ocupó y ocupa*», dice Pilar Calveiro. Y también propone una reflexión sobre aquellos tiempos violentos, que se convierta en un «*escrache político*», un «*poner en evidencia, impedir el disimulo de quienes se hacen los desentendidos en relación con las responsabilidades que les cupieron. Hay que escracharnos, políticamente hablando, no como un 'castigo' sino como una forma de ser veraces, para, de verdad, pasar otra cosa*».[5]

En la calle Corro y en esa casa fueron muchos los protagonistas; algunos no pueden contar su versión, otros cuentan *su ver-*

[3] Girarden, R. *La violencia y lo sagrado*. Barcelona, Anagrama, 1995.
[4] Conceptos de Hobbes en su obra *El Leviatán*.
[5] Calveiro, Pilar. Op. Cit. pág. 19.

dad, hay otros que entienden que ya es tiempo de encontrar la verdad y otros prefieren seguir mirando para otro lado.

Los protagonistas son: los que llegaron para defender la Patria; los que estaban adentro, soñando con una Patria mejor y los otros, que solo querían una Patria en paz.

«Los que llegaron para defender a la Patria».

«Quítale la máscara y el antifaz.
¿Qué habrá detrás de su antifaz?
No te dejes engañar
No dejes que te apañe
Quítale la máscara y el antifaz».
Maná, *«Antifaz».*

«No basta con ampliar el teatro de operaciones de la guerra antisubversiva a todo el territorio de la Nación ni el haber colocado a las fuerzas de seguridad bajo el control operacional de las Fuerzas Armadas (...)». Esto lo afirmaba el Comandante en Jefe del Ejército, Jorge Rafael Videla, refiriéndose al gobierno caótico de la Señora María Estela Martínez de Perón, el 24 de diciembre de 1975.

Sin embargo, el proyecto de las Fuerzas Armadas era mucho más ambicioso: *«El gobierno debe purificarse de la inmoralidad y la corrupción, la especulación política, económica e ideológica o será desplazado»*. De esta manera fue anunciado el golpe de Estado más sangriento y violento de la historia Argentina. La Junta militar se autodenominó «*Proceso de Reorganización Nacional*» y estaba conformada por el Teniente General Jorge Rafael Videla, representando al Ejército; el Almirante Emilio Massera, por la Armada; y el Brigadier Orlando Agosti, por la Aeronáutica. El 24 de marzo de 1976 se inauguraba un proyecto político, económico y socio-cultural planeado, esperado y apoyado por muchos, incluso por la organización armada Montoneros, para quienes el golpe sig-

nificaba un paso más en el proceso que terminaría con su victoria final. Así lo confirmaría su líder máximo, Mario Firmenich, el 9 de julio de 1977: «*A fines de octubre de 1975, cuando todavía estaba el gobierno de Isabel Perón, ya sabíamos que se daría el golpe dentro del año. No hicimos nada por impedirlo porque, en suma, también el golpe formaba parte de la lucha interna en el movimiento peronista. Hicimos en cambio nuestros cálculos, cálculos de guerra, y nos preparamos a soportar, en el primer año, un número de pérdidas humanas no inferior a mil quinientas bajas*»[6].

Cálculos de guerra optimistas, ya que en el primer año posterior al golpe, el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), otra organización armada, ya había desaparecido, y Montoneros había sufrido por lo menos dos mil bajas. En realidad, el golpe era funcional para muchos. Lo era también para una clase social de *elegidos* que, asustada por los distintos *brotes populachos*, ansiaba una economía capitalista-liberal que garantizara la prosperidad de sus familias y descendientes. Para ello fue convocado José Alfredo Martínez de Hoz, quien puso como condición diez años de gracia para llevar a cabo su plan.

De esta forma se eliminaba toda amenaza *guevarista* que sustentara ideas tales como: distribución equitativa de las riquezas, igualdad de oportunidades, autodeterminación de los pueblos, etc. Proyecto que sólo se llevaría a cabo con una revolución socialista. Cabe recordar que aún estaba sobrevolando el fantasma de la revolución vietnamita y cubana.

Lo cierto es que el golpe del '76 fue el final de un proceso y comienzo de otro. Por esos años, Argentina vivía un caos institucional y la violencia había hecho nido en nuestro pueblo. Las causas fueron muchas. En primer lugar, Perón había vuelto al poder en medio de una pelea descontrolada entre la derecha y la izquierda peronista. Como muestra de ella podemos recordar los hechos de Ezeiza. Una vez en el poder la Juventud Peronista le cantaba «*¿Qué pasa, qué pasa, qué pasa General? Que está lleno de gorilas*

[6] Mario Eduardo Firmenich, *L'Epresso*, 9 de julio de 1977.

el gobierno popular».

Pelea que terminó de profundizarse cuando en el acto del 1º de mayo de 1974 Perón llamó «*estúpidos*» e «*imberbes*» a los Montoneros (quienes más habían propiciado la llamada «*Operación Retorno*»), que deciden abandonar la Plaza de Mayo. Hecho por demás elocuente para definir de qué lado estaba ahora su más preciado líder. Estos sucesos consolidaban aún más la presencia nefasta del secretario de Perón, José López Rega, *el Brujo*, ideólogo de la organización parapolicial Alianza Anticomunista Argentina, Triple A, creada en 1973. Como consecuencia de estos hechos, las distintas agrupaciones armadas, se militarizaban cada vez más, constituyéndose en una estructura verticalista a ultranza y alejándose de lo que el pueblo realmente quería.

La muerte de Perón y la asunción de *Isabelita* terminó de desencadenar la catástrofe política, social y económica. Las Fuerzas Armadas ya estaban preparadas para *ordenar* al país y a sus ciudadanos. Sólo había que esperar el momento justo, siguiendo el plan de Videla y Viola. Había que lograr que el golpe de Estado fuera *inevitable, una fatalidad*; esto era parte de sus *operaciones psicológicas*.

Luchar contra la subversión y contra todo enemigo que atente contra la Patria, la familia y el Estado, parecía ser el mandato enviado del cielo. Y, como el fin justifica los medios, comenzó una verdadera caza de brujas, en la que participaban distintos grupos de tareas.

En realidad, la ideología y metodología militar ya habían sido demostradas en el pasado. Podemos recordar el 16 de junio de 1955. Ese día, comandos militares bombardearon Plaza de Mayo sobre blancos civiles. Cincuenta años más tarde, Máximo Rivero Kelly, piloto que participara del bombardeo, consideró el ataque como un «*hecho necesario (…) Nunca fue una acción militar. Creo que fue una acción psicológica fuerte sobre el centro de poder*».[7] Acción

[7] Revista *Viva*, 12/06/2005.

psicológica altamente efectiva, ya que dejó como saldo más de trescientos muertos y cientos de heridos. Curiosamente, Videla también se refirió en más de una oportunidad a *acciones u operaciones psicológicas* para denominar a sus procedimientos.

Otra demostración de violencia y abuso de poder fueron los fusilamientos de José León Suárez, en donde fueron fusiladas doce personas.[8] Esto sucedería en el marco de la frustrada revolución dirigida por el General Valle, la noche del 9 de Junio de 1956, en un intento de restituir en el poder al derrocado general Perón. Rodolfo Walsh se refiere a ese hecho en su libro *Operación Masacre*, en donde denuncia estos crímenes fruto del abuso de violencia y poder. Estas denuncias públicas y esta lucha continuarán hasta su muerte, un día después de haber dado a conocer su «*Carta Abierta a la Junta Militar*». Su cuerpo, aún hoy continúa sin aparecer. Por lo tanto, lo novedoso del golpe del '76 no fue el uso de violencia sino la creación de campos clandestinos de detención. Estos formaban parte de su «*poder desaparecedor*». En realidad, todo lo inmanejable, todo lo que no podían controlar debía desaparecer. Como lo expresa Pilar Calveiro: «*Todo tendía a sugerir que el poder podría desaparecer por decreto aquello que no podía controlar*». Desapareció el cadáver de Evita y tantos otros, desapareció la palabra *Perón* y *peronista*, desapareció la palabra *revolucionario*. Curiosamente, en el comunicado oficial del enfrentamiento ocurrido en la casa de la calle Corro, se refieren a los montoneros llamándolos «*organización declarada ilegal*», evitando así llamarlos por su nombre. ¿Sería ésta una «*acción psicológica*» más? Si no los nombro, no existen.

Lo cierto es que el general Videla, aún antes de asumir como presidente de facto, había anunciado en Montevideo que se haría «*todo lo necesario*» para devolver la paz y el orden al pueblo argentino: «*Si es preciso, en la Argentina deberán morir todas las personas necesarias para lograr la seguridad del país*». Ya estaba

[8] Para más información ver Walsh, Rodolfo. *Operación masacre*. Buenos Aires, De la Flor.

en marcha el Plan Cóndor entre Uruguay, Chile y Argentina, plan conjunto para aniquilar a la subversión de estos países.

En este discurso, Videla se refiere a quienes atentaban contra la seguridad, llamándolos «*personas*»; más adelante, serán «*paquetes*». Paquetes que se trasladaban, se golpeaban, se quemaban, se tiraban al río. Deshumanizar al otro, cosificarlo, sacarle todo vestigio de humanidad. De lo contrario ¿Cómo se podría torturar, violar, fusilar? «*Los limpiamos a todos, no había otro remedio*», diría Alfredo Astiz.

Es importante destacar cómo presentaban los acontecimientos las Fuerzas Armadas: como algo inevitable, no había otro remedio, era algo necesario, no quedaba otra. Y así, en la total y absoluta *legalidad*, cometieron un sin fin de ilegalidades. Por supuesto, los militares tenían en claro que no podían llevar adelante sus planes «*a plena luz del día*». Para eso necesitaban los centros clandestinos de detención y tortura. En los años '90, Videla afirmaría que no se podía fusilar, que no se podía decir donde estaban los cuerpos, que no se podían dar nombres ni listas. En pocas palabras, que no se podían hacer cargo de los actos que estaban llevando a cabo. Paradójicamente, quienes asumían el poder, la responsabilidad de «*purificar, ordenar y devolver*» a la Patria sus auténticos ideales, no eran capaces de asumir sus propios actos. En realidad, vivían una dualidad, una doble vida. Por un lado, la que mostraban, la que estaba a la luz, la que compartían con sus esposas, hijos y nietos, la que mostraban en las iglesias cuando iban a comulgar. Y por el otro, un *submundo*, un mundo subterráneo, el mundo de los centros clandestinos de detención, el mundo de los verdugos, de las víctimas encapuchadas, del olor a carne quemada efecto de la picana, el mundo de la tortura hasta la delación. Ese submundo también era parte de sus vidas, lo más oscuro de ellos mismos, el instinto de muerte, *thanatos*, la oscuridad del alma. Era un retorno al oscurantismo medieval, pero mucho más perverso, ya que en la Edad Media, el «*hereje*» era juzgado, sentenciado y llevado a la hoguera frente a todos, a la vista de todos. En los años '70, en los

años de la dictadura, no había juicio, ni defensa, ni sentencia, solo «*herejes condenados*», enterrados en tumbas NN o arrojados al mar o quemados para no poder ser reconocidos; eran secuestrados por personas que no se identificaban, junto a sus padres, hijos y amigos, en la oscuridad de la noche y con la complicidad de muchos.

En realidad, no sólo había que deshumanizar a la víctima sino también al verdugo, al victimario. ¿Cómo comprender si no, que pudieran torturar hasta la muerte a un niño de catorce años frente a los gritos desgarradores de su madre? ¿Cómo entender que pudieran picanear a un hombre con su bebé de tres meses sobre el regazo? ¿Cómo comprender lo incomprensible? ¿Cómo poner razón en tanta sinrazón?

Eran máquinas de matar, para eso fueron entrenados. Alfredo Astiz mismo lo dijo en un reportaje que le hiciera la revista *Tres Puntos*: «*Yo digo que a mí la Armada me enseñó a destruir. No me enseñaron a construir, me enseñaron a destruir. Sé poner minas y bombas, sé infiltrarme, sé desarmar una organización, sé matar. Todo eso lo sé hacer bien*».[9] Ellos mismos durante su preparación militar han sido maltratados, humillados, torturados.

Desde antaño se tiene noticia del maltrato físico y psíquico que reciben quienes eligen la carrera militar. Es primordial grabar «*en el propio cuerpo*» el principio de subordinación absoluta y obediencia debida. «*Podrán decir que fui un militar sanguinario, pero nunca que fui un militar desobediente*», decía el personaje del Coronel Zabala (que en la ficción representa al Coronel Benigno Varela), después de la masacre de peones rurales en *La Patagonia Rebelde* de Osvaldo Bayer. La obediencia es fundamental en cualquier grupo militarizado. No hay lugar para la duda, para el cuestionamiento, para la opinión. Verdaderamente, «*se aprende 'marcando' en el propio cuerpo lo que se diseminará en otros, como un sello que quede grabado primero para poder dejar su impronta*», dirá Pilar Calveiro.[10]

[9] Revista *Tres Puntos*, Año 1 Nº18. Buenos Aires, 14/01/98.
[10] Calveiro, Pilar Op. Cit. pág. 75.

Parecería que, quien es victimario, primero fue víctima. Es necesario grabar en la propia piel la orden, la idea correcta, el castigo correspondiente; como la máquina que describe Kafka en su cuento «*En la Colonia Penitenciaria*».

En síntesis, las Fuerzas Armadas creyeron tener una misión y la llevaron a cabo, aprovechando todas las ventajas y oportunidades del caso. Así lo demuestra el comunicado oficial que dieron a conocer el 2 de octubre de 1976 sobre el enfrentamiento ocurrido en la calle Corro Nº105: «*El Pueblo Argentino ha recibido un desafío, solapado, desleal, que vulnera todos sus principios, pero ha tomado partido y demostrado día a día esa toma de posición en todos los ámbitos del quehacer nacional. Todos tenemos un puesto en esta lucha*».

«*Los que estaban adentro, soñando con una Patria mejor*».

«*Ay, ay utopía*
cabalgadura
que nos vuelve gigantes
en miniatura(...)»
Joan Manuel Serrat, «*Utopía*».

«*Ustedes no nos matan, nosotros elegimos morir*». María Victoria Walsh tenía clara conciencia de lo que significaba caer en manos de los militares. Sabía qué hacer ante una situación límite y lo hizo. Tanto ella como Alberto Molina, Ismael Salame, Eduardo Coronel, José Beltrán, Maricel Mainer, Luci Matilde Gómez y Juan Cristóbal Mainer estaban el 28 de septiembre de 1976 en la casa de Villa Luro. También se encontraba su hijita de un año, aproximadamente. «*La defensa de la casa de la calle Corro 105 fue la apoteosis del heroísmo y la violencia*», escribiría el periodista Hernán Brienza.[11]

[11] Brienza, Hernán. *El caso Von Wernich. Maldito tú eres. Iglesia y represión ilegal*. Buenos Aires, Marea Editorial, 2003, pág. 178.

Esa casa era propiedad de la familia Mainer y allí funcionaba la Oficina de Prensa Nacional de la organización Montoneros. Vicki Walsh era oficial segundo, militaba con el nombre de Hilda y dirigía el área de prensa sindical de la organización.

¿Cómo y por qué llegaron hasta allí grupos militares? Son distintas las respuestas. Hernán Brienza, en su libro *Maldito tú eres*, relaciona dicho combate con acontecimientos ocurridos en La Plata, más específicamente en la Brigada de Investigaciones dirigida por Ramón Camps y Miguel Etchecolatz y con el «*asesoramiento espiritual*» del tantas veces procesado y detenido Capellán de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, Christian Von Wernich. En esta Brigada, que también funcionaba como centro clandestino de detención, se estaba llevando a cabo una *experiencia piloto* con un grupo de jóvenes que no contaban con más de veinticinco años y que habían sido secuestrados y torturados, según los métodos conocidos. Este *experimento* se trataba, supuestamente, de un *proceso de recuperación* de jóvenes que se habían *desviado del camino correcto* y el Padre Von Wernich, con sus «*charlas gloriosas*» lograba encauzarlos. Amén de utilizar el sacramento de la Confesión para recabar información. Estos jóvenes eran siete: Liliana Galarza, María del Carmen Morettini, Susana Salomone, Domingo Moncalvillo, Cecilia Idiart y los hermanos Mainer –María Magdalena y Pablo–, hijos de los propietarios de la casa de Corro, quienes también militaban en Montoneros. Como otros que, ante situaciones extremas de torturas físicas o psíquicas se *quebraron*, el *experimento* dio como resultado la caída, en *efecto dominó*, de muchísimos militantes y casas clandestinas de la organización; entre ellas, la casa de la calle Corro.

También existe otra hipótesis, la del periodista norteamericano Martín Andersen, quien sostiene que, supuestamente, podría ser Vicki una de las militantes que muere para cubrir la huida de Firmenich y Galimberti, ambos jefes montoneros.[12]

[12] *Dossier Secreto. El mito de la guerra sucia*, Editorial Planeta, donde Martín Andersen dice que: «*Un informe da cuenta de que las muertes de los cinco*

Lo cierto es que el 29 de septiembre de 1976, a las siete de la mañana, Villa Luro ya no parecía nuestro barrio, era un campo de batalla. El día anterior Victoria Walsh había cumplido veintiséis años. Ya estaba cansada, eran muchos los compañeros caídos y, según la consigna guerrillera «*a los compañeros muertos no se los llora, se los reemplaza*»; había tenido que cambiar muchas veces de casa en los últimos tiempos. Su esposo y compañero militante, Emiliano Costa, había sido detenido a principios del '75, estaba en Sierra Chica, y no había llegado a conocer a la hija de ambos. Pero, a pesar del cansancio, de las batallas perdidas, de los compañeros muertos, de que su sonrisa ya no era la misma, Vicki Walsh tenía sentido del deber y había hecho una opción en su vida. No sólo ella, también quienes estaban dentro de la casa, que eran los miembros de la Secretaría Política de la «*orga*». Ya lo habían leído en *Evita Montonera* y era carne en ellos: «*La combatividad y el heroísmo son la conducta normal de los cuadros montoneros*», y el principio de convertir en victoria la derrota.

Un helicóptero sobrevolaba el cielo, apenas estaba amaneciendo, cientos de soldados y dos tanquetas, el operativo había comenzado. El Coronel Roualdes era el Jefe del Operativo. Intimaron a los «*delincuentes subversivos por medio de megáfonos que procedieran a entregarse y, depusieran toda actitud de resistencia*», según el comunicado oficial del Comando de la Zona 1, dependiente del I Cuerpo del Ejército. Comenzó un tiroteo que duró aproximadamente dos horas. Los militantes montoneros lejos estaban de entregarse, había que luchar por la causa aunque con ella se fuera la vida. Vicki Walsh y el secretario político Molina subieron a la terraza, mientras el resto respondían al fuego desde la planta baja.

Rodolfo Walsh escribiría: «*He visto la escena con sus ojos: la terraza sobre las casas bajas, el cielo amaneciendo, y el cerco. El cerco de 150 hombres, los FAP emplazados, el tanque. Me ha llegado el testimonio de uno de esos hombres, un conscripto. El*

guerrilleros de base permitió la fuga de Firmenich y de Rodolfo Galimberti».

combate duró más de una hora y media. Un hombre y una muchacha tiraban desde arriba, nos llamó la atención porque cada vez que tiraban una ráfaga y nosotros nos zambullíamos, ella se reía».

Evidentemente, a ella las cosas nuevas siempre le hacían reír y nunca había manejado una metralleta Halcón. El soldado continúa el relato diciendo: «*De pronto hubo un silencio. La muchacha dejó la metralleta, se asomó de pie sobre el parapeto y abrió los brazos. Dejamos de tirar sin que nadie lo ordenara y pudimos verla bien. Era flaquita, tenía el pelo corto y estaba en camisón.*

Empezó a hablarnos en vos alta pero tranquila. No recuerdo todo lo que dijo. Pero recuerdo la última frase, en realidad no me deja dormir. 'Ustedes no nos matan -dijo-, nosotros elegimos morir'. Entonces ella y el hombre se llevaron una pistola a la sien y se mataron enfrente de todos nosotros». Luego nuevamente el silencio, quizás en un acto de respeto. Cuando el coronel Roualdes entró a la casa encontró a una beba protegida por un colchón y cinco cadáveres.[13]

Hace poco pasé por esa casa y leí sobre una de las paredes una inscripción que decía «*Homenaje a nuestros compañeros. Vicki Walsh*». No pude reprimir el llanto. Un vecino me miraba sin entender. Lloré por todos ellos, por tanta juventud perdida, por tanto ensañamiento, por tanto coraje malogrado. Me alejé pensando en cuánta valentía habían tenido estos jóvenes, pero también en cuánto miedo y angustia habría pasado esa bebé de apenas un año. ¿Todo justifica una causa, un ideal? Es difícil pensarlo treinta años después.

Los sobrevivientes fueron los hermanos Mainer y su madre Luci Gómez, detenidos que pasaron varios años en la cárcel. De alguna manera, todos pasamos varios años en la cárcel. Recién ahora podemos abrirnos a la verdad, a la libertad. Serán las «*cárceles del alma*» como las llaman algunos. Pero son muchos quienes no corrieron la misma suerte.

---

[13] Walsh, Rodolfo. *Las pruebas de imprenta y otros textos*. Buenos Aires, Cántaro Editores. Puerto de Palos S.A., 2001.

En su «*Carta a mis amigos*», Rodolfo Walsh, tres meses después de estos acontecimientos relata: «*En el tiempo transcurrido he reflexionado sobre esa muerte. Me he preguntado si mi hija, si todos los que mueren como ella, tenían otro camino. La respuesta brota desde lo más profundo de mi corazón y quiero que mis amigos la conozcan.*

Vicki pudo elegir otros caminos que eran distintos sin ser deshonrosos, pero el que eligió era el más justo, el más generoso, el más razonado. Su lucida muerte es una síntesis de su corta, hermosa vida. No vivió para ella, vivió para otros, y esos otros son millones. Su muerte sí, su muerte fue gloriosamente suya, y en ese orgullo me afirmo y soy quien renace de ella».

«*Los que querían una Patria en paz*».

«*Si pienso que fui hecho*
para soñar al sol
y para decir cosas
que despierten amor
¿Cómo es posible entonces
que duerma entre saltos
de angustia y horror?».
Silvio Rodriguez, «*Sueño de una noche de verano*».

¿Qué nos queda a *los otros*, testigos silenciosos? ¿Cómo vivir con ese pasado? ¿Cuántas casas como la de la calle Corro habrá que volver a habitar para comprender qué pasó, qué nos pasó? En el libro *El Dictador*, de María Seoane y Vicente Muleiro, pude leer: «*La sociedad, en tanto, parecía tolerar que se desapareciera a sus hijos, familiares, amigos, vecinos y compatriotas. Tal vez Videla parió la genealogía de un terror desconocido para los argentinos. El argencidio se consumó sobre el edificio central del poder totalitario de la dictadura: los campos clandestinos de detención y el miedo de la sociedad, culpabilizada por varias generaciones por haberlo tolerado*».[14]

[14] Seoane, María y Vicente Muleiro. *El Dictador. La historia secreta y pública de Jorge Rafael Videla*. Buenos Aires, Ed. Sudamericana, marzo de 2001, pág. 229.

¿Cuán profundo habrá calado el miedo y la culpa en nuestras almas? ¿Estaremos preparados para *abrirnos* a la verdad? Recuerdo el Mito de la Caverna de Platón. Allí los prisioneros estaban encadenados a una ilusión, a una farsa. La ignorancia los tenía encadenados. Cuando por fin se les hizo evidente la verdad, querían cerrar los ojos, no querían ver. La verdad les causaba dolor. La mayoría de ellos querían seguir viviendo en las apariencias, para no enfrentarse a la realidad. Quizás nosotros seamos hoy esos prisioneros. La verdad duele, molesta, perturba; pero no podemos vivir en una apariencia.

Pudimos salir de la Caverna, algunos lograron sacarse las cadenas. Tengamos el coraje de abrir los ojos al sol, salir del mundo de las tinieblas y abrirnos a la verdad. Paso a paso, sacando las telarañas al pasado, respetando el tiempo de cada uno, desafiando a todos aquellos que nos dicen que no vale la pena. Recuperemos la verdad. Es una deuda que tenemos con los que ya no están y con los que seguimos viviendo.

Bibliografía.

Benyakar, Mordechai. *Lo Disruptivo. Amenazas individuales y colectivas: el psiquismo ante guerras, terrorismos y catástrofes sociales.* Buenos Aires, Editorial Biblos, 2003.

Brienza, Hernán. *El caso Von Wernich. Maldito tú eres. Iglesia y represión ilegal*. Buenos Aires, Marea Editorial, 2003.

Calveiro, Pilar. *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años '70.* Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 2005.

Lersch, Philipp. *La estructura de la personalidad*. Barcelona, Editorial Scientia, 1971.

Martínez, Tomás Eloy. *La novela de Perón*. Buenos Aires, Biblioteca del Sur, Editorial Planeta, 1996.

Seoane, María y Vicente Muleiro. *El Dictador. La historia secreta y pública de Jorge Rafael Videla*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, marzo de 2001.

Walsh, Rodolfo. *Las pruebas de imprenta y otros textos*. Buenos Aires, Cántaro Editores. Puerto de Palos S.A., 2001.

Índice.

Prologo. *Federico Lorenz* 7

Las paredes de la memoria. *Silvia Nardi* 11

El Corralón. *Mabel Sampaolo* 27

Sitios de la memoria. Espacios de apropiación simbólica. *Andrea Trotta* 41

El hogar obrero: un edificio, un ideario. *Graciela Pérez Esandi* 57

Falcon verde. *Graciela B. Gutiérrez* 73

La carpetita de la ESMA. *Valeria Morelli* 87

La desaparición pública de la memoria. Una reflexión personal sobre la impunidad y el nacimiento de una nueva vida. *Claudia Cao* 101

Las locas de la puerta. *Arnaldo Sergio Tacacho* 125

¿Qué ves cuando me ves? *Raquel Susana Waldhorn*.... 141

Puentes. *Mariana López Piuma* 157

Mitos y rituales de los actos escolares a lo largo del siglo veinte en la educación argentina. *Verónica Liliana Demko* 173

La casa de la calle Corro. *Alicia Laura Cabrera* 187